

minotauro

fantasía y ciencia - ficción



The Magazine of Fantasy and Science Fiction

Archivo histórico de Revistas Argentinas | www.arha.com.ar

8

minotauro

fantasía y ciencia-ficción

Roger Zelazny	UNA ROSA PARA EL ECLESIASTÉS	3
Philip José Farmer	ACTITUDES	33
Alice Glaser	EL TÚNEL ADELANTE	49
Zenna Henderson	DESIERTO	57
Brian W. Aldiss	POBRE GUERRERO	93
L. Sprague de Camp	MAMUTS Y MASTODONTES (<i>Ciencia</i>)	99
Kurt Vonnegut	HARRISON BERGERON	112
Ray Bradbury	ÍCARO MONTGOLFIER WRIGHT	118
Valentina Zhuravleva	LA MÚSICA DE LAS ESTRELLAS	122

En el próximo número 56

Cubierta de Juan Esteban

8

Minotauro. Fantasía y Ciencia-Ficción. N° 8. Mayo-Junio de 1966. Publicación bimestral. Editor responsable: Ediciones Minotauro S. R. L. Administración: Humberto I, 845, Buenos Aires. Redacción: Alsina 509, Buenos Aires. Director: Ricardo Gossetyn. Edición en castellano de The Magazine of Fantasy and Science Fiction, por acuerdo especial con Mercury Press, Inc. New York, U. S. A. Queda hecho el depósito que previene la ley. © 1966 Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual N° 824.509. Se terminó de imprimir el día dos de abril del año mil novecientos sesenta y seis en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S. A., calle Alsina 2049, Buenos Aires.

Editorial

Quando el pionero de la ciencia-ficción norteamericana, Hugo Gernsback, comenzó a escribir y vender relatos de anticipación para unas revistas llamadas *Modern Electrics*, *Electric Experimenter* y *Amazing Stories*, en las primeras décadas de este siglo, subrayaba constantemente la preeminencia del término ciencia en la ciencia-ficción. "La ciencia", dijo años más tarde, eliminando la sociología, la psiquiatría y otra media docena de disciplinas, "es una herramienta que sirve para explorar el futuro."

La fórmula de Gernsback facilitaría sin duda una definición de la ciencia-ficción, pero pocos de los que practican hoy el género aceptarían limitaciones tan estrictas. En 1961 Gordon R. Dickson, parafraseando —sin saberlo— las ideas que comenzaba a elaborar entonces el inglés J. G. Ballard, expuso el problema de este modo ante los editores de *The magazine of Fantasy and Science Fiction*: "Es evidente que todos estamos de acuerdo con la idea de que la ciencia-ficción está realmente conectada con la ciencia, y con el futuro de la ciencia; pero no puedo dejar de pensar que si se insiste invariablemente en esta relación cualquier posible definición del género será demasiado restringida. No se trata sólo de estar atento exteriormente al desarrollo lógico de la actualidad científica, sino también de estar atento interiormente al carácter del hombre mismo: su cultura, sus sistemas sociales, aun sus actitudes de hoy. La velocidad con que la ciencia se ha empeñado en estos últimos años en dejar atrás a la ciencia-ficción de hace una década nos ha beneficiado de un modo que aún no hemos apreciado cabalmente... obligándonos a entrar en esa zona donde podemos explorar... el vasto universo interior del hombre."

Roger Zelazny, de veintiocho años, ex instructor de esgrima, doctorado en artes en la Universidad de Columbia, es el autor de *Dos tradiciones* y *Cyrl Tourner*. Un examen de la mortalidad y el humor en "La tragedia del vengador" (tesis universitaria sobre el enigmático dramaturgo isabelino) y de Una rosa para el Eclesiastés (relato autobiográfico del enigmático poeta Gallinger, que tradujo al marciano un poema de Rilke y el Libro del Eclesiastés).

UNA ROSA PARA EL ECLESIASTÉS

Roger Zelazny

I

CUANDO ME ACEPTARON, AQUELLA mañana, yo estaba traduciendo uno de mis *Madrigales macabros* al marciano. El intercomunicador zumbó brevemente, y dejando caer el lápiz moví la palanca.

—Señor G —pió la joven voz de contralto de Morton—, el viejo me dijo que llamara a "ese maldito rimador engraido". No conozco a otro maldito rimador...

—Que la ambición no arruine tus poderes.

Corté la comunicación.

De modo que los marcianos se habían decidido al fin. Sacudí cinco centímetros de ceniza del cigarro humeante y aspiré la primera bocanada. Toda la ansiedad del mes trató de acumularse en ese momento, pero no pudo. Me asustaba recorrer una docena de

metros y oír lo que Emory iba a decirme, y este miedo hacía a un lado todo lo demás.

De modo que antes de ponerme de pie terminé la estrofa.

Llegué muy pronto a la puerta de Emory. Golpeé dos veces y entré cuando el viejo gruñía:

—Adelante.

—¿Quería verme?

Me senté rápidamente evitando que se molestara y me ofreciera un asiento.

—Qué pronto. ¿Vino corriendo?

Observé el descontento paternal de Emory.

Pecas oscuras bajo los ojos pálidos, cabellos malos, nariz irlandesa, y una voz un decibel más alto que cualquier otra...

Hamlet a Claudio:

—Estaba trabajando.

—¡Ja! —bufó Emory—. Nadie lo vio nunca en nada parecido.

Me encogí de hombros y me incorporé a medias.

—Si me ha llamado para eso... —¡Sientese!

Emory se puso de pie. Caminé alrededor del escritorio. Se detuvo a mi lado y me miró desde arriba. Hazaña difícil aunque yo esté sentado en una silla baja.

—Es usted sin ninguna duda el bastardo más hostil que yo haya conocido en mi vida —rugió Emory, como un búfalo herido—. ¿Por qué no actúa alguna vez como un ser humano y nos sorprende de veras a todos? Admito que es usted listo, y hasta quizá un genio, pero... oh, ¡demonios! —Alzó las manos y volvió a su silla.— Betty ha hablado al fin con ellos para que lo dejen entrar. —La voz del viejo era normal otra vez.— Lo recibirán esta tarde. Saque uno de los coches luego del almuerzo y vaya para allá.

—Muy bien —dije.

—Eso es todo.

Asentí con un movimiento de cabeza y me puse de pie. Yo tenía ya la mano en el pestillo cuando Emory dijo:

—No es necesario que le advierta qué importante es esto. No los trate como nos trata a nosotros.

Cerré la puerta detrás de mí.

No recuerdo qué almorcé. Me sentía nervioso, pero sabía instintivamente que yo no dejaría escapar la pelota. Mis editores de Boston esperaban un idilio mar-

ciano o por lo menos una obra a lo Saint-Exupéry sobre los vuelos por el espacio. La Sociedad Científica Nacional, por su parte, quería un informe completo sobre la grandeza y caída del imperio marciano.

Todos quedarían complacidos. Yo lo sabía muy bien.

He ahí la razón por la que todos están celosos, por la que todos me odian. Siempre salgo adelante, mejor que nadie.

Sorbí un último trago de café chirle, fui al garaje, saqué un jeep y me encaminé hacia Tirellian.

Llamas de arena, manchadas de óxido de hierro, envolvieron el coche. Se treparon a la capota y se me metieron entre los pliegues de la bufanda mordéndome el cuello. Me puntearon las gafas.

El jeep, bamboleándose y jadeando como el mulito en que crucé una vez los Himalayas, me golpeaba las asentaderas. Las montañas de Tirellian se movieron a un costado y vinieron hacia mí desde un ángulo bizco.

De pronto empecé a subir una cuesta y acomodé las palancas a los rebuznos del motor. No era como Gobi, no era como el desierto de Arizona. Rojo. Muerto. No había ni siquiera un cacto.

Llegué a la cima de la loma, pero había levantado demasiado polvo y no podía ver adelante. No importaba, sin embargo. Yo tenía la cabeza llena de mapas. Me lancé hacia la izquierda, cuesta abajo, ajustando el embra-

gue. Un viento de costado y un suelo sólido apagaron los fuegos. Me sentí como Ulises en Malebolge, con un discurso en tercetos rimados en una mano y un ojo apuntando al Dante.

Doblé una pagoda de roca y llegué.

Betty me saludó con la mano. Detuve el jeep y salté a tierra.

—Hola —farfullé librándome de la bufanda y sacudiendo un kilo de polvo—. Qué, ¿a dónde voy y a quién veo?

Betty se permitió una breve risita germánica —más porque yo había iniciado una frase con un “qué” y no tanto por mi incomodidad— y se puso a hablar. Es una purista, los modismos le hacen siempre cosquillas.

Aprecié justamente la charla precisa y sarrosa de Betty, informativa y todo eso, con agudezas de salón en número suficiente como para que me duraran toda la vida. Le miré los ojos de chocolate en barra, los dientes perfectos, el pelo descolorido por el sol, muy corto (¡odio a las rubias!) y decidí que estaba enamorada de mí.

—Señor Gallinger, la matriarca espera adentro a que los presente. Ha consentido en abrir los registros del Templo para los estudios de usted.

Betty hizo aquí una pausa para acomodarse el pelo y retorcerse un poco. ¿Mi mirada la ponía nerviosa?

—Son documentos religiosos, e históricos también, los únicos

—continuó la joven—. Algo así como el *Mahabharata*. Espera que usted observe ciertos ritos, como repetir las palabras sagradas cada vez que vuelva una página... Ella misma le enseñará el sistema.

Asentí rápidamente.

—Perfecto, entremos.

—Este... —titubeó Betty—. No olvide las Once Formas de la Cortesía y los Grados. Las cuestiones de forma son para ella muy serias... Y no se ponga a discutir la igualdad de los sexos.

—Conozco todos los tabúes —interrumpí—. No se preocupe. Viví en el Oriente. ¿Recuerdas?

Betty bajó los ojos y me tomó la mano. Casi la aparto dando un tirón.

—Será mejor que yo entre adelante, llevándolo de la mano.

Me guardé mis comentarios y la seguí, como Sansón en Gaza.

En el interior, mi último pensamiento tropezó con una rara analogía. Las habitaciones de la matriarca eran una versión bastante abstracta de las antiguas tiendas de Israel, tal como yo me las imaginaba. Abstracta, digo, porque las paredes eran todas frescos de ladrillo, unidas en un vértice superior como los lados de una tienda, con figuras de pieles de animales, y que parecían cicatrices de un color azul grisáceo, pintadas con espátula.

La matriarca, M'Cywie, era baja, de pelo blanco, cincuenta, y estaba vestida como una

reina gitana. Llevaba todo un arco iris de faldas voluminosas y parecía una sopera boca abajo sobre un almohadón.

Aceptó mis homenajes y me miró como un buho puede mirar a un conejo. Pero cuando descubrió la perfección de mi acento alzó de pronto las pestañas mostrando unos ojos renegridos. El grabador que había acompañado a Betty en las entrevistas había cumplido su parte, y yo conocía al pie de la letra los informes lingüísticos de las dos primeras expediciones. Soy una luz en cuestiones de acento.

—¿Es usted el poeta?

—Sí —repliqué.

—Recite uno de sus poemas, por favor.

—Lo siento, pero sólo una traducción muy perfecta haría justicia a la lengua de ustedes y a mi poesía, y aun no conozco suficientemente la lengua.

—Oh.

—Pero he estado traduciendo algo para mi propia diversión y como ejercicio de gramática —continuó—. Me sentiré muy honrado en traer unas páginas en el futuro próximo.

—Sí. Tráigalas.

¡El primer tanto para mí!

La matriarca se volvió hacia Betty.

—Puede retirarse ahora.

Betty murmuró las fórmulas de despedida, me miró de costado, de una manera rara, y salió. Aparentemente había esperado que diera y "ayudarme". Pretendía

sin duda participar de mi gloria, como todos los demás. Pero yo era el Schliemann de esta Troya, y en el informe de la Sociedad sólo aparecería un nombre.

M'Cwyie se incorporó, y noté que no parecía mucho más alta. Pero yo mido uno noventa y soy como un álamo en octubre: delgado, rojo arriba, prominente.

—Nuestros documentos son antiquísimos —comenzó a decir la matriarca—. Betty dice que ustedes los llamarían "milenarios".

Asentí apreciativamente.

—Estoy muy ansioso por verlos.

—No están aquí. Tendremos que ir al Templo. No se los puede mover.

Había llegado el momento de mostrarse astuto.

—¿No se opondrá usted a que los copie, no es así?

—No. Entiendo que hay un verdadero respeto en usted, o su desseo no sería tan grande.

—Excelente.

La mujer parecía divertida. Le pregunté dónde estaba la gracia.

—La Lengua Superior no debe de ser fácil para un extranjero. Entendí en seguida.

Ningún miembro de la primera expedición había llegado tan lejos. Yo no había podido saber que había aquí dos lenguas, una clásica y otra vulgar. Conocía algo del prakrit marciano, ahora tendría que aprender el sánscrito marciano.

—¡Caramba! ¡Maldición!

—¿Qué dice usted?

—Son expresiones intraducibles,

M'Cwyie. Pero imagínese a usted misma teniendo que aprender de prisa la Lengua Superior y comprenderá mis sentimientos.

La mujer pareció divertida otra vez y me pidió que me descalzara.

Me hizo pasar por una sala... y entramos en un volcán de magnificencia bizantina.

Ningún terrestre había estado nunca en esta sala, o se hubiese sabido. Carter, el lingüista de la primera expedición, con la ayuda de una doctora llamada Mary Allen, había aprendido una parte de la gramática y del vocabulario marcianos. Y yo no había sabido otra cosa mientras había esperado sentado en la antesala, cruzado de piernas.

No teníamos ninguna idea de que existía esto. Paseé codiciosamente los ojos por las paredes. Adiviné detrás del decorado un complejo orden estético. Tendríamos que revisar toda nuestra estimación de la cultura marciana.

Ante todo, el cielo raso era abovedado y con modillones. Además había columnas laterales acanaladas. Y luego... oh, demonios, la sala era realmente vasta. El arruinado exterior no insinuaba nada de esto, ciertamente.

Me incliné hacia adelante para estudiar las filigranas doradas de una mesa de ceremonias. Creí notar que M'Cwyie se ponía un poco presumida, pero no me parecía necesario fingir demasiado.

La mesa estaba cubierta de libros.

Seguí con el pie el dibujo de un mosaico del piso.

—¿Toda la ciudad está dentro de este edificio?

—Sí, se interna mucho en la montaña.

—Ya entiendo —dije, aunque no entendía nada.

No podía pedirle a la mujer que me mostrara todo, todavía.

M'Cwyie se acercó a un taburete junto a la mesa.

—¿Lo inició a usted en la Lengua Superior?

Yo estaba tratando de fotografiar toda la sala con los ojos, pensando que tarde o temprano tendría que traer aquí una cámara. Aparté la mirada de una estatilla y asentí vigorosamente.

—Sí, introduzcáme.

Me senté.

Durante las tres semanas siguientes unos bichos-signos se siguieron unos a otros detrás de mis párpados cada vez que yo intentaba dormir. El cielo era un lago turquesa sin nubes que se movía en ondas caligráficas cada vez que yo alzaba los ojos. Yo bebía litros de café mientras trabajaba, y en los intervalos sorbía cócteles de benzedrina y champaña.

M'Cwyie me instruí a dos horas todas las mañanas, y ocasionalmente otras dos horas en la tarde. Comencé a estudiar otras catorce horas diarias por mi cuenta tan pronto como pude seguir solo.

Y de noche el ascensor del tiempo me llevaba a los pisos más bajos...

Yo tenía otra vez seis años y aprendía hebreo, griego, latín y arameo. Yo tenía diez años y entraba a hurtadillas en la *Iliada*. Cuando papá no emitía fuegos infernales, piedra pómez y amor fraterno, me enseñaba a desenterrar la Palabra, en el original.

¡Señor! ¡Había tantos originales y tantas palabras! Yo tenía doce años cuando empecé a señalar diferencias entre lo que él predicaba y los textos.

El vigor fundamentalista de su réplica no admitió discusiones. Fue peor que cualquier paliza. Cerré la boca desde entonces y aprendí a apreciar la poesía del Antiguo Testamento.

¡Señor, perdón! ¡Papá, señor perdón! No podía ser. No...

El día en que el niño —un fantapájaros de catorce años, y de un metro ochenta de estatura— dejó la escuela superior con primeros premios en francés, alemán, español y latín, papá Gallinger le dijo que quería que entrara en el ministerio. Recuerdo las evasivas del hijo:

—Señor —había dicho—, yo preferiría estudiar sólo un año, aproximadamente, y luego seguir algún curso preteológico en una universidad de artes liberales. Siento que soy todavía joven para meterme en un seminario.

La voz de Dios:

—Pero tú tienes el don de las lenguas, hijo mío. Puedes predicar el evangelio en todas las lenguas de Babel. Naciste para ser misionero. Dices que eres joven,

pero el tiempo huye a tu lado. Empieza temprano y gozarás de más años de servicio.

Los más años de servicio fueron más colas en el látigo que caía una y otra vez sobre mis espaldas. Ya no recuerdo la cara de mi padre ahora. Quizá porque tenía mirarla entonces.

Y años más tarde, cuando Gallinger murió, y lo acostaron vestido de negro, entre ramilletes, entre congregacionalistas sollozantes, entre oraciones, caras rojas, pañuelos, manos que le palmecaban a uno la espalda, plañideras de cara solemne... lo miré y no lo reconocí.

Este extraño y yo nos habíamos encontrado nueve meses antes que yo naciera. Nunca había sido cruel. Serio, imperativo, poco amigo de excusas, pero nunca cruel. Fue también la única madre que conocí. Y todos mis hermanos y hermanas. Había tolerado mis tres años en St. John, quizá a causa de su nombre, y nunca había sospechado qué sitio liberal y delicioso era realmente.

Pero yo nunca lo conocía, y el hombre del ataúd no exigía nada ahora. Ya no era necesario que yo predicara la Palabra.

Pero ahora yo quería predicarla, de un modo diferente. Yo quería predicar una palabra que nunca había pronunciado antes.

No volví a mis estudios. Había recibido una pequeña herencia, y no disponía enteramente de ella, pues no había cumplido dieciocho años. Pero me abrí paso.

Al fin me establecí en Greenwich Village.

No le comuniqué a ningún viejo conocido mi dirección y me hundí en la rutina diaria de escribir poesía y dominar el japonés y el indostano. Me dejé crecer una barba espesa, bebí café *espresso*, y aprendí a jugar al ajedrez. Yo quería probar dos o tres nuevos caminos de salvación.

Luego de esto pasé dos años en la India con el Cuerpo de Paz... lo que me separó del budismo, y allí escribí *Las flautas de Krishna*, y recibí el premio Pulitzer que los poemas merecían.

Luego de vuelta a los Estados Unidos, mi tesis de doctorado en lingüística, y más premios. Luego, un día, una nave regresó de Marte. Posada en su nido de fuego de Nueva México traía una nueva lengua, exótica, fantástica, y estéticamente abrumadora. Después de haber aprendido todo lo que se sabía de ella, y de haber escrito una nueva obra, fui famoso en otros círculos:

—Vaya, Gallinger. Hunda el balde en el pozo, y tráigame un sorbo de Marte. Vaya, conoza un nuevo mundo (pero manténgase distante, acométalo dulcemente como Auden) y tráiganos ese espíritu en versos yámbicos.

Y yo vine a la tierra donde el sol es una moneda barnizada, donde el viento es un látigo, donde dos lunas entrecruzan sus rayos, y donde un infierno de arena le incendia a uno el alma.

No podía dormirme, así que dejé la cama, crucé la cabina oscura y me asomé a la puerta. El desierto era una interminable alfombra anaranjada, arrugada por las escabas de los siglos.

—Yo, un extraño y sin temor, esta tierra he construido.

Me ref.

Yo ya tenía la Lengua Superior por la cola, o por las raíces, si uno quiere que los juegos de palabras sean anatómicos pero también correctos.

La Lengua Superior y la Lengua Inferior no eran tan distintas como me había parecido al principio. Yo conocía bastante de una como para internarme en las partes más oscuras de la otra, y ya dominaba la gramática y los verbos irregulares más comunes. Mi diccionario crecía día a día, como un bulbo, y florecería pronto. Cada vez que yo pasaba las cintas grabadas, el tallo se alargaba un poco más.

Había llegado la hora de poner a prueba mi ingenio, de llevar las lecciones a la práctica. Me había abstenido hasta entonces, voluntariamente, de meterme en los textos mayores. Me había dedicado a leer comentarios, versos sueltos, fragmentos históricos. Y algo me había impresionado mucho en todos estos textos.

Los marcianos hablaban de cosas concretas: rocas, arena, agua, viento, y la sustancia de estos símbolos elementales era siempre terriblemente pesimista. Me recordaba algunos textos budistas,

pero aun más ciertos pasajes del Antiguo Testamento. Específicamente, el libro del Eclesiastés.

Ahí estaba para mí la clave. El sentimiento y aun el vocabulario eran tan similares que la traducción del Eclesiastés sería un perfecto ejercicio. Como traducir Poe al francés. Yo nunca me convertiría a la fe de Malann, pero les mostraría que un terrestre había pensado una vez los mismos pensamientos, había sentido de un modo similar.

Encendí la lámpara del escritorio y busqué la Biblia.

Vanidad de vanidades, dijo el predicador, vanidad de vanidades, y todo es vanidad. De qué sirve al hombre...

Mis progresos parecían sorprender a M'Cwyie. Me miraba fijamente, como el Otro de Sartre, por encima de la mesa. Yo leía un capítulo del Libro de Locar. No miraba a M'Cwyie pero podía sentir la red apretada que aquellos ojos femeninos tejían alrededor de mi cabeza, mis hombros y mis rápidas manos. Volví otra página.

¿Pensaba ahora M'Cwyie si la red soportaría el peso de la presa? ¿Y para qué? Los libros no hablaban de pescadoras marcianas, y menos de pescadores de hombres. Decían que un Dios llamado Malann había escupido, o había hecho algo reprochable (de acuerdo con la versión que uno leyera) y que la vida había aparecido entonces, como una enfermedad

de la materia inorgánica. Decían que el movimiento era la primera ley de la vida, la primera ley, y que la danza era la única réplica legítima a lo inorgánico... y la calidad de la danza justificaba... y el amor era una enfermedad de la materia orgánica... ¿o de la materia inorgánica?

Sacudí la cabeza. Casi me había quedado dormido.

—M'narra.

Me enderecé y estiré. M'Cwyie me observaba codiciosamente. La miré, y ella apartó los ojos.

—Estoy cansado. Quisiera descansar un momento. No dormí mucho anoche.

M'Cwyie asintió con un movimiento de cabeza, la abreviatura terrestre del "sí", como yo le había enseñado.

—¿Desea descansar y apreciar a la vez la total claridad de la doctrina de Locar?

—¿Cómo dice?

—¿Desea usted ver una Danza de Locar?

—Oh. —¡Los rodeos y perifrasis de la lengua marciana eran peores que los del coreano!— Sí. Por cierto. Me gustaría, cuando haya una oportunidad. Mientras tanto, quisiera preguntarle si yo podría tomar algunas fotografías...

—La oportunidad ha llegado. Siéntese. Descanse. Llamaré a los músicos.

La mujer desapareció por una puerta que no había cruzado hasta entonces.

Bien, la danza era el arte más elevado de acuerdo con la opi-

nión de Locar, y de Havelock Ellis, y yo iba a ver ahora la versión de un coreógrafo-filósofo marciano muerto hacía siglos. Me froté los ojos y me desentumecí, tocándome las puntas de los pies varias veces.

La sangre empezó a golpearme la cabeza y tomé aliento. Me incliné otra vez, y vislumbé un movimiento en la puerta.

El trio que entró con M'Cwyie debió de hacer pensado que yo estaba buscando algo en el suelo. Sonreí débilmente y me enderecé, con la cara encendida, y no sólo por el ejercicio. Yo no los esperaba tan pronto.

Pensé entonces otra vez en Havelock Ellis, en su área de mayor popularidad.

La muñequita pelirroja que vestía un diáfano jirón del cielo marciano, algo parecida a un sari, alzó los ojos maravillada, como una niña que mira un gallardete de colores en la punta de un mástil.

—Hola —dije, o su equivalente.

La muñeca saludó inclinándose antes de responder. Mi prestigio, evidentemente, había crecido en los últimos días.

—Bailaré —dijo la herida roja en el camafeo palidísimo del rostro, apartando los ojos de color de sueño, y del color del vestido.

La muchacha flotó hacia el centro de la sala.

De pie allí, como la figura de un fresco etrusco, se quedó un rato cabizbaja como si meditara o mirase los dibujos del piso.

¿Simbolizaban algo los dibujos de los mosaicos? Los estudié. Hubiesen podido decorar muy bien el piso de un cuarto de baño o de un patio, pero no descubrí nada más.

Las otras dos mujeres eran dos cotorras pintarrajeadas y maduras, como M'Cwyie. Una de ellas se había sentado en el piso y sostenía un instrumento de tres cuerdas, parecido a un samisén. La otra tenía delante un bloque de madera y blandía dos palillos.

M'Cwyie desdénó el taburete y se sentó en el piso antes que yo me diera cuenta. La imité.

La tocadora del samisén afinaba todavía el instrumento, de modo que me incliné hacia M' Cwyie.

—¿Cómo se llama la danzarina?

—Braxa —replicó M'Cwyie sin mirarme, y alzó lentamente la mano izquierda, lo que significaba sí, adelante, comencemos.

El instrumento de cuerdas latió como un dolor de muelas, y del bloque de madera brotó un tictac, tictac, como el fantasma de todos los relojes que los marcianos no habían inventado.

Braxa era una estatua, con las manos en la cara y los codos altos y apartados.

La música fue de pronto una metáfora del fuego.

Crujidos, murmullos, detonaciones...

Braxa no se movió.

El siseo se transformó en gorgoteo. La cadencia se hizo más lenta. Era agua ahora, el ele-

mento máspreciado, un líquido verde y claro que caía sobre rocas mohosas.

Braxa no se movía.

Unos glissandos. Una pausa.

Luego, tan débilmente que al principio no me di cuenta, temblaron los vientos. Dulce, suavemente, suspirando y deteniéndose, inciertos. Una pausa, un sollozo, y en seguida una repetición de la primera frase, pero en un tono más alto.

¿La lectura me había fatigado los ojos, o Braxa temblaba realmente de la cabeza a los pies?

Braxa temblaba.

El balanceo era microscópico. Una fracción de centímetro a la derecha y luego a la izquierda. Abrió los dedos como pétalos, y vi que tenía los ojos cerrados.

Entornó de pronto los ojos, vítreos y distantes, y pareció que miraba más allá de mí y más allá de las paredes. El balanceo creció y se confundió con la música.

El viento sopló entonces del desierto y golpeó las montañas de Tirellian como olas que rompen contra una represa. Braxa movió los dedos: las ráfagas. Los brazos descendieron como péndulos lentos e iniciaron un contramovimiento.

La ráfaga llegó. Braxa inició un movimiento axial uniendo las manos al cuerpo, y los hombros dibujaron en el aire figuras de ochos.

¡El viento! El viento, dije. ¡Oh, viento enigmático! ¡Oh, musa de St.-John Perse!

El ciclón se retorcía alrededor de los ojos: un centro tranquilo. Braxa echó atrás la cabeza, pero yo sabía que esos ojos pasivos de Buda no miraban el cielo raso sino los cielos inmarcesibles. Sólo las dos lunas, quizá, interrumpían el sueño de ese Nirvana elemental, desahitado y de color turquesa.

Años atrás yo había visto a los devadasis de la India, los bailarines callejeros, que lanzaban al aire las telas coloreadas atrayendo al insecto macho. Pero Braxa era más que esto: era una Ramadjan, una encarnación de Vishnu, una de esas adoradoras de Rama que habían traído la danza al mundo: las bailarinas sagradas.

El tictac era ahora monótono y uniforme. El quejido de las cuerdas me recordaba los rayos afilados del sol, refrescados por la respiración del viento. El color azul era Saravati y María y una muchacha llamada Laura. Oí una cítara en alguna parte, observé la estatua animada, y aspiré un soplo divino.

Yo era otra vez Rimbaud y su hachís, Baudelaire y su láudano, Poe, De Quincey, Wilde, Mallarmé, y Aleister Crowley. Fui, durante un fugaz instante, mi padre vestido de negro en el púlpito en sombras, pero los himnos y los resoplidos del órgano se habían trasmutado en un viento brillante.

Braxa era una veleta giratoria, un crucifijo emplumado que flo-

taba en el aire, una cuerda de ropa que sostenía una vestidura brillante, paralelamente al suelo. Tenía el hombro desnudo ahora, y el pecho derecho subía y bajaba como una luna en el cielo. La música era tan formal como los argumentos de Job. La danza de Braxa era la respuesta de Dios.

La música se hizo más lenta, se aquietó. Había encontrado un antagonista y una réplica. Las vestiduras de Braxa se recogieron en los serenos pliegues originales, como una cosa viva.

Braxa se dejó caer, lentamente, al suelo, y apoyó la cabeza en las rodillas, inmóvil.

Me dolía la espalda y comprendí qué tensamente había mirado yo el baile. Tenía las axilas húmedas. La transpiración me corría por los costados. ¿Qué podía hacer uno ahora? ¡Aplaudir!

Miré de reojo a M'Cwyie. La mujer alzó la mano derecha.

La muchacha se estremeció y se puso de pie, como si hubiese recibido un mensaje telepático. Las otras tres mujeres se incorporaron también.

Me levanté con el pie izquierdo dormido y dije lo primero que me pasó por la cabeza.

—Muy hermoso.

Me contestaron con tres diferentes formas de "gracias" en la Lengua Superior.

Hubo un movimiento de color y me encontré otra vez a solas con M'Cwyie.

—Esta es la danza ciento veinti-

siete de las dos mil doscientas veinticuatro danzas de Locar.

Bajé los ojos y miré a M'Cwyie.

—No sé si Locar tenía o no razón, pero creó una hermosa réplica a lo inorgánico.

La mujer sonrió.

—¿Las danzas del mundo de usted son como esta?

—Algunas se le parecen. Las recordé mientras miraba a Braxa, pero nunca vi nada igual.

—Braxa baila bien —dijo M' Cwyie—. Conoce todas las danzas.

Me miró con algo de esa expresión que me había perturbado antes.

—He de atender a mis deberes ahora. —Se acercó a la mesa y cerró los libros.— M'narra.

Me calcé.

—Adiós.

—Adiós, Gallinger.

Salió de la sala, subí al jeep, y me lancé por el atardecer y hacia la noche, y el desierto se alzó alejando lentamente detrás de mí.

II

Yo acababa de cerrar la puerta detrás de Betty, luego de una breve sesión de gramática, cuando oí voces en el pasillo. El montante estaba un poco abierto de modo que me acerqué y escuché.

La voz sobreaguda de Morton:

—¿Saben una cosa? Me dijo "hola" hace un rato.

—¡Hummm! —estallaron los pulmones de elefante de Emory—.

O no sabía lo que decía o usted

se le cruzaba en el camino y él quería que se hiciera a un lado.

—Quizá no se reconocí. Me parece que se pasa las noches jugando con esa nueva lengua y que ya no duerme más. Monté guardia la semana pasada y cada vez que pasé por delante de su puerta, a las tres, escuché esa grabadora. A las cinco, cuando me iba a dormir, el aparato seguía funcionando.

—El hombre está trabajando de veras —admitió Emory de mala gana—. Yo diría que toma alguna droga para mantenerse despierto. Tiene una mirada un poco vidriosa estos días. Aunque eso quizá sea natural en un poeta.

Betty estaba también allí.

—Aparte de lo que ustedes piensan de él, tardaré un año en aprender lo que a él le llevó sólo tres semanas. Y yo soy sólo una lingüista, no un poeta.

Morton debía de codiciar los encantos bovinos de Betty. Sólo así me explico que haya dejado caer las armas.

—Seguí un curso de poesía moderna en la universidad —comenzó a decir—. Leímos seis autores: Yeats, Pound, Eliot, Crane, Stevens y Gallinger. Y en el último día del semestre, cuando el profesor se sentía ya un poco retórico, nos dijo: "Estos seis nombres están escritos en el siglo, y las puertas de la crítica y del infierno no prevalecerán contra ellos"... Yo —continué diciendo— pienso que *Las flautas de Krishna* y los *Madrigales* son

obras maestras. Me sentí honrado cuando supe que nos acompañaría en esta expedición. Sin embargo —concluyó—, no me dijo más de una docena de palabras desde que nos presentaron.

La defensa:

—¿Nunca se les ocurrió que debe de sentirse un poco embarazado con esa estatura? Fue además un niño precoz, y es posible que no haya tenido ningún amigo en la escuela. Es un hombre sensible y muy introvertido.

—¿Sensible? —Emory se atragantó con una carcajada.— Gallinger es orgulloso como Lucifer. Una máquina portátil de insultos. Uno aprieta un botón, como "hola" o "buen día", y él se burla llevándose el pulgar a la nariz. Es así como un reflejo.

Murmuraron otras amenedas semejantes y se fueron, los tres.

Bueno, bendito seas, Morton, muchacho. Carita de rosa, aficionado criado en los claustros. Yo nunca seguí un curso sobre mi propia poesía, pero me alegra que alguien haya dicho eso. Las puertas del infierno. Qué te parece. Quizá alguien oyó en alguna parte las oraciones de papá. Quizá soy realmente un misionero.

Pero... Un misionero convierte a la gente a algo. Tengo mi sistema privado de estética, y supongo que rezuma un subproducto ético por algún lado. Pero si yo tuviera algo que predicar, realmente, aun en mis poemas, no me molestaría en predicarlo a

gansos como tú. No olvides que soy un snob, y no hay sitio para las gentes como tú en mi cielo. Es un sitio privado, a donde van a cenar Swift, Shaw y Petronio.

Y oh, ¡qué festines! ¡Los Trimachios, los Emory que diseccionamos!

¡Cuando hemos terminado contigo todavía estamos en la sopa, Morton!

Me volví y me senté a mi escritorio. Quería escribir algo. Eclesiastés podía tomarse una noche libre. Quería escribir un poema, un poema acerca de la danza ciento veintisiete de Locar, acerca de una rosa que sigue a la luz, seguida por el viento, enferma, como la rosa de Blake, moribunda...

Encontré un lápiz y empecé.

Cuando llegué a la última línea, me sentí complacido. No era un gran poema, o por lo menos podía haber sido mejor. Al fin y al cabo el marciano culto no era la lengua que yo dominaba más. Lo traduje en seguida al inglés. Quizás lo incluyera en mi próximo libro. Lo titulé *Braxa*:

*En una tierra de vientos rojos
donde la tarde fría del tiempo
hiela los pechos de la vida
altos como dos lunas,
un gato y un perro intermina-
blemente
se persiguen turbando mi sueño.
Esta flor última vuelve una ar-
diente cabeza.*

Aparté la hoja y busqué una pastilla de fenobarbital. De pronto me sentía cansado.

Al día siguiente enseñé mi poema a M'Cywie que lo leyó varias veces, muy lentamente.

—Es hermoso —dijo al fin—, pero ha empleado usted tres palabras de su propio lenguaje. "Gato" y "perro", supongo, son dos animales pequeños que se odian. Me volví a que es "flor"?

—Oh —dije—. Nunca tropecé con la palabra marciana, pero en verdad yo pensaba en una flor terrestre, la rosa.

—¿Cómo es?

—Bueno, los pétalos suelen ser de un color rojo brillante. Esto es lo que yo quería decir con "cabeza ardiente", y también fiebre, y pelo rojo, y el fuego de la vida. La rosa crece en el extremo de un tallo espinoso, y tiene un aroma peculiar, agradable.

—Me gustaría ver una.

—Supongo que no será imposible. Preguntaré.

—Sí, por favor. Es usted un...

—M'Cywie usó aquí la palabra marciana que designa al profeta o al poeta religioso como Isaías, o Locar—, y en su poema hay verdadera inspiración. Se lo leeré a Braxa.

Decliné el título, pero me sentí halagado.

Este, decidí, era el día estratégico, el día en que podía pedir permiso para llevar allí la máquina de microfilms y la cámara.

Yo deseaba copiar todos los textos marcianos, expliqué, y si hacia el trabajo a mano no me alcanzaría el tiempo.

M'Cwyie me sorprendió asintiendo inmediatamente. Pero me derribó con su invitación.

—¿No quiere vivir aquí mientras hace ese trabajo? Así podrá trabajar día y noche, en cualquier momento... aunque no cuando hay alguna ceremonia en el templo, por supuesto.

Hice una reverencia.

—Me siento muy honrado.

—Bien. Traiga sus monedas cuando quiera y le mostraré un cuarto.

—¿Está bien esta tarde?

—Ciertamente.

—Me voy entonces a preparar las cosas. Hasta la tarde...

—Adiós.

Emory pondría sin duda algunos obstáculos, pero no muchos. Todos en la nave estaban ansiosos por ver a los marcianos, hablar con los marcianos, aguijonear a los marcianos, interrogarlos acerca del clima, las enfermedades, la química del suelo, la política, y los hongos marcianos. (Nuestro botánico era un loco por los hongos, pero un hombre bastante razonable.) Sólo cuatro o cinco tripulantes habían conseguido verlos. Casi todos se habían pasado las semanas excavando ciudades y acrópolis muertas. Respetábamos las normas, y los indígenas eran tan poco aficionados a los extranjeros como los japone-

ses del siglo diecinueve. Pensé que no encontraría mucha resistencia, y pensé bien.

En verdad tuve la impresión de que todos se pusieron contentos cuando supieron que me iba.

Me detuve en la sala hidropónica para hablar con nuestro especialista en hongos.

—Hola, Kane. ¿Cosechó ya hongos venenosos en esa arena?

Kane sorbió por la nariz. Se pasa los días sorbiendo. Quizá es alérgico a las plantas.

—Hola, Gallinger. No, no he tenido éxito con los hongos venenosos. Pero mire detrás del galpón de los coches la próxima vez que ande por ahí. Están creciendo unos cactos.

—Magnífico —dije.

Doc Kane era casi mi único amigo en la nave, además de Betty.

—Kane, quisiera pedirle un favor.

—Dígame.

—Quiero una rosa.

—¿Una qué?

—Una rosa. Una rosa terrestre, de exposición, roja, con espinas, de buen aroma.

—No creo que se críe en este suelo.

Más sorbidos.

—No, no me entiende. No quiero plantarla. Quiero sólo las flores.

—Tendré que usar los tanques.

—Kane se rascó la bóveda calva.— Pasarán tres meses antes que florezca, aun acelerando el crecimiento.

—¿Lo hará?

—Por supuesto, siempre que no le importe esperar.

—No me importa. No nos iremos antes de tres meses. —Miré las bandejas de barro y brotes.— Me mudo a Tirellian hoy, pero vendré de cuando en cuando. Estaré aquí cuando aparezcan las flores.

—Se muda allá, ¿eh? Moore dice que no es un grupo cerrado.

—Me parece que yo ya entré.

—Sí, realmente... Aun no entiendo cómo aprendió usted esa lengua. Por supuesto, yo tuve mis dificultades con el francés y el alemán en el doctorado, pero la semana anterior Betty nos hizo una demostración en el almuerzo. Suenan como un montón de ruidos raros. Betty dice que hablar esa lengua es como resolver un problema de palabras cruzadas del *Times* tratando de imitar llamadas de pájaros al mismo tiempo.

Me reí, y acepté el cigarrillo que Kane me ofrecía.

—Es complicado —reconoci—. Pero, bueno, es como si usted obtuviera aquí una clase enteramente nueva de *mycetas*, una clase que usted ha soñado la noche anterior.

A Kane le brillaron los ojos.

—Sería realmente maravilloso. Y podría conseguirlo, realmente.

—¿Quizá lo consiga.

Kane rió entre dientes mientras íbamos hacia la puerta.

—Plantaré sus rosas esta noche. Tenga cuidado allá.

—Así lo haré. Gracias.

Como dije antes, un loco por los hongos, pero un buen hombre.

Mis habitaciones en la ciudadela de Tirellian estaban junto al templo, del lado interior, y ligeramente a la izquierda. Eran realmente mucho más cómodas que mi cabina en la nave, y me complació que la cultura marciana hubiese descubierto ya las ventajas del colchón sobre el jergón. La cama, por otra parte, y me sorprendí de veras, era suficientemente larga.

De modo que desempaqué y obtuve dieciséis tomas del templo, en 35 mm, antes de empezar con los libros.

Fotografié textos hasta que me cansé de volver las páginas sin saber qué decían. Me puse a traducir una obra de historia.

He aquí que en el año treinta y siete del Proceso de Gillen llegaron las lluvias, por las que todos se regocijaron, pues ocurrían raramente, y eran recibidas siempre con bendiciones.

Pero lo que cayó del cielo no fue el semen de Malann, el dador de vida. Era la sangre del universo, que brotaba de una arteria. Y los días últimos nos alcanzaron. Había llegado el tiempo de la última danza.

Las lluvias trajeron la plaga y no mataron, y, junto con el tamborileo del agua, Locar dio sus últimos pasos...

Me pregunté qué diablos que-

ría decir Tamur, pues era un historiador y se suponía que relataba hechos. Esto no era el *Apocalipsis* marciano.

Pero quizá esta historia y el *Apocalipsis* eran una sola y misma obra...

¿Por qué no? me pregunté. Las pocas gentes que vivían ahora en Tirellian eran los restos de lo que había sido sin duda una cultura altamente desarrollada. Habían tenido guerras, pero no holocaustos; ciencia, pero poca tecnología. Una plaga, que no había matado. ¿Podía ser esto la causa? ¿Cómo, si no había sido fatal?

Seguí leyendo, pero el texto no discutía la naturaleza de la plaga. Volví las páginas, leyendo rápidamente. Ningún resultado.

¡M'CWyie! ¡M'CWyie! ¡Nunca estás cuando más te necesito!

¿Sería un *faux pas* ir a buscarla? Sí, decidí. Habíamos convenido implícitamente que yo no dejaría las habitaciones que me habían asignado. El problema tendría que esperar.

De modo que eché largas maldiciones, en voz alta, en muchas lenguas, y sin duda a Malann le ardieron las sagradas orejas, ahí en su templo.

No me castigó con sus rayos, sin embargo, y decidí dar por terminadas las tareas del día.

Yo dormía desde hacía varias horas cuando Braxa entró en mi cuarto con una lámpara pequeña. Me despertó tironeándome de la manga del piyama.

Dije hola. En verdad no hubiese podido decir mucho más.

—He venido —dijo— a oír el poema.

—¿Qué poema?

—El tuyo.

—Oh.

Bostecé, me senté, e hice todo lo que hace la gente cuando la despiertan en medio de la noche para leer poesía.

—Eres muy amable, ¿pero no te parece que la hora es insólita?

—No me importa.

Algún día escribiré un artículo para la *Revista de Semántica* titulado: *Tono de voz. Vehículo insuficiente para la ironía.*

De cualquier modo, yo ya estaba despierto, así que me puse la bata.

—¿Qué animal es ese? —me preguntó Braxa señalando el dragón bordado en la solapa de seda.

—Un animal mítico —repliqué—. Escucha. Es tarde. Estoy cansado. Tengo mucho que hacer a la mañana. Y M'CWyie puede pensar algo raro si se entera.

—¿Si se entera?

—¡Maldición! ¡Sabes demasiado bien a qué me refiero!

Por primera vez se me presentaba la oportunidad de maldecir en marciano, y fracasé.

—No —dijo Braxa—, no sé.

La muchacha parecía asustada, como un perrito que no entiende el mal humor del amo.

Me ablandé. La capa roja armonizaba de un modo tan perfecto con el pelo y los labios, temblorosos...

—Bueno, bueno. No quise entristecerte. En mi mundo hay ciertas... costumbres, acerca de gentes de distinto sexo en un mismo dormitorio, y no unidas por el matrimonio... Bueno, quiero decir... ¿No entiendes?

—No.

Los ojos de Braxa eran de jade.

—Bueno, es como... Bueno, se trata del sexo, eso mismo.

En las lámparas de jade se encendió una luz.

—Oh, ¿hablas de tener hijos?

—Sí. Eso es. ¡Exactamente!

Braxa se rió. Era la primera risa que yo oía en Tirellian. Sonaba como las cuerdas altas de un violín, golpeadas por un arco intermitente. No era un sonido muy agradable, sobre todo porque Braxa rió demasiado tiempo.

Al fin dejó de reír y se acercó más.

—Recuerdo ahora —dijo—. Antes teníamos también esas reglas. Hace medio Proceso, cuando yo era niña, tenemos esas reglas. Pero —y pareció que iba a reírse otra vez— ahora no las necesitamos.

Mi mente se movió como una cinta grabadora a triple velocidad.

¡Medio Proceso! ¡Medio Proceso Proceso Proceso! ¡No! ¡Sí! Medio Proceso: doscientos cuarenta y tres años.

Tiempo suficiente para aprender las dos mil doscientas veinticuatro danzas de Locar.

Tiempo suficiente para envejecer, si uno era humano.

Humano al estilo terrestre, quiero decir.

Miré a Braxa otra vez, pálida como una reina blanca en un juego de ajedrez de marfil.

Braxa era humana. Yo hubiera apostado mi alma. Una mujer viva, normal, sana, yo hubiese apostado mi vida, mi cuerpo...

Pero tenía dos siglos y medio de edad, y M'CWyie debía de ser la abuela de Matusalén. Pensé en los repetidos cumplimientos de la mujer, que tanto había alabado mis habilidades de lingüista, de poeta. ¡Estos serás superiores!

¿Pero qué quería decir "no las necesitamos ahora"? ¿Por qué esa risa casi histórica? ¿Por qué todas esas miradas raras que me había echado M'CWyie?

Supe de pronto que estaba cerca de algo importante, además de estar cerca de una muchacha hermosa.

—Díme —pregunté—, ¿tiene eso alguna relación con la plaga que no mata de que habla Tamur?

—Sí —respondió Braxa—, los niños nacidos después de las lluvias no pudieron tener hijos y...

—¿Y qué?

Me inclinó hacia adelante con la memoria puesta en "registro".

...y los hombres ya no deseaban tenerlos.

Me dejé caer contra el respaldo de la cama. Esterilidad racial, impotencia masculina, luego de un fenómeno climático. ¿Una nube vagabunda de polvo radiactivo, venida de quién sabe dónde, había entrado una vez en esta tenue

atmósfera? ¿Un día, mucho antes que Schiaparelli viera los canales, míticos como mi dragón, antes que estos "canales" hubiesen inspirado algunas ideas correctas por motivos erróneos, Braxa estaba viva, y bailaba aquí, condenada ya en la matriz mientras el ciego Milton describía otro paisaje igualmente perdido?

Busqué un cigarrillo. Por suerte había traído algunos ceniceros. En Marte nunca había habido una industria del tabaco. Ni del licor. El ascetismo que yo había encontrado en la India era realmente dionisiaco comparado con esto.

—¿Qué es ese tubo de fuego?

—Un cigarrillo. ¿Quieres uno?

—Sí, por favor.

Braxa se sentó junto a mí, y encendió un cigarrillo para ella. —Irrita la nariz.

—Sí. Aspira el humo, guárdalo un rato en los pulmones, y exhala.

Pasó un momento.

—Oh —dijo Braxa.

Otra pausa y luego:

—¿Es sagrado?

—No, es nicotina —respondí—, una forma ersatz de la divinidad.

Otra pausa.

—Y no me pidas que traduzca ersatz.

—No es necesario. A veces siento algo así cuando bailo.

—Pasará en un momento.

—Recítame tu poema ahora.

Tuve una idea.

Me incorporé, busqué entre mis libros de notas, y me senté de nuevo junto a Braxa.

—Estos son los tres primeros capítulos del *Libro del Eclesiastés* —expliqué—. Se parecen mucho a tus libros sagrados.

Empecé a leer.

Llegué al versículo undécimo cuando Braxa gritó:

—¡Por favor, no leas eso! ¡Recítame un poema tuyo!

Me detuve y tiré el libro de notas a una mesa cercana. Braxa temblaba, no como cuando había bailado imitando el viento, sino sacudida por un llanto interior. Sostenía torpemente el cigarrillo, como un lápiz. La tomó torpemente por los hombros.

—Es tan triste —dijo ella—, como los otros libros.

De modo que me retorci la mente como una cinta brillante, la plegué e hice esos insensatos nudos de Navidad que yo tanto amaba. Del alemán al marciano, con amor, improvisé una paráfrasis de un poema que describía a una bailarina española. Pensé que le gustaría a Braxa. Acerté.

—Oh —dijo Braxa otra vez—, ¡Lo escribiste tú!

—No, es de un hombre mejor que yo.

—No te creo. Lo escribiste tú.

—No, lo escribí un hombre que se llamaba Rilke.

—Pero tú lo pusiste en mi lengua. Enciende otra cerilla así puedo ver cómo bailaba ella.

Encendí la cerilla.

—“Los fuegos de siempre” —murmuró Braxa—, y ella los apagó “con pies pequeños y firmes”. Me gustaría bailar así.

Me ref y apagó la llama.

—Eres mejor que cualquier gitana.

—No, no lo soy. No puedo hacer eso.

El cigarrillo de Braxa estaba casi consumido del todo, de modo que se lo saqué de los dedos y lo apagué junto con el mío.

—¿Quieres que baile para ti?

—No —dije—. Vete a la cama.

Braxa sonrió y antes que yo me diera cuenta se había soltado el lazo rojo del hombro.

Y las vestiduras cayeron.

Y yo tragué saliva, con cierta dificultad.

—Muy bien —dijo ella.

De modo que la besé. Al caer al suelo las ropas habían apagado la lámpara.

III

Los días eran como las hojas de Shelley: amarillos, rojos, castaños, y volaban en montones brillantes empujados por el viento del oeste. Pasaban junto a mí con un susurro de microfílm. Yo ya había fotografiado casi todos los libros. Requerirían años de estudio. Marte estaba encerrado en mi escritorio.

El Eclesiastés, abandonado y recogido una docena de veces, estaba casi listo para hablar en la Lengua Superior.

Yo silbaba animadamente cuando no estaba en el templo. Escribía resmas de poesía que me hubiese avergonzado hacía poco. En las tardes me paseaba con

Braxa por las dunas o por las montañas. A veces ella bailaba para mí, y yo le leía algún largo poema en hexámetros dactílicos. Braxa creía aún que yo era Rilke, y yo casi trataba de creerlo. Ahí estaba yo, morando en el castillo de Duino, escribiendo *sus* Elegías.

...Es raro no vivir ya en la [tierra, no tener ya costumbres apenas [adquiridas, no interpretar las rosas...

¡No! ¡Nunca interpretar rosas! No. Huélelas (sorbe, Kane), recógelas, disfrútalas. Vive en el momento, apasionadamente. Pero no les pidas explicaciones a los dioses. Las hojas caen rápidamente, y se las lleva el viento...

Y nadie notó lo que pasaba entre nosotros. O nadie se preocupó.

Laura. Laura y Braxa. Riman, los dos nombres, como si se entrecrocara. Alta, fresca y rubia era ella (odio a las rubias!), y papá me había vaciado dándome vuelta como un bolsillo, y yo esperaba que Braxa me llenara otra vez. Pero el enorme y fatigado lanzador de palabras, de barba de Judas y ojos de perro sumiso, había sido sólo un hermoso adorno en las fiestas de Braxa.

¡Cómo me maldijo la máquina en el templo! Blasfemó contra Malann y contra Gallinger. Y el viento salvaje del oeste pasaba a nuestro lado y algo no estaba lejos.

Se acercaban los últimos días.

Pasó un día y no vi a Braxa, y tampoco esa noche.

Y una segunda noche. Una tercera.

Me pareció que yo iba a perder el juicio. No había entendido bien qué unidos estábamos, qué importante había sido ella para mí. La callada seguridad de la presencia de Braxa me había ayudado a evitar el examen de las rosas.

Yo tenía que saber. No quería hacerlo, pero era inevitable.

—¿Dónde está ella, M'Cwylie?

—¿Dónde está ella?

—Se ha ido.

—¿Dónde?

—No lo sé.

Miré aquellos ojos de pájaro demoníaco. Un anatema maranatha me subió a los labios.

—Tengo que saberlo.

M'Cwylie me miró sin verme.

—Nos ha dejado. Se ha ido. A las colinas, creo. O al desierto. No importa. Nada importa. La danza llega a su fin. Pronto el templo estará vacío.

—¿Por qué? ¿Por qué se ha ido?

—No lo sé.

—Tengo que verla otra vez. Partimos dentro de unos días.

—Lo siento, Gallinger.

—Yo también —dije, y cerré violentamente un libro sin decir "m'narra".

Me puse de pie.

—La encontraré.

Dejé el templo. M'Cwylie era una estatua sedente. Mis botas estaban aún donde yo las había dejado.

Todo el día subí y bajé por las dunas, sin rumbo. La tripulación del *Aspic* debió de haber pensado que yo era una caprichosa tormenta de arena. Al fin tuve que ir a buscar combustible.

Emory apareció como un centinela.

—Muy bien, será mejor que se dé un baño. Parece el abominable hombre del polvo. ¿Por qué el rodeo?

—¿Cómo? Ah, sí, perdí algo.

—¿En medio del desierto? ¿Un soneto quizá? Sólo algo así puede explicar tanto alboroto.

—No, maldita sea. Es algo personal.

George terminó de llenarme el tanque. Me subí al jeep otra vez.

—¡Un momento! —Emory me tomó por el brazo.— No se irá de aquí hasta que me diga de qué se trata.

Yo podría haberme librado de la mano de Emory, pero entonces me hubieran llevado adentro arrastrándome por los tobillos, y a nadie le gusta que lo arrastren. De modo que me obligué a hablar lentamente, dulcemente:

—Ocurre que perdí el reloj. Me lo dio mi madre y es una reliquia de familia. Quiero encontrarlo antes que nos vayamos.

—¿Está seguro de que no lo tiene en la cabina? ¿No lo habrá dejado allá en Tirellian?

—Ya miré en los dos lados.

—Quizá alguien lo escondió para irritarlo. Ya sabe que usted no es muy popular aquí.

Meneé la cabeza.

—Lo pensé. Pero lo llevo siempre en el bolsillo derecho. Pienso que lo perdí en algún salto entre las dunas.

Emory entornó los ojos.

—Recuerdo haber leído en la solapa de un libro que su madre murió cuando usted acababa de nacer.

—Es cierto —dije, mordiéndome la lengua—. El reloj era de mi abuelo y ella quería que yo lo heredara. Mi padre me lo guardó.

—Hmmm —gruñó Emory—. Un modo raro de buscar un reloj, corriendo en un jeep.

—Yo podía ver así algún reflejo metálico —expliqué, tímidamente.

—Bueno, está oscureciendo —observó Emory—. No tiene sentido seguir buscando hoy. —Se volvió hacia el mecánico.— Eche una lona sobre el jeep.

Me palmeé el brazo.

—Entremos. Dése una ducha y luego comeremos algo. Me parece que necesita las dos cosas.

Unas pecas bajo los ojos pálidos, pelo raro, nariz irlandesa, y una voz un decibel más alto que cualquier otra...

¡He ahí las cualidades del jefe! Me quedé allí, odiándolo. ¡Claudio! ¡Si estuviésemos por lo menos en el quinto acto!

Pero de pronto se me ocurrió que una comida y una ducha no me caerían mal realmente. Si yo insistía en volver en seguida despertaría sospechas.

De modo que me sacudí el polvo de la manga.

—Tiene razón. Me parece una buena idea.

—Vamos, comeremos en mi cabina.

La ducha fue una bendición, los pantalones limpios una gracia divina, y la comida olía a cielo.

—Huelen bien —dije.

Acuchillamos la carne asada, en silencio. Cuando llegamos al postre y al café Emory suspiró:

—¿Por qué no se toma la noche libre? Quédate aquí y duerma un rato.

Meneé la cabeza.

—Estoy muy ocupado. Nos vamos pronto.

—Hace un par de días me dijo que casi había terminado.

—Casi, pero no del todo.

—Dijo también que esta noche habría una ceremonia en el templo.

—Sí. Pero trabajaré encerrado en mi cuarto.

Emory se encogió de hombros.

—Gallinger —dijo al fin, y alcé los ojos pues en boca de Emory mi nombre significa dificultades.

—No quisiera entrometarme —continuó—, pero Betty me dijo que usted tiene allí una amiga.

No era una pregunta. Era una declaración que quedó flotando en el aire. Esperando.

Betty, eres una perra. Una vaca y una perra. Y celosa, además. ¿Por qué no te guardaste la nariz en su sitio? ¿Por qué abriste los ojos y la boca?

—¿Y? —dije, una declaración que era una pregunta.

—Y es mi deber —respondió

Emory—, como cabeza de esta expedición, cuidar que las relaciones con los nativos sean amistosas y diplomáticas.

—Habla usted de ellos —dije— como si fueran salvajes aborígenes. Nada más lejos de la verdad. Me incorporé.

—Cuando se publiquen en la Tierra mis papeles, todos conocerán esa verdad. Diré ahí cosas que el doctor Moore ni siquiera sospechó. Contaré la tragedia de una raza condenada, que espera la muerte, resignada y serenamente. Explicaré las razones y ablandaré muchos duros corazones universitarios. Escribiré todo esto, y me honrarán con más premios, pero esta vez los rechazaré. ¡Dios mío! ¡Ya habían desarrollado una cultura cuando nuestros antecesores combatían al tigre de sable con un garrote y descubrían el fuego!

—¿Tiene usted una amiga allí? —¡Sí! —dije. Sí, Claudio. Sí, papá. Sí, Emory—. Sí. Pero le diré a usted una verdad universitaria, para que entienda. Los marcianos están muertos. Son estériles. Una generación más y ya no habrá marcianos.

Hice una pausa y añadí:

—Excepto en mis escritos, excepto en unos pocos fragmentos de microfilm y cinta. Y en algunos poemas acerca de una muchacha que no sabe cómo expresar la injusticia de todo esto sino bailando.

—Oh —dijo Emory. Y al cabo de un rato:

—Lo he notado a usted diferente en este último par de meses. Hasta me pareció realmente cortés en algunas ocasiones, y no podía dejar de preguntarme qué ocurría. No sabía que algo podía importarle tanto, realmente. Incliné la cabeza.

—¿Por eso corría usted de un lado a otro en el desierto? Asentí en silencio.

—¿Por qué? Alcé los ojos.

—Porque ella está ahí afuera, en alguna parte. No sé dónde o por qué. Y he de encontrarla antes que nos vayamos.

—Oh —dijo otra vez Emory.

En seguida se inclinó hacia atrás, abrió un cajón, y sacó algo envuelto en una toalla. Desenvolvió la toalla, y puso sobre la mesa la foto enmarcada de una mujer.

—Mí mujer —dijo Emory. Era una cara atractiva, con grandes ojos almendrados.

—Soy de la Marina, como usted sabe —continuó Emory—. Fui en un tiempo un joven oficial. La conocí en el Japón.

“Mi familia no aprobaba los casamientos con gentes de otras razas, de modo que nunca nos casamos. Pero ella fue mi mujer. Cuando murió, yo estaba en el extremo del mundo. Se llevaron a mis hijos y nunca los vi desde entonces. Nunca supe en qué orfanato, en qué casa podían estar. Eso fue hace mucho tiempo. Muy poca gente lo sabe.

—Lo siento —dije.

—No. Olvidelo. Pero —y Emory se volvió en la silla y me miró— si quiere llevársela con usted, hágalo. Quizá me corten el pescuezo allá abajo, pero soy demasiado viejo para encabezar otra expedición como esta. Adelante pues.

Se tomó de un trago el café frío.

—Llévese el jeep.

Hizo girar la silla.

Traté de decir “gracias” dos veces, pero no pude. Me levanté y fui hacia la puerta.

—Sayonara y todo eso —murmuró Emory detrás de mí.

Oí un grito.

—¡Aquí la tiene, Gallinger!

Me volví y miré el extremo superior de la rampa.

—¡Kane!

Era una sombra contra la luz, en la portezuela de la nave, pero yo había oído un sorbido.

Subí otra vez los pocos escalones.

—¿Qué tiene ahí?

—Su rosa.

Kane mostró una caja de material plástico, con una división interior. El tallo llegaba al líquido de la parte baja. La otra mitad —un vaso de clarete en esa noche horrible— era una rosa grande, recién abierta.

—Gracias —dije metiéndome la caja en un bolsillo de la chaqueta.

—De vuelta, a Tirellian, ¿eh?

—Sí.

—Lo vi subir a bordo, y se la preparé. Fui a buscarlo a la ca-

bina del capitán, y me dijo que podía encontrarlo junto a los jeeps.

—Gracias otra vez.

—La traté químicamente. La flor vivirá semanas.

Asentí con un movimiento de cabeza y me alejé.

Otra vez en las montañas. Lejos. El cielo era un balde de hielo donde no flotaba ninguna luna. Subí una cuesta empinada y el mulito protestó. Lo aguijoneé con el embrague y seguimos. Hacía arriba. Vi en el cielo una estrella verde que no centelleaba y sentí un nudo en la garganta. La rosa encerrada en la caja me golpeaba el pecho como otro corazón. El mulo rebufó, larga y ruidosamente, y empezó a toser. Lo castigué un poco más, y murió.

Puse el freno de emergencia y bajé al desierto. Eché a caminar. Hacía tanto frío allí arriba, de noche. ¿Por qué? ¿Por qué Braxa había venido aquí? ¿Para qué dejar el campamento cuando cae la noche?

Y yo iba de un lado a otro, por desfiladeros y precipicios, con pasos largos, y una facilidad de movimientos que nunca se conoció en la Tierra.

Apenas quedan dos días, amor mío, y me has olvidado. ¿Por qué? Me arrastré por aberturas en las rocas. Salté abismos. Me lastimé las rodillas, un codo. Oí que se me desgarraba la chaqueta.

¿No hay respuesta, eh, Malann? ¿Oías tanto a tu pueblo? Entonces probaré otra cosa. Vishnu, tú

eres el preservador de la vida. Presévala, por favor. Haz que la encuentre.

¿Jehová?

¿Adonis? ¿Osiris? ¿Tammuz? ¿Manitú? ¿Legba? ¿Dónde está Braxa?

Caminé y subí, y resbalé.

El suelo era de piedras y yo me inclinaba sobre un terraplén. Tenía los dedos fríos. Apenas podía sostenerme.

Miré hacia abajo.

Unos cuatro metros. Me solté y caí, rodando.

En seguida oí un grito.

Me quedé acostado, sin moverme, mirando hacia arriba. Braxa llamó en la noche, una figura contra el cielo.

—¡Gallinger!

Me quedé quieto.

—¡Gallinger!

Braxa desapareció.

Oí un ruido de piedras y supe que Braxa descendía por algún sendero, a mi derecha.

Salté y me oculté a la sombra de una roca.

Braxa se adelantó titubeando por las piedras.

—¿Gallinger?

Di un paso adelante y la tomé por los hombros.

—Braxa.

Braxa gritó otra vez y en seguida se echó a llorar, apretándose contra mí. Yo la oía llorar por primera vez.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué?

Braxa me abrazó y sollozó.

—Cree que te habías suicidado.

—Pude haberlo hecho —dije—.

¿Por qué dejaste Tirellian? ¿Por qué me dejaste a mí?

—¿M'Cwyie no te lo dijo? ¿No lo adivinaste?

—No lo adiviné, y M'Cwyie me dijo que no lo sabía.

—Entonces te mintió. Lo sabe.

—¿Qué? ¿Qué sabe ella?

Braxa se estremeció de pies a cabeza y llamó largo rato. Noté de pronto que sólo llevaba el liviano vestido de baile. La aparté, me saqué la chaqueta, y se la puse en los hombros.

—¡Gran Malann! —exclamé—. ¡Te morirás de frío!

—No. No quiero morir.

Me puse la caja de la rosa en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué es eso? —preguntó Braxa.

—Una rosa —respondí—. No verás mucho en la oscuridad. Una vez te comparé con una rosa. ¿Recuerdas?

—Sí. Sí. ¿Puedo llevarla?

—Por supuesto.

Metí la caja en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Y bien? Espero aún una explicación.

—¿De veras no sabes? —preguntó Braxa.

—¡No!

—Cuando llegaron las lluvias —dijo Braxa— pareció que sólo los hombres habían sido afectados, lo que era suficiente... Porque yo... no fui afectada... parece.

—Oh —dije—. Oh.

—Callamos un rato y pensé.

—Bueno, ¿por qué escapaste?

¿En Marte es un pecado que una mujer quede embarazada? Tamur qué equivocado. Tu gente puede sobrevivir.

Braxa se rió. Un Paganini enloquecido tocó otra vez unas notas agudas. La hice callar antes que llegara demasiado lejos.

—¿Cómo? —preguntó Braxa al fin frotándose una mejilla.

—Tu gente vive más que la nuestra. Si nuestro hijo es normal, esto significará que nuestras razas pueden unirse. Hay aquí seguramente otras mujeres fértiles. ¿Por qué no?

—¿Has leído el libro de Locar —dijo Braxa— y aun me lo preguntas? La muerte se decidió, se votó y se aprobó poco después de la plaga. Pero mucho antes lo dijeron ya los fieles de Locar. Lo decidieron hace mucho tiempo.

“Lo hemos cumplido todo”, dijeron. “Lo hemos visto todo, hemos oído y sentido todo. La danza fue buena. Que termine ahora.”

—No puedes creerlo.

—No importa lo que yo crea —replicó Braxa—. M'Cwyie y las Madres decidieron que debemos morir. El mismo título que llevan es una burla, pero lo que ellas deciden se cumple. Sólo resta una profecía, y es falsa. Moriremos.

—No —dije.

—¿Qué, entonces?

—Vuelve conmigo, a la Tierra.

—No.

—Bueno, entonces ven conmigo ahora.

—¿A dónde?

—A Tirellian. Hablaré con las Madres.

—¡No puedes! ¡Hay una ceremonia esta noche!

Me refí.

—¿Una ceremonia para un dios que destruye a sus criaturas y luego les patea los dientes?

—En Malann todavía —respondió Braxa—. Somos todavía su pueblo.

—Tú y mi padre se hubiesen llevado muy bien —grufí—. Pero iré a Tirellian, y tú vendrás conmigo, aunque tenga que llevarte, y soy más fuerte que tú.

—Pero no eres más fuerte que Ontro.

—¿Quién demonios es Ontro?

—No te dejará pasar, Gallinger. Es el Puño de Malann.

IV

Detuve el jeep frente a la única entrada que yo conocía: las habitaciones de M'Cwyie. Braxa, que había visto la rosa a la luz de un faro, la llevaba ahora en el regazo, como a nuestro hijo, y tenía una expresión maravillada y secreta.

—¿Están en el templo ahora? —quise saber.

La expresión de Madonna no cambió. Repetí la pregunta. Braxa se movió.

—Sí —dijo, distante—, pero no puedes entrar.

—Ya lo veremos.

La ayudé a bajar, y la llevé por la mano. Braxa parecía en trance.

A la luz de la Luna naciente, los ojos le brillaban como el día en que yo la había conocido, el día del baile.

Empujé la puerta e hice entrar a Braxa. En la habitación había una media luz.

Y Braxa gritó por tercera vez esa noche:

—¡No le hagas daño, Ontro!
¡Es Gallinger!

Yo nunca había visto un hombre marciano antes, sólo mujeres. Así que yo no podía saber si eran enfermos, aunque lo sospechaba.

Alcé los ojos.

En aquel cuerpo semidesnudo había manchas y bultos. Perturbaciones glandulares, me dije.

Yo había pensado que nadie en Marte me aventajaba en estatura, pero Ontro medía más de dos metros y era corpulento. Esto explicaba el origen de mi cama gigante.

—Vuélvete —dijo Ontro—. Ella puede entrar, pero tú no.

—Tengo que recoger mis libros y máquinas.

Ontro alzó un enorme brazo izquierdo apuntando a un rincón. Todas mis cosas estaban allí ordenadamente empacadas.

—Necesito entrar. Necesito hablar con M'Cwyie y las Madres.

—No entrarás.

—La vida de tu gente depende de eso.

—Atrás —tronó el hombre—. Vete con tu gente, Gallinger. ¡Déjanos!

Mi nombre me sonó tan dife-

rente, en boca de Ontro, como si fuese el nombre de otra persona. ¿Cuántos años tendría Ontro? ¿Trescientos? ¿Más? ¿Cuatrocientos? ¿Había guardado el templo toda su vida? ¿Por qué? ¿Contra quién había que guardar? No me gustaba cómo se movía. Yo había visto en otro tiempo hombres que se movían así.

—Atrás —repetió Ontro.

Si en Marte habían perfeccionado las artes guerreras tanto como las danzas, o, peor aun, si el arte de la lucha era parte de la danza, yo corría peligro.

—Entra —le dije a Braxa—. Dale la rosa a M'Cwyie. Dile que yo se la mando. Dile que entrará ahí, pronto.

—Haré como me pides. Recuérdame en la Tierra, Gallinger. Adiós.

No le respondí y Braxa pasó junto a Ontro y entró en la otra habitación llevando la rosa.

—¿Te irás ahora? —me preguntó el hombre—. Si quieres le diré a Braxa que luchamos y que casi me vences, pero que te dejé inconsciente y te llevé a la nave.

—No —dije—, entraré pasando junto a ti o por encima de ti.

Ontro se agachó, extendiendo los brazos.

—Es un pecado tocar a un hombre sagrado —rugió—, pero te detendré, Gallinger.

Mi memoria era una ventana con nieblas expuesta de pronto al aire fresco. El paisaje se aclaró. Miré seis años atrás.

Yo estudiaba lenguas orienta-

les en la Universidad de Tokio. Era una de mis dos noches semanales de recreo. Me movía dentro de un círculo de diez metros de diámetro en el Kodokan, y un cinturón de color castaño me sostenía el *judogi* a las caderas. Yo era *Ik-kyu*, un grado por debajo del grado más bajo de los expertos. Un diamante castaño en mi pectoral derecho decía *Jiu-Jitsu* en japonés, y significaba realmente *atemiwaza*, a causa del golpe que yo había perfeccionado y que todos consideraban inadecuado para mi tamaño.

Pero yo nunca lo había usado contra un hombre, y no lo practicaba desde hacía cinco años. Yo no estaba en forma, por supuesto, pero traté de que mi mente *tsuki no kokoro*, como la luna, reflejando el todo de Ontro.

En algún sitio, desde el pesoado, una voz dijo: —*Hajime*, comencemos.

Adopté mi posición de gato *neko-ashidachi*, y los ojos de Ontro brillaron de un modo raro. Se apresuró a corregir su propia posición y lancé mi golpe.

Mi creación.

Mi larga pierna izquierda se estiró como un muelle roto. A dos metros del suelo le alcancé con el pie la mandíbula, mientras Ontro trataba de saltar hacia atrás.

El hombre cayó con la cabeza doblada, gimiendo. *Eso es todo, pensé. Lo siento, amigo.*

Y mientras yo pasaba por encima del cuerpo de Ontro, una

mano lenta me atrapó derribándome. Yo no podía creer que Ontro fuese tan fuerte como para no haber quedado inconsciente luego de ese golpe, y más aún para moverse. Lamenté tener que castigarlo todavía más.

Pero Ontro me encontró la garganta y deslizo un antebrazo sobre ella antes que yo me diera cuenta de que el movimiento era deliberado.

¡No! ¡No dejes que todo termine así!

El brazo de Ontro era una barra de acero que me apretaba la faringe, la carótida. De pronto comprendí que el hombre estaba todavía inconsciente y que esto era un reflejo nacido de innumerables años de entrenamiento. Yo había visto algo parecido, en *shiai*. El hombre había muerto, ahogado, y sin embargo siguió luchando y su antagonista pensó que no lo había ahogado del todo, y apretó un poco más.

Pero era algo raro, muy raro.

Le clavé los codos en las costillas y eché atrás la cabeza apretándole la cara. El brazo me soltó un poco, pero no bastante. Odié tener que hacerlo, pero estiré la mano y le quebré el dedo meñique.

El brazo se aflojó y me libré.

Ontro quedó tendido en el piso, jadeando. Me compadecí del gigante que había caído defendiendo a su gente, su religión, cumpliendo órdenes. Me maldije a mí mismo como nunca me había maldecido antes por haber

pasado por encima de él en vez de dar un rodeo.

Fui tambaleándome hasta el montón de mis bienes, me senté en la caja del proyector, y encendí un cigarrillo.

Yo no podía entrar en el templo hasta haber recuperado el aliento, hasta saber qué les diría.

¿Cómo se le habla a una raza decidida a suicidarse?

De pronto...

¿Podía ser? ¿Daría resultado? Si les leía el *Libro del Eclesiastés*, si les leía un texto literario muy superior a todo lo que Locar había escrito, y tan sombrío, y tan pesimista, y les mostraba que nuestra raza había ido adelante a pesar de que un hombre había condenado la vida en la poesía más elevada, si les mostraba que la vanidad que él había vituperado nos había llevado a los cielos, ¿me creerían? ¿Abandonarían la idea de la muerte?

Apagué el cigarrillo en los hermosos mosaicos y busqué mi libro de notas. Me incorporé animado por una furia rara.

Y entré en el templo a predicar el Evangelio Negro según Gallinger: unas páginas del Libro de la Vida.

Había silencio en el templo. M'CWyie había estado leyendo a Locar, sosteniendo la rosa en la mano derecha, blanco de todas las miradas.

Hasta que yo entré.

Cientos de personas estaban sentadas en el piso, descalzas.

Noté que los pocos hombres eran tan menudos como las mujeres.

Yo tenía los zapatos puestos.

No te detengas, me dije. *Perderás o ganarás... todo.*

Una docena de viejas arrugadas estaban sentadas detrás de M'CWyie, en semicírculo. Las Madres.

La tierra estéril, los vientres secos, tocados por el fuego. Me acerqué a la mesa.

—Si vosotros os suicidáis —les dije a las Madres— condenaréis a vuestro propio pueblo. Lo condenaréis a no conocer la vida que vosotras habéis conocido, las alegrías, las penas, la felicidad. Pero no es cierto que vuestra muerte sea inevitable. —Yo les hablaba a todos ahora—. Quienes eso dicen, mienten. Braxa lo sabe bien, pues ella lleva un hijo...

Me miraban, sentados como filas de Budas. M'CWyie retrocedió al semicírculo.

—... mi hijo —continué pensando que hubiese dicho mi padre de este sermón.

—... Y todas las mujeres jóvenes pueden tener hijos. Sólo vuestros hombres son estériles. Y si permitís que los médicos de la próxima expedición os examinen, quizá también los hombres puedan ser ayudados. Pero de cualquier modo las mujeres pueden unirse con los hombres de la Tierra.

—Y el nuestro no es un pueblo insignificante, ni un sitio insignificante —continué—. Miles de años atrás el Locar de nuestro

mundo escribió un libro, despreciándonos. Habló como Locar, pero no nos dimos por vencidos, a pesar de las plagas, las guerras y el hambre. No morimos. Venimos una a una todas las enfermedades, alimentamos a los hambrientos, evitamos las guerras. Quizá no haya nunca más conflictos armados en la Tierra. No lo sé.

—Pero hemos cruzado millones de kilómetros de nada. Hemos visitado otro mundo. Y nuestro Locar había dicho: ¿Por qué molestarse? ¿Qué valor tiene eso? Todo es vanidad.

—Y os revelaré un secreto —dije bajando la voz, como si estuviese leyendo un poema—. Aquel hombre tenía razón. Todo es vanidad, todo es orgullo. La hubris del racionalismo nos empuja una y otra vez a atacar al profeta, al místico, al dios. Hemos crecido auxiliados por nuestras propias blasfemias, blasfemias que nos sostienen y que los dioses admiran secretamente en nosotros. ¡Todos los nombres secretos de Dios son vedadas blasfemias!

Empecé a transpirar. Hice una pausa, mareado.

—He aquí el *Libro del Eclesiastés* —anuncié, y empecé a leer—: "Vanidad de vanidades, dijo el predicador, vanidad de vanidades, y todo es vanidad. De qué le sirve al hombre..."

Vi a Braxa de espaldas, muda, inmóvil.

Me pregunté qué estaría pensando.

Y devané a mi alrededor las horas de la noche, como un ovillo de hilo negro.

Oh, qué tarde era. Yo había hablado hasta el amanecer, y aun seguía hablando. Concluí con Eclesiastés y seguí con Gallinger.

Y cuando callé al fin seguía el silencio.

Los Budas en fila no se habían movido en toda la noche. Y al cabo de un tiempo M'CWyie alzó la mano derecha. Una a una todas las Madres alzaron la mano derecha.

Y entendí en seguida.

El además quería decir no, suficiente, y basta.

Quería decir que yo había fracasado.

Salí lentamente del cuarto y me dejé caer junto a mi equipaje.

Ontro se había ido. Me alegro no haberlo matado.

Pasaron mil años y al fin llegó M'CWyie.

—Tu tarea ha terminado —me dijo.

No me moví.

—La profecía se ha cumplido —dijo—. Mi gente es feliz ahora. Has triunfado, hombre santo. Ahora déjanos, rápidamente.

Mi mente era un globo desinflado. La llené con un poco de aire.

—No soy un santo —dije—. Soy sólo un poeta de segunda categoría que ha defendido un caso perdido de hubris. —Encendí un último cigarrillo.— Muy bien —dijo al fin—, ¿qué profecía?

—La profecía de Locar —dijo M' Cwyie como si las explicaciones fuesen innecesarias— de que un santo vendría un día del cielo para salvarnos en nuestra última hora, si completábamos todas las danzas de Locar. Derrotaría al Puño de Malann y nos traería la vida.

—¿Cómo?

—Como con Braxa y el ejemplo del templo.

—¿Ejemplo?

—Nos leíste sus palabras, tan grandes como las de Locar. Nos leíste que allá "no hay nada nuevo bajo el sol". Y te burlaste de esas palabras mientras leías, y nos mostraste algo nuevo. Nunca ha habido rosas en Marte, pero aprenderemos a cultivarlas... Eres el Bufón Sagrado —concluyó M' Cwyie—, el Burlador del Templo que pisó suelo santo.

—Pero votaron "no".

—Votamos no llevar adelante el plan original, y dejar que Braxa tuviera su hijo.

—Oh. —Se me cayó el cigarrillo de los dedos. Qué poco había entendido yo—. ¿Y Braxa?

—Fue elegida hace ya medio Proceso para que aprendiera las danzas y te esperara.

—Pero dijo que Ontro no me dejaría entrar.

M' Cwyie calló largo rato.

—Braxa nunca creyó en la profecía —dijo al fin—. Escapó temiendo que se cumpliera. Entendió al fin cuando votamos.

—Entonces no me quiere. Nunca me quiso.

—Lo siento, Gallinger. Nunca cumplió esa parte de su deber.

—Su deber —dije inexpresivamente. Deber, deber, tra-la-lá.

—Me ha pedido que te despidas. No quiere verte más —dijo M' Cwyie—. Nunca olvidaremos tus enseñanzas.

—No, no las olviden —dije maquinalmente, comprendiendo de pronto la paradoja que alimenta todos los milagros. Yo no creía una palabra de mi propio evangelio, nunca lo había creído.

Me quedé un rato de pie, inmóvil, y murmuré:

—M' narra.

Sali, a mi último día en Marte.

Te he conquistado, Malann. ¡Y tuya es la victoria! Descansa tranquilo en tu lecho estrellado. Maldito seas.

Dejé allí el jeep y caminé hacia el *Aspic*, dejando la carga de la vida a tantos pasos detrás de mí. Llegué a mi cabina, cerré la puerta, y me tomé cuarenta y cuatro pastillas somníferas.

Pero cuando desperté estaba en la enfermería, y vivo.

Sentí el latido de los motores mientras me incorporaba lentamente y caminaba de algún modo hacia la ventanilla.

El borroso Marte colgaba allá arriba como un vientre hinchado hasta que al fin se disolvió, desbordó y me corrió por la cara. ♦

Philip José Farmer nació en Indiana en 1918. En 1952 publicó su primera obra, The lovers, una famosa novela corta que cuenta los amores entre un hombre y una mujer que es biológicamente un insecto. Desde 1956 escribe textos de electrónica.

ACTITUDES

Philip José Farmer

I

ROGER TANDEM SE ENCOGIÓ DETRÁS de los naipes como si se escondiera detrás de una muralla de escudos. Los ojos le corrieron como comadreja por las caras de los otros jugadores, sentados alrededor de una mesa en el salón del navío interestelar *Dama Fortuna*.

—Padre John —dijo—. He comprendido al fin. Se muestra usted simpático, bromea, y juega a las cartas conmigo, aunque no por dinero, naturalmente. Hasta me convida con una cerveza. Y cuando yo empiezo a pensar que es usted un hombre encantador, me lleva gradualmente de un tema a otro. Se acerca usted de costado, alejándose cuando me ve alarmado o aburrido, pero volviendo siempre. Y entonces, de pronto, en un momento de descuido, alza la tapa de las llamas del infierno y me invita a echar una

mirada. Y piensa usted que me asustaré de veras y correré a esconderme bajo el ala protectora de la Madre Iglesia.

El padre John alzó los claros ojos azules, el tiempo suficiente para decir:

—La segunda mitad de esa última frase es exacta. En cuanto al resto, ¿quién puede saberlo?

—Es usted listo, padre, en estas cosas de la religión. Pero conmigo no va a ninguna parte. ¿Sabe por qué? Porque no tiene usted la actitud correcta.

Las cejas de los otros jugadores se elevaron todo lo posible. El capitán del *Dama Fortuna*, Rowds, tosió hasta que la cara se le puso roja, y luego dijo, escupiendo y sonándose la nariz:

—Por favor, Tandem, ¿qué... ah... qué es eso... ah... de que el padre no tiene la actitud correcta?

Tandem sonrió, muy seguro de sí mismo.

—Sé lo que piensan todos ustedes: se necesita vergüenza para hablar así. Roger Tandem, jugador profesional, y coleccionista y comerciante de objetos de arte interestelares, reprochando a un sacerdote. Pero no he terminado aún. No hablo sólo del padre John. Ninguno de ustedes, caballeros, tiene la actitud correcta.

Nadie replicó. Los labios de Tandem se torcieron en una mueca sarcástica. Los otros, sin embargo, no pudieron verlo, pues Tandem escondía la boca detrás de los naipes.

—Todos ustedes son gente piadosa, unos más y otros menos —dijo Tandem—. ¿Y por qué? Porque no quieren correr riesgos, eso es todo. No están seguros de que haya vida después de la muerte, pero piensan que puede haberla. Y deciden que es más prudente embarcarse en tal o cual religión. Ninguno de ustedes, caballeros, profesa la misma fe, ¿no es cierto? Pero todos tienen esto en común. Piensan que no tienen nada que perder si creen en una divinidad cualquiera. Al mismo tiempo, si la niegan, pueden encontrarse del lado de los perdedores. ¿Por qué no creer entonces? Es más seguro.

Tandem dejó las cartas en la mesa, encendió un cigarrillo, y echó rápidamente una bocanada de humo que le ocultó la cara.

—Yo no temo correr riesgos. Apuesto sin temor. Mi llamada alma eterna contra la creencia de que no hay nada más allá de esta

vida. ¿Por qué he de abstenerme de hacer lo que me gusta? ¿Por qué he de convertirme en un ser miserable e hipócrita?

—Ese es precisamente su error —dijo el padre John Carmody—. Yo opino que es usted quien no tiene la actitud correcta. Todos nosotros apostamos a un juego donde sólo se puede ganar de un modo: por medio de la fe. Pero el método suyo no me parece muy racional, pues aunque haya acertado no lo sabrá nunca. ¿Cómo recogerá sus ganancias?

—Las recogeré mientras vivo, padre —dijo Tandem—. Eso me basta. Cuando esté muerto, no me importará quién haya ganado. Y a propósito, padre. Espero que en esas cuestiones de la fe tenga usted más suerte que en las cartas. No es usted un jugador muy bueno, ya lo sabe.

La cara del padre John era redonda, regordeta, poco atractiva, pero cuando estaba divertido tenía una expresión agradable. Se reía ahora como si tuviese un diapasón adentro, sacudiéndose con una alegría contagiosa.

Tandem disfrutaba de ese buen humor, excepto cuando el sacerdote parecía reírse de él. Torcía entonces la boca, haciendo esa mueca que ocultaba detrás de las cartas.

Una voz resonó de pronto en el comunicador, y sobre la puerta de la sala parpadó una luz amarilla. El capitán Rowds se puso de pie y dijo:

—Ah, perdón, caballeros. Me...

ah... necesitan en la cabina de comando. Vamos a salir de la Traslación. No olviden que cuando se encienda la luz roja estaremos... ah... en caída libre.

El juego se interrumpió. Las cartas fueron guardadas en una caja, que quedaría sujeta a la placa de hierro de la mesa. Los jugadores se reclinaron en sus asientos a esperar a que el *Dama Fortuna* saliera de la Traslación y entrara en caída libre durante diez minutos mientras la computadora hacía sus cálculos.

Si emergían del no-espacio en el punto deseado, seguirían viaje con los medios normales de propulsión.

Tandem miró alrededor y suspiró. La cosecha había sido pobre en este viaje. Había pasado la mayor parte del tiempo jugando por nada con el padre John, el capitán Rowds, el misionero de la Luz Universal, y los dos profesores de sociología. Era muy lamentable que ninguno de ellos tuviera dinero, y que se creyeran verdaderos señores. Si hubiesen jugado por interés, y alguien hubiera insistido en colgar un indicador psicocinético o de percepción extrasensorial sobre la mesa de juego, se habrían ofendido. Tandem no hubiese sentido entonces ningún escrúpulo en recurrir a sus dones. Pensaba que si los tenía, debía utilizarlos. Nunca se había molestado en preguntarse de dónde le venían.

Había ganado bastante dinero mientras se trasladaban de B Ve-

lorum a Y Scorpii. Había conocido entonces a un joven apasionado por los dados, un individuo que se hubiese sentido insultado si alguien hubiera puesto una alarma en la mesa. Era un *verdadero* jugador, y entendía que un *esp* no podía dejar de saber si el adversario recurría a energías supuestamente prohibidas. Pero entendía también, sin embargo, que uno de los riesgos más excitantes era el de enfrentarse con alguien que podía ser tan bueno como uno, o mejor.

Cuando en una partida se encontraban dos jugadores "dotados" podía pasar cualquier cosa, pero ninguno de los dos divulgaría que el otro era un tramposo. Sobrevenía entonces un duelo entre los dos "aristócratas". Los plebeyos quedaban afuera, expuestos al frío, y al terminar la partida sólo habían descubierto que no tenían un centavo.

El joven adinerado le había dado mucho trabajo a Tandem. Lamentablemente, cuando había llegado el momento más adecuado para subir las apuestas, el *Dama Fortuna* (nunca había conocido un nombre tan mal puesto) salió de la Traslación y se encontró en un punto equivocado del espacio. La partida se interrumpió, y la víctima dejó la nave poco después.

Tandem, ahora, no sólo tenía los bolsillos casi vacíos. Se aburría también, lo que era mucho peor. Ni siquiera lo entretenían las largas discusiones con el pa-

dre John, unas réplicas amables que en verdad no podían llamarse discusiones. Pero no sólo se sentía aburrido. Tenía la vaga impresión, además, de que el padre había llevado la mejor parte. Por ese motivo, quizá, cuando se encendió la luz roja y el intercomunicador advirtió a los pasajeros, Tandem soltó el cinturón que lo retenía a la silla, y con un leve movimiento del pie tomó impulso y subió hacia el cielo raso. Mientras flotaba allí arriba se llevó las manos a los labios, como si rezara, poniendo cara de tonto y de beato.

—¡Eh, padre John! —llamó—. ¡Mire! ¡José de Cupertino!

Hubo miradas inquietas y unas pocas risas nerviosas entre los otros pasajeros. El mismo apóstol de la Luz Universal, aunque competidor del padre John, frunció el ceño. La broma le parecía de mal gusto y un ataque a sus propias creencias.

—Actitud incorrecta —murmuró—. Actitud realmente incorrecta.

El padre John parpadeó una vez antes de descubrir que Tandem estaba parodiando las levitaciones involuntarias de un famoso santo medieval. No obstante, en vez de mostrarse ofuscado sacó tranquilamente un cuaderno de notas y se puso a escribir. Aun los ejemplos del diablo podían ser útiles. La bufonada de Tandem le había inspirado la idea de un artículo. Si lo terminaba a tiempo para mandarlo

en la primera nave postal, podría aparecer probablemente en el próximo número del periódico de la orden.

El título del artículo sería: *La Caida Libre del Hombre: ¿hacia abajo o hacia arriba?*

II

Tandem había pensado descender en la próxima escala: Wildenwooly. Era un planeta virgen donde los colonos tenían mucho trabajo y pocos medios de esparcimiento. El juego entre ellos. Pero, por desgracia, no había mucha gente rica en Wildenwooly, y además todos tenían una susceptibilidad patológica. La suerte de Tandem les hubiese parecido sospechosa, y no hubieran vacilado en utilizar un indicador, si dispusiesen de uno. No le serviría de mucho, tampoco, ocultar sus poderes. El resultado no se distinguiría al fin de una racha de mala suerte.

Todo el mundo tenía una cierta capacidad *esp*, y los indicadores no eran sensibles a la energía media. Tandem y sus semejantes no podían mantener sus poderes dentro de los límites normales sino mediante un control muy estricto. Pero en el curso de una partida se excitaban fácilmente, o sucumbían a la tentación, y el indicador los denunciaba en seguida. Por otra parte, si reprimían totalmente sus dones los otros sospechaban también. Y aunque los woolianos no pudiesen

probar que trampeaba, eran capaces de hacer justicia con sus propias manos.

Como a Tandem no le gustaba que lo apalearan ni que lo echaran a pedradas de una ciudad —desagradable supervivencia de una antigua costumbre terrestre— decidió no moverse de la nave hasta que llegaran a Po Chu-I, un planeta habitado por celestiales abarrotados de bonos de la Federación, y de ojos iluminados por una pasión ancestral a la dama fortuna.

Antes que la nave llegara a Po Chu-I se detuvieron en Weizmann, donde embarcó otro adinerado. Tandem se frotó las manos y lo desplumó rápidamente. La edad tecnológica tenía esa ventaja. Los progresos de la ciencia no impedían la aparición de viejos tipos humanos dispuestos siempre a quedarse sin un centavo. El joven rico y Tandem encontraron a otros dispuestos a acompañarlos en el juego hasta que las apuestas eran demasiado altas. Tandem acumulaba fichas ignorando a sus compañeros de antes: el capitán, los profesores, los dos reverendos. Lamentablemente, poco antes que la nave dejara Po Chu-I, el joven se puso de mal humor, discutió con Tandem acerca de algo que no tenía ninguna relación con los naipes, y le empavonó un ojo.

Tandem no respondió al golpe. Le dijo al joven que presentaría una queja contra él en un tribunal terrestre por haber vio-

lado su libre arbitrio. No había autorizado a nadie para que lo golpearan. Además, se sometería voluntariamente a una inyección de telol. Un interrogatorio bajo la influencia de la droga revelaría que no había hecho trampa.

Por alguna razón que Tandem no llegó a entender, nadie, excepto el padre John, habló con él durante el resto del viaje. Y a Tandem no le interesaba hablar con el sacerdote. Juró que dejaría la nave en la próxima escala, y no le importaba qué clase de mundo fuera ese.

El *Dama Fortuna* lo decepcionó un vez más, pues descendió en un planeta que era aun *terra incognita* para los seres humanos. Hasta ese momento no se había instalado allí ninguna colonia terrestre. El navío se posó en el planeta sólo porque necesitaba agua para llenar los tanques de carburante.

El capitán Rowds les anunció a la tripulación y a los pasajeros que podían bajar a estirar las piernas. Pero no debían ir más allá de la otra orilla del lago.

—Ah... damas y caballeros... ah... ocurre que el agente sociológico de la Federación ha celebrado... ah... un acuerdo con los aborígenes que nos autoriza a utilizar esta área. Pero no hemos de tener ningún trato con los... ah... kubeianos. Esta gente tiene ciertas instituciones peculiares, y... ah... nosotros los terrestres podríamos ofenderlos... por... por ignorancia, si me permiten la

palabra. Y algunas de estas costumbres son... ah... algo bestiales... si puede decirse así. Les aconsejo pues... ah... cierta prudencia.

Tandem descubrió que la nave tardaría por lo menos cuatro horas en aprovisionarse. Le sobraba tiempo, pues, para explorar los alrededores. Deseaba echarle una ojeada a Kubeia, pero eso no era posible ya que la nave se encontraba en un vallecito arbolado. Si trepaba a una colina, y luego a un árbol, quizá pudiese observar la ciudad de los nativos. Había alcanzado a ver los edificios blancos cuando la nave descendía. En realidad no tenía mucho interés, pero la prohibición del capitán equivalía para él a una orden. De niño, había disfrutado mucho desobedeciendo a su padre, y ahora no se inclinaba nunca ante la autoridad.

La cabeza ligeramente doblada hacia adelante, acariciándose con una mano el mentón y la boca, se alejó lentamente bordeando el casco de la nave. No encontró a nadie que le ordenara volver atrás. Apresuró el paso. Y en ese momento oyó una voz.

—¡Espéreme, eh, señor Tandem! Irá con usted un rato.

Tandem se volvió. Era el padre John.

Tandem sintió que se le endurecía el cuerpo. El sacerdote sonreía, y le brillaban los ojos azules. Este era precisamente el problema. Tandem no podía confiar en el sacerdote, que cambiaba

continuamente de humor. En un momento se mostraba suave como una piel de durazno. Al minuto siguiente áspero como una barba de tres días.

Tandem dejó caer la mano y mostró su torcida sonrisa.

—Si le pido que me acompañe un kilómetro, padre, usted se creará obligado a acompañarme dos kilómetros.

—Me complacería mucho, hijo mío, pero el capitán lo ha prohibido, y pienso que por alguna buena razón.

—Escuche, padre, ¿qué mal puede haber en que echemos una mirada? Los nativos piensan que esta área es tabú. No nos molestarán. ¿Por qué no dar entonces un pasito?

—No creo que esa sea una razón válida. El capitán es la autoridad máxima en la nave. Conoce su oficio, y respeto sus órdenes al pie de la letra.

—Muy bien, padre. Escóndase usted en su bata de sumisión. Pero nunca verá nada ni disfrutará de nada. En cuanto a mí, correré el riesgo. Aunque no será muy grande.

—Espero que no cometa usted un error.

—Escuche, padre, no ponga esa cara tristonca. Iré un rato loma arriba y me subiré a un árbol. Y me volveré en seguida. ¿Hay algún mal en eso?

—Es usted quien debe saberlo.

—Claro que lo sé —dijo Tandem que se tapaba otra vez la boca con la mano—. Todo depende

de la actitud de uno, padre. Marche usted con la cabeza levantada, sin temor, no se oculte de nada ni de nadie, y recogerá lo que haya sembrado.

—De acuerdo con eso último. Pero creo que se equivoca en lo anterior. Usted no camina con la cabeza levantada. Tiene miedo. Se esconde.

Tandem se alejaba ya. Se detuvo y se volvió hacia el sacerdote.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo que usted siente que debe ocultarse de alguien o algo todo el tiempo. ¿Por qué si no se cubre usted los labios con la mano, o con un escudo de naipes? Y cuando se ve obligado a mostrar la cara, tuerce usted la boca en una mueca de desprecio. ¿Por qué?

—¡Buena! Ahora le ha llegado el turno a la psiquiatría —gruñó Tandem—. Quédese aquí, padre, no se mueva de su vallecito. Yo iré a ver que hay en el resto de Kubeia.

—No se olvide. Partimos dentro de cuatro horas.

—Tengo un reloj —dijo Tandem, y riéndose prosiguió—: Será mi conciencia.

—Los relojes se estropean.

—Las conciencias también, padre.

Tandem se alejó, riéndose aún. A medio camino de la cima, hizo una pausa para mirar atrás, entre los árboles. La figura solitaria y negra del padre John estaba todavía allí, observándolo. Pero en

ese mismo momento el sacerdote debió de moverse, pues el sol se reflejó en la media luna del cuello blanco, ennegreciendo a Tandem. Tandem parpadeó, farfulló una maldición, y encendió un cigarrillo. Una cortina azul le flotó ante la cara y se sintió mucho mejor.

No había nada como un buen cigarrillo para tranquilizar a un hombre.

III

De Tandem se podía decir que se pasaba la vida buscando pichones de paloma, para desplumarlos. No le costaría mucho encontrarlos ahora.

Desde el observatorio de la copa de un árbol Tandem miró el valle próximo. Y allá estaban los pichones. Hasta en Kubeia había pichones.

La multitud se agrupaba en dos círculos concéntricos al pie de la loma, y con un propósito evidente. Los hombres del círculo interior, todos de rodillas, miraban intensamente un objeto que se alzaba en el centro. Las gentes, más numerosas, del otro círculo observaban también el objeto. Tandem creyó distinguir una veleta. No era eso, por supuesto. La actitud de los hombres parecía evidente. Tandem sintió que el corazón le saltaba en el pecho. No había para él error posible. Era capaz de distinguir un juego de dados desde un kilómetro de distancia. Este podía ser un poco

distinto del tipo terrestre, pero la esencia era la misma.

Tandem bajó apresuradamente del árbol y echó a andar entre los árboles que cubrían la colina. Echó una ojeada al reloj pulsera y vio que aún faltaban tres horas y media para la partida. Por otra parte, era inconcebible que el capitán Rowds abandonara a un pasajero. Tandem tenía que observar este juego kubeiano. No participaría, por supuesto, pues no conocía las reglas y no tenía moneda local. Miraría un rato y luego se iría.

El corazón le latía rápidamente. Tenía húmedas las palmas de las manos. Esto era la vida para él, esta incertidumbre, esta tensión, esta excitación. Tentar la suerte. Ganar o perder. Adelante, daditos, ¡un as ahor!

Rió entre dientes. ¿En qué pensaba? No podría entrar en el juego. Y era posible también que los kubeianos interrumpieran la partida, perturbados por la aparición del terrestre. Aunque lo dudaba. Los jugadores eran notoriamente *blasés*. Sólo un cataclismo o la policía podía arrancarlos a una partida, mientras hubiese una posibilidad de ganar dinero.

Antes de mostrarse a los jugadores los examinó un rato. Eran humanoides de piel morena, cabeza redonda, y cabellos cortos y duros. Los rostros triangulares y lampiños se alargaban en una barbilla prominente. Las narices eran negras como guantes de bo-

xeador, y sobre el labio superior crecían unos pedúnculos semicartilaginosos. Los labios correosos y negros se entreabrían mostrando unos dientes afilados de carnívoros. Alrededor del cuello tenían un collar de pelo oscuro, como una bufanda.

Todos llevaban unas vestiduras largas y negras y unas medias blancas que les llegaban a las rodillas. Sólo uno usaba sombrero, y parecía ser el jefe de ceremonias, o —de acuerdo con la interpretación de Tandem— el *croupier*. Era más alto y delgado que los otros, y se cubría la cabeza con una mitra de visera verde. No se movía de su sitio, era el árbitro de las disputas, e indicaba cuándo debían iniciarse las partidas. Tandem comprendió que este *croupier* orquestaría las opiniones de la multitud cuando descubrieran al recién llegado.

Tomó aliento, torció la boca como de costumbre, y salió de los matorrales.

Había previsto acertadamente la reacción de los kubeianos. Las criaturas del círculo exterior alzaron los ojos oblicuos y enderezaron las orejas zorrunas. Pero tan pronto como comprobaron que el recién llegado era inofensivo, volvieron al juego. Quizá era la costumbre de la raza fingir indiferencia, o quizá sabían adaptarse realmente a las situaciones nuevas. De cualquier modo, Tandem decidió aprovechar la ocasión.

Trató de abrirse paso pacíficamente entre las filas de especta-

dores y descubrió que todos se hacían a un lado voluntariamente. Poco después llegaba al primer círculo. Miró atentamente al *croupier*, que lo observó con una expresión enigmática y al fin alzó las dos manos por encima de la cabeza. La multitud emitió un grito parecido a un ladrido y alzó también los brazos. Luego el *croupier* dejó caer las manos y el juego continuó como antes. Tandem pensó que se encontraba en su elemento, y que el juego parecía una versión mejorada de la ruleta.

El centro de atención era la estatua de un kubeiano de dos metros de altura, con los brazos extendidos en ángulo recto y las piernas juntas. La figura estaba tendida en el suelo, boca abajo, y giraba sobre un eje que asomaba en un bloque de mármol y le atravesaba el ombligo.

La cabeza de la figura estaba pintada de blanco, y las piernas de negro. Un brazo era rojo; el otro verde. El cuerpo tenía un color acerado.

Tandem sintió que el corazón le daba un salto. La estatua, estaba seguro, era de platino.

Observó. Uno de los jugadores tomó un brazo de la estatua, entonces una invocación, un canto que le recordó a Tandem las salmodias con que los terrestres invocaban a la suerte antes de arrojar los dados. Luego, a una señal del *croupier*, empujó con fuerza el brazo. La figura giró reflejando el sol con centelleos rojos, ver-

des, negros y blancos. Cuando empezó a detenerse, los jugadores se agacharon impacientes, reteniendo el aliento, o extendieron los brazos cantando invocaciones, las mismas que se entonaban en toda la galaxia, aunque las lenguas fuesen distintas.

Entre tanto, los espectadores apostaban junto con los jugadores. Todos tenían uno o más duplicados de la estatua central. Mientras la figura giraba, hacían ademanes, parlotearo, y arrojaban al aire las estatuillas, que caían dando vueltas. Tandem estaba seguro de que estas estatuas eran también de platino.

La figura giratoria se detuvo. El brazo verde apuntaba a uno de los jugadores. La multitud gritó. Muchos se adelantaron y dejaron sus estatuas a los pies del hombre. El jugador le dio a la perinola —como Tandem la llamaba ahora— otro empujón. La estatua giró y giró.

El terrestre tenía ya una idea clara del juego. Los jugadores tiraban las estatuillas al aire. Si al caer, uno de los miembros o la cabeza se hundían en el suelo blando, y esta parte correspondía al extremo de la estatua que apuntaba al jugador, éste ganaba las estatuillas que habían caído sobre un color diferente.

Si la estatua lo señalaba a uno, pero la propia estatuilla había clavado un extremo de otro color en la tierra, uno no perdía ni ganaba, y podía jugar otra vez. Si no, le tocaba probar suertes

al jugador que lo seguía a uno en la fila.

Tandem se frotó mentalmente las manos. Le mostró su reloj a un vecino y le indicó que quería cambiárselo por una estatuita. El ingenuo indígena, luego que el *croupier* asintió con un movimiento de cabeza, aceptó rápidamente y pareció muy contento de haber perdido una buena cantidad de dinero en el cambio.

Tandem apostó varias veces y ganó. Cargado de estatuitas avanzó audazmente hacia el círculo interior. Una vez allí recurrió friamente a sus poderes para amoninar el movimiento de la perinola y detenerla cuando señalaba a la persona indicada con el color indicado. Era bastante prudente como para que la estatua no señalara demasiadas veces a un mismo jugador, y obtenía la mayor parte de sus crecientes ganancias haciendo apuestas con los espectadores. A veces perdía a propósito; otras la suerte le era adversa. Era indudable que muchos de los kubeianos tenían poderes inconscientes, que llegaban a actuar si un cierto número se concentraba en el mismo color. Hasta alcanzaba a detectar algunas emanaciones aquí y allí, aunque no era capaz de localizarlas con precisión. Se perdían en la confusión general.

Pero esto no tenía ninguna importancia. Los indígenas no habían desarrollado sus fuerzas.

Olvídó el asunto y observó las reacciones de la multitud. Había

estado otras veces entre extraños, y había visto cómo se enojaban cuando él ganaba con demasiada regularidad. Estaba dispuesto ahora a empezar a perder en cualquier momento, para tranquilizarlos, y si eso no daba resultado echaría a correr. No se detuvo a pensar cómo podría hacerlo con la carga de estatuitas. Pero, de un modo o de otro, saldría adelante, estaba seguro.

Sin embargo, no ocurrió nada de lo que pensaba. Los nativos no dejaron de sonreír con sus muecas de zorros, y parecían mirarlo amistosamente con aquellos ojos del color de la herrumbre. Cada vez que ganaba le palmeaban la espalda. Algunos hasta lo ayudaron a apilar las estatuitas. Los observaba de cerca para impedir que escondieran alguna de las estatuitas entre los pliegues de las batas negras, tan parecidas a las sotanas de los sacerdotes terrestres. Pero nadie trató de robarle.

La tarde pasó en un torbellino vertiginoso de verdes, rojos, blancos y negros. No demasiado obviamente, las perinolas se amontonaron a los pies de Tandem.

Frió exteriormente, Tandem se sentía borracho por dentro. No había perdido tanto la cabeza, sin embargo, como para no acordarse de mirar de cuando en cuando el reloj que el kubeiano se había puesto en la muñeca velluda. Descubría siempre que tenía aún bastante tiempo como para embalsarse algo más.

No dejaba de advertir también que la multitud de espectadores crecía constantemente. Este juego era como cualquier otro juego de azar de cualquier otra parte. Que alguien se entusiasmara un poco, y toda la vecindad se enteraba por medio de unos inexplicables conductos mentales. Los nativos llegaban al valle por los estrechos pasos, empujando a los del círculo exterior y acercándose a los espectadores, charlando, silbando, aplaudiendo, dando gritos que parecían ladridos, y difundiendo un intenso hedor a causa de la acumulación de cuerpos velludos y sudorosos a la luz cálida del sol. Los ojos rojizos y oblicuos centelleaban; los pelos se erizaban en los cuellos, las largas lenguas rojas de puntas bulbosas y verdes humedecían los labios delgados, correos y negros. En todas partes las manos se alzaban al cielo en un ademán peculiar, siempre con dos dedos cruzados.

Nada de esto molestaba a Tandem. Había oído —y olido— multitudes como esta, otras veces. Cuando ganaba, todo le parecía delicioso.

La perinola giraba. Las estatuitas volaban. Y las riquezas se acumulaban a los pies de Tandem. Esto era vida. Nada podía comparársele, ni siquiera el alcohol y las mujeres.

Llegó un momento en que sólo cuatro de los nativos tenían aún alguna estatuita. Le había llegado el turno a Tandem. Arrojó la figura al aire, miró cómo caía y

se clavaba derecha en el suelo, y dio un paso adelante para hacer girar la estatua. Miró entonces de reojo al *croupier* y vio lágrimas en los ojos herrumbrosos.

Tandem se sorprendió, pero no trató de descubrir la causa de esa rara emoción. Sólo tenía un deseo, el de jugar, y el nativo le había indicado que podía empezar en cualquier momento.

Apoyó la mano en el brazo verde y duro, y en ese instante resonó un grito sobre los rugidos de la multitud. Tandem sintió que el grito lo paralizaba.

Era la voz del padre John:

—¡Deténgase, Tandem! ¡Por el amor de Dios, deténgase!

IV

—¿Qué diablos viene a hacer aquí? —gruñó Tandem—. ¿Quiere traerme mala suerte?

—He recorrido el segundo kilómetro, hijo mío —dijo el padre John—. Y puede usted alegrarse. Un segundo más, y estaría usted perdido.

El sudor le corría por las mejillas al padre John y se le metía en el cuello, ahora sucio y gris. Una rama debía de haberle arañado la cara, atravesada por tres líneas rojas paralelas. Los ojos azules le vibraban de acuerdo con el diapasón que tenía dentro del cuerpo rotundo, pero la nota no era de alegría.

—¡Atrás, Carmody! —dijo Tandem—. Esta es la última vuelta. Luego volveré. ¡Rico!

—No, no. Escuche, Tandem, no tenemos mucho tiempo...

—¡Apártese! Estas gentes pueden aprovechar la situación para detener el juego.

El padre John alzó desesperadamente los ojos al cielo. Al mismo tiempo el *croupier* dejó su sitio y avanzó hacia el sacerdote con la mano extendida. En la cara del padre John asomó una expresión de esperanza. Miró ansiosamente al *croupier* haciendo ademanes.

Tandem, aunque exasperado, no podía hacer otra cosa que observar y esperar a que echasen al oficioso sacerdote. Estaba a punto de echarse a llorar. Había tenido el triunfo al alcance de la mano, y ahora aquel puritano narigudo venía a estropearlo todo.

El padre John no prestó atención a Tandem. Sin desviar la mirada de los ojos herrumbrosos y rojos del *croupier*, se señaló a sí mismo, señaló a Tandem, y trazó un círculo en el aire que encerraba a los dos. La expresión del *croupier* no cambió. Serenamente, el padre John señaló con el dedo a los nativos y dibujó otro círculo. Repitió esta pantomima dos veces. De pronto los ojos oblicuos se abrieron, y una luz brillante en la mirada herrumbrosa. El indígena volvió rápidamente la cabeza en un movimiento que parecía ser de afirmación. Había entendido, aparentemente, lo que el padre quería decirle: los dos humanos y los kubeianos no eran de la misma clase.

El padre John señaló entonces con el dedo la figura central y luego al *croupier*. Esta vez el círculo circunscribió claramente al indígena y la estatua. Trazó otro círculo alrededor de él mismo y de Tandem y luego alzó el crucifijo que le colgaba del cuello para que todos pudieran verlo.

La multitud estalló en un grito rónico. Parecía más de decepción que de sorpresa. Todos se adelantaron, pero el *croupier* ladró alguna orden, y retrocedieron otra vez. Luego el *croupier* se acercó al padre John y examinó atentamente el símbolo. Al cabo de un rato alzó los ojos hacia el padre John, como esperando otros signos nuevos. Las lágrimas le asomaban a los ojos.

—¿Qué hace, Carmody? —preguntó Tandem roncamente—. ¿No le molestará que me haga rico, no es cierto?

—Tranquilo, Tandem. Casi lo he convencido. Quizá aún podamos interrumpir la partida, aunque no estoy seguro. Se ha comprometido usted demasiado.

—Cuando lleguemos a la Tierra o al primer puerto importante lo denunciaré ante los tribunales por haber interferido en mi libre arbitrio.

Tandem sabía que la amenaza era vana, pues la ley no podía aplicarse a este caso, pero se sentía mejor diciéndolo.

De cualquier modo, el padre John Carmody no lo había oído. Estaba ahora inmóvil, con los brazos extendidos como un cru-

cificado, los pies juntos, y una expresión de agonía en el rostro. Tan pronto como vio que el *croupier* rotaba la cabeza, indicando que había comprendido, el sacerdote señaló otra vez a Tandem. El *croupier* se sobresaltó, y una emoción desconocida le crispó la nariz de guante de boxeo. Se encogió de hombros y alzó las manos, con las palmas hacia arriba.

El padre John sonrió. Todo el cuerpo le vibraba ahora en armonía con el diapason invisible. Esta vez la nota era de alivio.

—Ha tenido suerte, hijo mío —le dijo a Tandem—. Poco después que usted se fuera, recordé un artículo que yo había leído en el *Diario interestelar de religiones comparadas*. El autor es un antropólogo que pasó algún tiempo aquí en Kubeia y...

El *croupier* interrumpió al sacerdote con unos ademanes vigorosos. El padre John, evidentemente, no había entendido bien.

Al padre John se le aflojaron las mandíbulas y gemió:

—Esta criatura ha oído hablar también del libre arbitrio, Tandem. Insiste en que usted debe decidir si le importa o no...

Tandem no esperó a oír el resto y dio un grito de alegría.

—¡Señores! ¡Sigue la partida! Apenas oyó el grito del padre mientras empujaba el brazo verde y la perinola empezaba a girar rápidamente sobre el ombligo. El padre John siguió hablando, pero Tandem no podía prestarle aten-

ción, tan absorto estaba, esperando el momento en que la estatua comenzara a detenerse y él pudiera frenarla o acelerarla sutilmente.

La figura giraba, y mientras, las estatuas del círculo de espectadores volaban brillando al sol, cambiando las riquezas de mano. Tandem, inmóvil, algo inclinado hacia adelante, disfrutaba con el pensamiento de que no podía perder. Los cuatro que lo enfrentaban, separados o juntos, no tenían un poder semejante. Ya, la perinola giraba ahora más lentamente, dando la última vuelta. El brazo verde pasó ante Tandem, luego las piernas. Un leve impulso, otro leve impulso y darían una vuelta más, y luego apenas un tirón para detenerlas.

Ya llegaban, las piernas largas y negras, prolongadas, en pies estilizados. Ahí venían, cuidado, cuidado, suavemente... ¡ah!

—¡Aaah!

La multitud que había estado reteniendo el aliento lo dejó escapar en un grito de sorpresa y desilusión.

Tandem se quedó un rato inclinado hacia adelante, no queriendo creer lo que veía, sintiendo de pronto con un escalofrío el poder irresistible que había salido de alguna parte impulsando las piernas y deteniendo el brazo verde frente al indígena.

El padre John se acercó a Tandem, lo sacudió y dijo:

—Vamos, Tandem, ha perdido. Aturdido, Tandem miró cómo

el lloroso *croupier* les indicaba a los nativos que podían tomar las estatuas y llevárselas al ganador. Las reglas habían cambiado, aparentemente. El ganador se llevaba todo.

Antes que se fueran, el *croupier* se acercó al sacerdote y le dio una de las estatuas. El padre John titubeó, se sacó luego la cadena que llevaba al cuello y le dio el crucifijo al indígena.

—¿Por qué hace eso?

—Cortesía profesional —dijo el sacerdote y llevó a Tandem por el codo entre los kubeianos que gritaban y saltaban—. Es un buen hombre. Nada celoso.

Tandem no trató de descifrar el enigma. La furia que le bullía en el cuerpo estalló de pronto.

—Maldita sea, ¡esos nativos me habían ocultado sus poderes! Pero aun así no hubiesen podido ganarme si no hubiera aparecido usted interrumpiendo la partida. Trabajaron todos juntos. ¡Hasta entonces se habían unido sólo por casualidad! Si usted no fuese un puritano aguafiestas, ¡yo hubiese ganado! Sería rico. ¡Rico!

—Acepto toda la responsabilidad. Mientras, permítame le exc... oh, ¡cuidado!

Tandem trastabilló y el padre John lo sostuvo impidiendo que cayera de narices. El jugador se enderezó, más furioso que antes. No quería deberle absolutamente nada al padre.

Marcharon lenta y silenciosamente entre los espesos matorrales hasta llegar a un claro. Aquí,

cediendo a la presión leve e insistente de la mano del padre John, que lo tomaba por el codo, Tandem se volvió. El valle asomaba allá abajo, entre una avenida de árboles.

—Pues verá usted, Roger Tandem, leí este artículo en el *Diario*. Se llamaba *Actitudes*, felizmente para usted, pues lo recordé gracias a nuestras conversaciones últimas sobre las actitudes correctas e incorrectas. Me perdonará el egotismo aparente de esta declaración, pero decidí entonces recorrer el segundo kilómetro. O un tercero, si era necesario.

"Cuando usted, Roger, vio a esa gente interpretó la escena de acuerdo con los signos y símbolos a que está acostumbrado. Vio que los nativos se agrupaban alrededor de algo que parecía ser claramente un aparato de juego. Vio usted además otras pruebas: gente de rodillas, que apostaba fervientemente, la atención de todos concentrada en el aparato giratorio, súplicas a la dama fortuna, gruñidos, exclamaciones, gritos de triunfo, gemidos de desilusión. Vio usted a un maestro de ceremonias, el encargado del juego, el patrón de la casa.

"No vio, sin embargo, que hay ciertas similitudes entre los ruidos y posturas característicos de una banda de jugadores y los de ciertos fanáticos religiosos que pueden encontrarse en cualquier rincón del universo. El parecido es realmente notable. Observe a los jugadores durante una par-

tida de dados y compárelos luego con los adeptos menos inhibidos de ciertos ritos primitivos. ¿Encuentra alguna diferencia?

—¿Qué quiere decir?

El padre John señaló el valle.

—Casi se convierte usted en un adepto.

El ganador estaba de pie, orgullosamente, junto a la pila de estatuas. Parecía disfrutar interiormente de su victoria. Estaba muy quieto y silencioso, con las manos caídas a los costados. Pero no siguió así mucho tiempo. Algunos de los jugadores se adelantaron y lo tomaron desde atrás. Le extendieron los brazos y se los ataron a una viga de madera. Le pusieron otra en la espalda en ángulo recto y le ataron la cabeza, las caderas y los pies. Así crucificado, lo alzaron y lo llevaron adelante.

Al mismo tiempo, otros sacaron la estatua central de su pivote.

Tandem no comprendió qué suerte hubiera corrido hasta que el nativo fue colocado boca abajo en la base de la estatua y le metieron el pivote en el ombligo. Uno de los fieles tomó al crucificado por un brazo y empujó.

Ni Tandem ni el sacerdote pudieron oír ningún grito de dolor. La multitud aulló mientras el crucificado daba vueltas.

El padre John rezó en voz baja.

—He intervenido, Señor, por amor a este hombre y porque yo debía elegir de acuerdo con los dictados de mi corazón. Uno de ellos tenía que morir, Padre, y

pensé que este hombre no estaba aún preparado. Quizá el hombre de este mundo jugaba sabiendo qué le ocurriría si ganaba, pero Tandem no lo sabía. Y Tandem es un hombre como yo, Padre, y pienso que mientras nada me indique lo contrario, he de tratar de salvarlo hasta que algún día él trate de salvarse a sí mismo. Si me he equivocado, ha sido sólo por ignorancia y por amor.

El padre John concluyó su oración y llevó a Tandem, pálido y tembloroso, colina arriba.

—La casa siempre gana —dijo el padre John que también estaba un poco pálido—. Ese hombre que usted llamaba el *croupier* era el gran sacerdote. Las lágrimas que vio usted primero en sus ojos eran lágrimas de alegría por el nuevo converso, y las que vio usted más tarde eran de decepción. El gran sacerdote quería que usted ganara este juego ritual milenario. Usted hubiese sido la primera encarnación terrestre de esta deidad, el primer terrestre sacrificado de esa manera particularmente dolorosa. Y las estatuas hubieran sido entregadas con usted, como una ofrenda a ese dios.

"Pero como dije antes, la casa no pierde nunca. Más tarde el sacerdote hubiese desenterrado las estatuas que irían a sumarse al tesoro de la iglesia.

—¿Quiere decir que todos esos signos que le hacía usted al crou... al sacerdote eran para decirle que yo...?

—Si, para decirle que usted pertenecía al Dios de la Cruz Vertical. No al Dios de la Cruz Horizontal. Y casi lo convencí, pero a último momento se le ocurrió pensar en el libre arbitrio, y quiso que usted decidiera. Como usted ha dicho muy bien, siempre me meto en lo que no me importa.

Tandem se detuvo a encender un cigarrillo. Le temblaba la mano, pero luego de unas pocas bocanadas, cuando el humo flotó en velos azules, se sintió mejor.

Enderezando los hombros y alzando la barbilla, dijo entonces:

—Escuche, padre John, si piensa asustarme para que corra a refugiarme bajo las alas de la Madre Iglesia, está usted equivocado. ¿He cometido un error? Fue sólo un error a medias, tiene que admitirlo, pues ellos *estaban* jugando. Cualquiera hubiera podido equivocarse. De cualquier modo, no necesito su ayuda.

—¿De veras?

—Bueno, quizá la llegada de usted haya ayudado... pero no, no ayudó. Yo no podía haber ganado contra esos cuatro juntos. ¿Qué perdí entonces? Me divertí y no me sacaron nada.

—Le sacaron el reloj.

El padre John no había perdido aún el aire lúgubre con que había salido del valle. El diapa-

són que llevaba dentro cantaba una nota baja y negra.

—Escuche, padre Tandem—, dejemos toda esa moral y todos esos símbolos, ¿eh? Nada de comparaciones entre mi reloj y mi conciencia, ¿eh? En estas cosas es fácil caer en extravagancias, usted lo sabe bien.

Caminó rápidamente junto a la nave para alejarse del sacerdote, y se detuvo. Un pensamiento que había estado rondándole en las sombras de la mente había salido de pronto a la luz.

—Eh, padre —dijo Roger Tandem dando media vuelta—, ¿y esos cuatro indígenas que llegaron al fin de la partida? Yo hubiera jurado que no tenían bastante...

Se interrumpió. El padre John estaba a unos veinte metros, de espaldas, un poco más tieso que de costumbre. La actitud del cuerpo mostraba de algún modo que el diapasón vibraba ahora con una nota más alta.

Tandem no se dio cuenta claramente de todo esto. Lo que el padre John hacía era mucho más importante.

El padre John arrojaba la estatua al aire y miraba cómo caía de pie. Tiró la estatua al aire cuatro veces. Las piernas negras se clavaron siempre verticalmente en el suelo. ♦

Según Sir Julian Huxley el problema de la superpoblación es el más angustioso de nuestro tiempo, más aun que el dilema guerra o paz, y el profesor Harrison Brown, del Instituto de Tecnología de California, ha escrito que hacia el año 2600 la población humana cubrirá toda la superficie del globo terráqueo. Antes, quizá, alguien encontrará un modo práctico de aminorar la "explosión demográfica", y no será seguramente (esperamos) el que imagina Alice Glaser en este cuadro tenebroso y doméstico de la sociedad del futuro.

EL TÚNEL ADELANTE

Alice Glaser

EL PISO DEL TOPOLINO ESTABA cubierto de arena. Tom tenía también arena en los pantalones y entre los dedos de los pies. Maldita sea, pensó, han construido aquí una carretera de seis pistas que va directamente al océano, una plataforma giratoria con capacidad para trescientos coches que facilita el tránsito en la playa, todo eficiente, organizado, mecanizado y amable, y he aquí el resultado: arena. Y dentro del coche, y a pesar del aire acondicionado, el olor acre de las salinas quemadas por el sol.

Los músculos le dolían entumecidos como de costumbre. Acarició inútilmente el volante, deseando tener algo que hacer, lamentando que el coche fuese tan pequeño, y en seguida se sin-

tió avergonzado. Esos sentimientos eran antisociales. Por supuesto, nada tenía que hacer, pues la carretera, como todas, estaba funcionando automáticamente. Así era la ley. Y aunque viajaba tan encogido que las rodillas le tocaban casi el mentón, y el techo del coche le apretaba la nuca como la tapa de una caja, y sus cuatro hijos amontonados en el asiento trasero parecían aspirarle el cuello de la camisa... bueno, era inevitable, y además el Topolino tenía dos metros de largo como indicaba la ley. No había por qué quejarse.

Por otra parte, no había sido un mal día, al fin y al cabo. Cinco horas para recorrer sesenta kilómetros hasta la playa, y luego —por supuesto— un par de horas

Título original: Attitudes. Traducción de G. Lemos.

esperando en fila en la playa a que les llegara el turno de meterse en el mar. Estaban tardando un poco más en el viaje de vuelta, como siempre. No se podía saber tampoco qué ocurriría en el Túnel. Estarían otra vez en casa a eso de las diez, quizá. No demasiado tarde. Un modo tan bueno como cualquier otro de matar el ocio, pensó. A veces sobra el ocio para matar, realmente.

Jeannie, sentada a su lado, miraba por la ventanilla. Se había recogido el pelo en la nuca —un pelo casi tan rubio como el de los niños— y aunque estaba embarazada otra vez no parecía mucho más vieja que hacía diez años. Pero había dejado de tejer y pensaba ahora en el Túnel. Tom siempre se daba cuenta.

—¡Ay!

Algo golpeó la nuca de Tom, que se dobló hacia adelante tropezando con el parabrisas.

—¡Eh!

Se volvió a medias y lanzó un manotazo a la pala que la pequeña Pattie, de cuatro años, blandía en ese momento.

—Nadé —anunció Pattie, con los ojos azules muy abiertos—. Nadé bien y no tropecé a ninguno.

—Con ninguno —corrigió Tom.

Confiscó la pala, pensando cansadamente que “nadar” en esos días significaba “pisar agua”. No había espacio para más en la atestada área de baños.

Jeannie se había vuelto también y miraba sonriendo a su hija, pero Tom menecó la cabeza.

—Ha llegado el momento —dijo brevemente.

Sabía que un paseo en coche aumentaba inevitablemente la tensión de los niños, y era bien sabido que los veía bastante a menudo, con tantos intervalos entre las horas de clase, entre las horas de juego, y aun entre las horas de su propio trabajo. Pero no les faltaría la educación apropiada. Al primer signo de extraversion, cortar por lo sano, tal era su lema. Se les evitaba así muchos daños ulteriores.

Jeannie se inclinó hacia adelante y apretó un botón del tablero. La gaveta de tranquilizantes salió y se abrió. Jeannie eligió una pastilla rosada, pero cuando se volvió, Pattie estaba ya apaciguada, con las manos en el regazo, y los ojos fijos en la pantalla de TV del asiento trasero. Jeannie suspiró y deslizo la píldora en la boca entreabierta de la pequeña Pattie.

Los otros tres no hablaban desde hacía horas, tal como se esperaba. Jeannie les había servido un almuerzo apropiadamente pesado en el coche: proteínas sintéticas y un tazón caliente de la sopa de algas deshidratadas que había puesto en el termo. Además todos habían tomado una dosis extra de tranquilizantes para el viaje. David, de seis años, que desde hacía un tiempo se resistía a abandonar su extraversion, estaba mirando la pantalla de TV y respiraba con dificultad. David era el primogénito, y ha-

bía nacido en la cabina de partes del supermercado el tres de abril del año dos mil cien, a los ocho y treinta y dos de la mañana. El mismo año en que la población de los Estados Unidos había llegado a los mil millones. Y el quinto niño entre los que habían nacido aquella mañana en el supermercado. Las mellizas Susan y Pattie estaban sentadas muy derechas y miraban atentamente la pantalla, y el bebé, Betsy, de dos años, se había despatarrado en el asiento y no tardaría en dormirse.

El coche avanzaba a quince kilómetros por hora, uno más en la fila de brillantes burbujas que se extendía como una cinta de caramelos a lo largo de la nueva carretera de Pulaski iluminada por el sol poniente. La distancia entre los coches (que la ruta automática medía estrictamente) no cambiaba nunca.

Tom sintió un dolor sordo en los ojos. Unos breves calambres le atenazaban ahora los músculos. Le echó a Jeannie una mirada de disculpa, pues a ella no le gustaban los programas deportivos, y encendió la pantalla de TV del tablero. La tercera partida del campeonato mundial, y ya había comenzado. Malenkovsky con las rojas. Malenkovsky movió una pieza y se reclinó en la silla. Las cámaras enfocaron a Saito, con las negras. Iba a ser una buena partida de damas. Más movida que casi todas.

Estaban a menos de un kilómetro del Túnel cuando la fila de

coches se detuvo de pronto. Durante un minuto Tom no dijo nada. Quizá había habido un accidente, o quizá alguien se había salido de la fila, pasando ilegalmente de *automático a manual*. Otro minuto más. Las manos de Jeannie apretaban tensamente la manta amarilla que estaba tejiendo.

Era evidente ahora que la detención se prolongaría. Jeannie miró las filas inmóviles de coches, frunciendo un poco el ceño.

—Me alegra que ocurra ahora. Esto aumenta nuestras probabilidades, ¿no es así?

La pregunta era retórica, y Tom sintió la irritación habitual. Jeannie era una joven inteligente, pues si no él no la hubiera querido tanto. Pero no podía entender las leyes de probabilidad. El Túnel se cerraba diez veces por semana, término medio. Los diez cierres podían sucederse con intervalos de segundos o en el plazo de una hora. A veces no había ningún cierre en todo un día. Que hubiese ocurrido en este momento no modificaba nada.

—Alguna vez nos tocará a nosotros, Tom —dijo Jeannie pensativamente.

Tom se encogió de hombros sin responder. Podía ocurrir cualquier cosa en el futuro, pero ahora estaban a salvo, por lo menos durante media hora.

David estaba retorciéndose un poco, con una cara de disculpa.

—¿Puedo salir, papá, si el Túnel está cerrado? Me duele.

Tom se mordió los labios. Entendía bien a los chicos, recordando los años en que su propio cuerpo crecía y crecía, y él no quería hacer otra cosa que correr, correr rápidamente, a cualquier parte. Los chicos. Extravertidos, todos ellos. Quizá uno podía ir adelante de ese modo en el siglo veinte, cuando no había multitudes y sobraba espacio, pero no ahora. David tendría que aprender a estarse quieto, como todos los demás.

David había empezado a flexionar los músculos, rítmicamente. Ejercicio pasivo, lo llamaban, un nuevo seudo deporte que no necesitaba espacio, y que era enseñado científicamente en los minutos de recreo. Tom observó con envidia a su hijo. Era magnífico disponer de tanta energía física, y no tener que hacer cola para obtener una nueva ración de gimnasia.

—Papá, en serio, tengo que salir.

David se retorció otra vez en el asiento. Bueno, parecía que el chico decía la verdad. Tom miró por el parabrisas. Los miles de coches que estaban a la vista no se movían aún. Abrió la portezuela. Por suerte había un retrete a pocos metros, y la cola de gente era corta allí. David se deslizó rápidamente fuera del coche. Tom observó cómo el chico empezaba a estirar los brazos por encima de la cabeza, liberado de la presión del techo, y cómo en seguida se comportaba decente-

mente adoptando el paso-introvertido.

Está creciendo, pensó Tom, sintiéndose descorazonado de pronto. Había estado rogando que el chico heredara la estatura baja de Jeannie, y no su propio metro ochenta. Cuanto más espacio ocupaba uno, más difíciles eran las cosas, que empeoraban, por otra parte, día a día. Tom había notado últimamente que la gente le ponía mala cara en la calle.

En el brillante Topolino azul que estaba detrás había una familia italiana, también con muchos chicos. Dos de ellos, al ver a David delante del retrete, salieron corriendo y se pusieron en la cola. El padre sonreía, y de pronto se volvió hacia Tom, que apartó los ojos. Recordó haber visto cómo se pasaban en el coche una botella de un agua muy cara, y cómo toda la familia había empinado animadamente el codo como si el agua creciese en los árboles. Extravertidos, todos ellos. Era casi criminal que se les permitiera a estas gentes ir de este modo de aquí para allá, aumentando la incomodidad de todo el mundo. Ahora el padre había dejado también el coche. Tenía pelo negro, rizado, y era rechoncho. Cuando vio que Tom lo miraba sonrió ampliamente, señaló el Túnel y alzó los hombros como queriendo expresar una divertida designación.

Tom tamborileó con los dedos en el volante. Los extraversos eran afortunados. Nunca parecían

preocupados a propósito del Túnel. Tenían que sacar a los chicos fuera de la ciudad, de cuando en cuando, como todo el mundo. Para salir y para entrar había que pasar necesariamente por el Túnel, de modo que se encogían de hombros y pasaban. Además había tantas normas y reglas ahora, que era difícil discutirlos. Nadie podía oponerse al Consejo de la Ciudad. Los extraversos nunca tenían el viaje, como Jeannie, ni lo... Los dedos de Tom se cerraron rígidamente sobre el volante, y trató de alejar el pensamiento que se le había ocurrido. Había estado a punto de decir ni lo necesitaban como él.

David salió del retrete y se deslizó otra vez en su asiento. Los coches habían empezado a moverse, y poco después ya se arrastraban como antes.

A la izquierda de la carretera se extendía ahora la construcción que llamaban, en broma, la "montaña de latas de cerveza". Hasta ahora no había nada allí excepto las pilas montañosas de ladrillos brillantes, los ladrillos de metal que en un tiempo habían sido recipientes de hojalata y que pronto se ordenarían en otra de las tan necesitadas casas de viviendas. Probablemente con cielos rasos todavía más bajos y paredes todavía más delgadas. Tom parpadó involuntariamente, pensando que en su casa, en una zona de residencias más antiguas, los cielos rasos eran tan bajos que él nunca podía estar de pie sin

tener la cabeza inclinada. El espacio destinado a los hombres estaba reduciéndose, y todos los días un poco más.

En la llanura, a la derecha de la carretera, se extendían en hileras kilómetros y kilómetros de edificios centelleantes, separados por estaciones de gasolina y parques de estacionamiento. Y más allá de esa llanura se alzaban los suburbios de Long Island, de pisos de cemento y atestados de rascacielos de alegres colores.

Aquí, ya más cerca de la ciudad, el aire tronaba con el ruido de las radios de transistores y los aparatos de TV. La intimidación y el silencio habían desaparecido de todas partes, por supuesto, pero este era un barrio de clases bajas y el estruendo atravesaba aún las ventanillas cerradas del coche. Los inmensos edificios, de bloques de cemento y luces de neón, llegaban casi al borde de la carretera, con rampas entre ellos, en todos los niveles. En esas rampas, construidas en un principio para los coches, se amontonaba ahora la gente que volvía de sus turnos de trabajo o de una visita a los mercados, o que entretenía simplemente las interminables horas de ocio. Parecían todos bastante apáticos, pensó Tom. Nadie podía acusarlos en verdad. La vida material era tan segura que nadie hacía un trabajo que fuese realmente necesario, y todos lo sabían. Los empleos de esa gente eran probablemente tan monótonos y fútiles como el suyo.

Todo lo que hacía él era verificar columnas de números en un libro mayor y luego copiarlas en otro libro mayor. Mataba el tiempo, como los demás. No parecía que a esta gente eso le importara mucho.

Pero, mientras miraba, hubo de pronto un rápido forcejeo en la multitud, un breve estallido de violencia. El zapato de un hombre había rozado el tacón de una mujer. La mujer se volvió y golpeó al hombre con el bolso de las compras abriéndole una herida en la mejilla. El hombre contestó con un puñetazo al estómago de la mujer, que lanzó a su vez un puntapié. Un hombre que venía detrás se abrió paso entre ellos a codazos, con la cara contorsionada. La pareja se separó murmurando entre dientes. La irritación se extendió, como ocurría de cuando en cuando, como si nadie esperara otra cosa que la oportunidad de descargar un golpe.

Jeanie había visto también el incidente. Ahogó un grito y apartó los ojos de la ventanilla, mirando rápidamente a los niños que dormían ahora. Tom le acarició el pelo.

Un vasto rascacielos se alzaba ahora ante ellos: el cubo de paredes de vidrio de Manhattan. Unos rayos luminosos salían del edificio y se perdían en el crepúsculo. Los jardines, cuidadosamente planeados, eran manchas verdes en los noventa y ocho pisos de la unidad. Tom, como

siempre, bendijo a la mente previsoras que los había puesto allí. Todos sus hijos podían pasar de este modo una hora semanal en la hierba y jugar junto al árbol. Hasta había un zoológico en cada piso, no como los zoológicos complicados de Washington, Londres y Moscú, por supuesto, pero sí por lo menos con un perro y un gato, y una pecera bastante grande. Lujos semejantes permitían que uno se olvidara a veces de la multitud y el ruido y los cuartos diminutos y la sensación de que nunca había bastante aire para respirar.

Estaban ya cerca del Túnel. Jeanie había dejado su tejido y tendía la cara hacia adelante, como si estuviese escuchando más que mirando. A pesar de sus propios razonamientos, Tom se sorprendió tocando nerviosamente el tablero. En la pantalla de TV Malenkovsky movía triunfalmente una dama.

Habían llegado a las puertas del Túnel. Jeanie estaba callada, y miró irracionalmente su reloj pulsera. Tom apretó el botón de los tranquilizantes y la gaveta se abrió, pero Jeanie meneó la cabeza.

—Odio esto, Tom. Me parece una idea absolutamente sucia.

La irritación de Jeanie sorprendió a Tom, que se sintió casi escandalizado.

—¿No es lo más justo? —repliqué—. Lo sabes muy bien.

—No me importa —dijo Jean-

nie entre dientes—. Tiene que haber otro modo.

—No hay nada más justo —insistió Tom—. Corremos el riesgo como todos los demás.

Sentía ahora los latidos de su propio corazón. Tenía las manos frías. Siempre le pasaba eso cuando entraban en el Túnel, y nunca había sabido si era miedo o impaciencia o las dos cosas. Observó a los niños en el asiento trasero. David miraba la pantalla de TV otra vez y se mordisqueaba una uña. Los tres dormían aún, tal como se les había enseñado, con las manos dobladas sobre el vientre. Tres ratones ciegos.

En el Túnel había ecos y frío. Las paredes de azulejos, limpios y pulidos, emitían una luz blanca. Soplaban un viento, y parecía que los coches se movían más rápidamente. La familia italiana venía aún detrás de ellos, a una velocidad constante. En el techo del túnel se movían unos grandes ventiladores más ruidosos que los invisibles aparatos de aire acondicionado y el lento movimiento de los coches.

Jeanie había apoyado la cabeza en el respaldo del asiento como si estuviese dormida. Los coches se detuvieron un instante, poniéndose en seguida en movimiento. Tom se preguntó si Jeanie habría sentido aquel mismo escalofrío. Le miró entonces la boca y descubrió una expresión de miedo.

El Túnel, pensó, tenía dos mil quinientos metros de largo. Cada

uno de los coches medía dos metros. Había un metro y medio entre los coches. Setecientos coches en el Túnel por lo tanto, más de tres mil personas. Se tardaba quince minutos en atravesar el Túnel. Estaban a medio camino.

Habían atravesado ya las tres cuartas partes del Túnel. Unas luces automáticas parpadeaban en el techo. El pie de Tom se movió hacia el acelerador antes que recordara que el coche marchaba en *automático*. Era un movimiento casi instintivo. Las manos y los pies querían hacer algo. El cuerpo deseaba controlar la dirección del avance. Siempre se sentía así, en el Túnel.

Ya estaban casi afuera. Tom tuvo la sensación de que unas hormiguitas le corrían por el cuero cabelludo. Movió los dedos de los pies sintiendo la aspereza de la arena entre ellos. Ahora ya se veía la salida. Quizá dos minutos más. Un minuto.

Se detuvieron otra vez. Un coche, en algún sitio, allá adelante, se había salido de la fila. Una vez fuera del Túnel estaba permitido pasar otra vez a *manual*, ya que era necesario elegir la pista correcta entre las otras diez. De otro modo uno podía encontrarse de pronto en la pista más alta de Manhattan cuando ya no había sitio para doblar.

Tom palmecó el volante. El coche de adelante había vuelto otra vez a la fila. Se pusieron de nuevo en marcha, más rápidamente. Ya estaban fuera del Túnel.

Jeannie recogió su tejido, y lo sacudió, bruscamente. En seguida lo dejó caer como si se hubie-
ra pinchado los dedos. Arriba sonó una campana, no muy fuerte, pero clara. Justo detrás del parapetrasero trasero unas puertas se deslizaron cerrándose silenciosamente.

Jeannie se volvió para mirar el espacio donde había estado hasta entonces la familia italiana, el coche de color azul, y donde habían estado otros. No se veía ningún coche ahora. Jeannie se dio vuelta otra vez y miró inexpresivamente por el parabrisas.

Tom estaba calculando. Dos minutos para que funcionaran las duchas del techo. Luego los se-
cientos coches del Túnel serían izados y vaciados. Diez minutos para eso, aproximadamente. Se preguntó cuánto tardarían los ventiladores en eliminar los restos del gas de cianuro.

"Despoblación sin discriminación" lo habían llamado en el tiempo de las elecciones. Nadie hubiera admitido que votaba por eso, pero casi todos votaron. Uno

se decía en voz alta; es el modo más justo de cumplir con algo necesario. Pero en algún lugar secreto de la mente uno reconocía que había algo más. Una apuesta, el único elemento impredecible en el largo y temible proceso de la supervivencia. Un juego. Una ruleta rusa. Un juego en que uno entraba para ganar. O quizá para perder. No importaba mucho, pues el Túnel excitaba en verdad. No quedaba otra excitación en el mundo.

Tom se sintió de pronto notablemente despierto. Puso el coche en *manual* y enfiló la nariz redonda del Topolino hacia la cuarta carretera.

Se puso a silbar entre dientes.

—La próxima semana otra vez a la playa, ¿eh, querida?

Jeannie lo miraba a la cara. Tom dijo defensivamente:

—Es bueno para todos, salir alguna vez de la ciudad, respirar de cuando en cuando un poco de aire fresco.

Tocó a Jeannie con el codo y le tironeó el pelo, afectuosamente. ♦

"Las gentes del Pueblo —escribió hace un tiempo el crítico P. Schuyler Miller en *Astounding*— son sin comparación alguna las más atractivas visitas de otros mundos que hayamos tenido nunca." Los elogios con que los lectores de Minotauro han recibido Ararat (publicado en el número 2), Galaad (en el número 4) y Potaje (en el número 6) confirman realmente el veredicto de Schuyler Miller. En *Desierto* descubrimos que el pueblo no es quizá todo el Pueblo, y que en el planeta Tierra pueden abrirse también de algún modo las puertas de la Morada.

DESIERTO

Zenna Henderson

—BUENO, ¿CÓMO ESPERA QUE BRUCE atienda a la ortografía cuando está tan preocupado por su padre?

Hojeé las hojas de dibujo de mis jóvenes alumnos, esperando encontrar alguna menos prosaica.

La señora Kanz alzó los ojos de las pruebas de ortografía.

—Preocupado por su padre? ¿Por qué lo dice?

—Bueno, está casi enfermo pensando que su padre no volverá esta vez. —Puse cabeza abajo el dibujo y lo miré de nuevo.— Pensé que usted conocía los secretos de todos —añadí para tranquilizar a la señora Kanz—. Me ha contado usted tantas cosas en estas tres semanas que no me sientan realmente una recién llegada. Suspiré y enderecé el dibujo.

Era aún un árbol con seis manzanas.

La señora Kanz parecía todavía molesta.

—Pues yo ignoraba que Stell y Mark no se entendiesen.

—Hubo una escena terrible la noche de la partida —dije—. Bruce estaba medio muerto de miedo.

La señora Kanz me miró entornando los ojos.

—¿Cómo lo sabe? Usted todavía no conoce a Stell, y Bruce no dijo una sola palabra esta semana, excepto sí o no.

Suspiré largamente. Oh, no, pensé. No tan pronto. ¡No tan pronto!

—Oh, me lo contó un pajarito —dije animadamente, moviendo mis papeles para ocultar el temblor que me sacudía las manos.

Título original: The Tunnel ahead. Traducción de J. Valdivieso.

En el próximo número...

los escritores ingleses del género. Relatos de A. C. Clarke, John Wyndham, Brian W. Aldiss, William Sansom, J. G. Ballard, John Brunner, y una nota polémica de Judith Merrill.

—¿Un pajarito? Por favor. Se lo habrá oído a Marie, aunque no sé cómo ella...

—Quizá —dije—. Quizá. —Junté de prisa mis hojas.— Caramba. El recreo ya está terminando. Tengo que adelantarme a esos demonios.

Los viejos peldaños aporaron a hueco bajo mis pasos apresurados, pero yo me sentía todavía más hueca.

Sólo tres semanas y ya casi me había traicionado. ¿Cómo podía *acordarme*? Además el niño no era de mi clase. Yo no tenía por qué saber nada de él. Lo había visto inclinado sobre el libro de lectura tan silenciosamente, durante tanto tiempo... y yo al fin había mirado, pero apenas un poco...

Al pie de las escaleras la ola de niños que llegaba del patio me inundó hasta la cintura. Aliviada, dejé que me arrastraran a la clase.

Esa tarde me apoyé de espaldas en el borde de la ventana y miré mi clase tranquila. Quiero decir que no había idas y venidas por el aula, pero cada uno de los niños zumbaba a su modo, con las infatigables dínamos de los jóvenes, esos pensamientos casi siempre inarticulados de los niños felices. Todos menos Lucine, una niña de doce años que zumbaba brevemente ante un estímulo y callaba, zumbaba otra vez y callaba. Había algo desconectado en ella, y eso se notaba

también en su mirada vacía e inexpressiva.

Suspiré, di la espalda a mis alumnos y dejé que mis ojos subiesen por la pendiente de la meseta Negra que dominaba la escuela, tratando de olvidar, tratando de olvidar por qué me había escapado —alejándome casi ochocientos kilómetros— tratando de olvidar todo aquello que amenazaba mi cordura, todo lo que podía arrancarme a la realidad y dejarme a la deriva... ¿A la deriva? Oh, esplendor. Poder liberarme. ¡Liberarme! Metí los dedos en la tela de alambre que protegía el borde inferior de la ventana y tironeé. Las uñas chillaron y el viejo alambre cedió, y sentí la mordedura seca y ácida del polvo, y estornudé.

Me senté en mi escritorio y busqué mi pañuelo y estornudé otra vez tratando de ignorar esas punzadas y tirones demasiado conocidos. Aquella pequeña torpeza me había agrietado la apretada coraza protectora. Todo lo que yo había apartado tan resueltamente estaba empujando y tratando de salir...

Hice pasar con tanta rapidez a los niños de la lección de ortografía a la de aritmética que Lucine se contuvo precariamente al borde de las lágrimas hasta que empezó a funcionar de nuevo y comprendió dónde estábamos.

—Atiende, Petie —dije tratando otra vez de horadar la pared que Petie había levantado contra los nombres de los números—, este es

el signo del dos, pero este es el nombre del dos...

Luego que se fueron los ómnibus escolares guardé rápidamente mis cosas y descendí la pendiente empinada de la loma donde se elevaba el deteriorado edificio escolar y caminé por las vías del tren hasta la casa de pensión. Mirando atentamente donde ponía los pies, pero sin perder de vista los rieles brillantes a uno y otro lado, me entretuve en contar mis pasos entre los viejos edificios. Si mantenía la cabeza ocupada con algo, quizá pudiese alejar a los fantasmas que me acosaban.

Me detuve brevemente en el hotel para dejar mis cosas y luego seguí mi camino a lo largo de la vía férrea hasta el vallecito, atravesé el puente destaralado que ya nadie usaba, y empecé a remontar la colina, disfrutando intensamente cuando tenía que trepar con el cuerpo inclinado, apoyándome en cualquier parte, y sintiendo cómo se me desentumecían los músculos, se me aceleraba el corazón, y el aire de los pulmones me golpeaba duramente la garganta.

Jadeando, me tomé de un matorral de manzanita y alcancé la cima. Me acurrugué allí, en el afloramiento de esquistos, al pie de la enorme chimenea de ladrillos, abrazada a mis piernas y apoyando la mejilla en las rodillas. Cerré los ojos y dejé que el sol de las últimas horas de la tarde me empapara el cuerpo. Si esto

pudiese ser todo, pensé tristemente. Si una no necesitase hacer otra cosa que sentarse al sol y absorber calor. Sólo ser, sin preguntas.

Durante un largo y venturoso momento dejé que esto fuera todo. Pero al fin el asalto comenzó otra vez. Sentí que la primera gota lenta se me metía en el cuerpo por la grieta de la armadura. Conté árboles. Conté postes de teléfono. Recité tablas de multiplicar hasta que me descubrí diciendo: seis por nueve, noventa y seis. Abandoné entonces y abrí las esclusas de par en par.

Es siempre así, le gritó una parte de mí misma a todo el resto. Hiciste una promesa. Hiciste una promesa y ahora cedes otra vez... luego de tanto tiempo.

Podría prometer también que no respiraré más, repliqué.

Pero esto es estar loca, lo sabes. ¡Todos lo saben!

De cualquier modo soy siempre yo, grité en silencio. Yo. ¡Yo! Basta de discusiones, dijo otra parte de mí. Esto es demasiado serio para pelearse. Sí, tenemos problemas.

Arranqué una rama de manzanita y limpié el suelo de grava, descubriendo un viejo clavo cuadrado y un pedazo de vidrio verde. Tomé la rama con la otra mano, alcé el clavo y lo limpié con el pulgar. Estaba cubierto de herrumbre, pero era muy fuerte y pesado. Me pregunté qué habría sostenido en otro tiempo, y si la mano que lo había clavado sería

polvo ahora, y qué cargas habría tenido que soportar aquel hombre...

Tiré a lo lejos la rama e inclinándome hacia adelante tracé una marca en el suelo con el clavo. Todo esto era un inventario terriblemente familiar, y yo me lo había repetido tantas veces, tratando de simplificar este complicado problema, que caí automáticamente en los mismos pensamientos.

Primer punto. ¿Estaba yo realmente loca, o volviéndome loca, o en camino de volverme loca? Así parecía. La otra gente no veía sonidos. Ni gustaba colores. Ni sentía las emociones de los demás como cosas vivas. La carne no era para ellos un apretado chaleco de fuerza. No creían sino a medias que la muerte pudiera desembarazarlos de ese fudera.

Pero sin embargo, me dije, vivo en sociedad y no echo espuma por la boca. No actuó como una demente, y mientras me vigile la lengua no parezco demente.

Reflexioné un instante y dibujé una marca en el suelo. Creo que estoy cuerda... hasta ahora.

Segundo punto. ¿Qué me pasa entonces? ¿Dejo que la imaginación me arrastre? Hice unos agujeros alrededor de mi segunda marca. No, era algo más, algo que estaba más allá de la simple imaginación, algo más allá de... ¿qué?

Crucé la segunda marca con otra dibujando una X.

¿Qué haré entonces? ¿Seguiré

así, luchando como hasta ahora? Negaré y negaré hasta que un día... Me estremecí recordando el pánico ciego y la huida que me había traído a Kruper y sentí que perdía toda posible alegría.

Borré las dos marcas y oculté la cara otra vez en las rodillas y esperaré a que la marea oscura del miedo subiera en espumas de desesperación, sumergiéndome. Siempre ocurría lo mismo. ¿Quería yo realmente hacer algo? ¿Debería detener todo esto con un acto de voluntad? ¿Podría detenerlo? ¿De-seaba detenerlo?

Me puse de pie y corrí alrededor del cañón de la enorme chimenea, buscando una entrada. Mis pies gritaban *no, no*, sobre la grava. Mi agitada respiración gritaba *no, no*, mientras yo me deslizaba resbalando por la escarpada pendiente. Me escurri al fin en el interior sombrío de la chimenea y me apreté contra los ladrillos gastados y negros mientras mis músculos en tensión gritaban *no, no*.

—¡No! —grité en el silencio perturbado por el viento, y mi grito subió y resonó en la oscuridad de allá arriba, y casi pude ver cómo ascendía por la chimenea hacia el disco pálido del cielo.

¿Podría, grité dentro de mí, desafiante. Si no tuviese miedo podría subir como ese grito y estar en el cielo como un fuego de artificio, y no sentiría nunca más, nunca más, el peso del mundo.

Pero la pesada carga de la raza me ataba las rodillas y los co-

dos mostrándome la realidad del mundo. Me eché a llorar débilmente apoyándome en la pared curva y rugosa. La sal de las lágrimas me quemó las mejillas arrancándome a mi rebelión.

¿Llorando? ¿Gimiendo contra el viejo muro de una fundición a causa de un sueño? Excelente actitud en una maestra responsable.

Me enjugué las mejillas con un pañuelo y sonreí al verlo sucio de hollín. Sería mejor que volviese al hotel y me lavara la cara antes de sentarme ante la inevitable sopa de ajo.

Salió trastabillando a las aguas rojas del crepúsculo y descendí por el sendero tortuoso que no había querido tomar para llegar a la cima. Me hundi rápidamente en las sombras de los algodonales que bordeaban el arroyo al pie de la colina. Aquí, donde nadie podía verme, donde ninguna lengua chasquearía reprobando mi indigna conducta, eché a correr, diciéndome que me escapaba, me escapaba dejando todo atrás. Quizá con bastantes lágrimas y corriendo con bastante rapidez podría ganarme una noche sin sueños.

Llegué al sitio donde el peñasco de granito rosa se unía al camino, y de pronto un golpe me hizo trastabillar. Había chocado con alguien. Antes que yo pudiese verlo, me ayudó a levantarme y me dejó sola otra vez en la oscuridad.

Me froté suavemente la nariz.

—Bueno —dije en voz alta—, es un modo tan eficaz como cualquier otro de sacarme de la cabeza tantas tonterías.

Me pregunté inmediatamente si esto de hablar sola no sería un signo de desequilibrio.

Cuando salí de las sombras del bosque, me volví y miré la cima de la loma. La chimenea era una silueta negra en el cielo, sobre las ruinas de la fábrica. Tenía una belleza desolada, y la contemplé un instante.

De pronto vi otra sombra allí arriba. Alguien había salido de detrás de la chimenea, una figura iluminada ahora por la luz del horizonte.

Pensé un momento si el sonido de mi pena no resonaría aún en la chimenea, y en seguida me di vuelta, avergonzada. La criatura que estaba allá arriba no sería tan insensata como para ponerse a escuchar los sonidos de unas viejas penas.

Aquella noche, a pesar de mi carrera de la tarde, apenas alcancé a deslizarme bajo una delgada película de sueño, y durante un tiempo que no acababa nunca busqué algo que me arrastrara a un olvido completo. Luego sentí la punzada y los tirones familiares, y me arrojé al sueño, sin esperanzas, impetuosamente, a ese sueño que había llegado a ahogar en mí.

No hay palabras que puedan describir mi sueño. Fue para mí, como siempre, la alegría de un

nacimiento, una expansión del alma, una libertad sin límites, una cálida posesión. Me abracé a mi emoción —oh, tan apretadamente— sabiendo que de pronto desaparecería...

Y el despertar llegó, derribándome, envolviéndome en la carne, quitándome la alegría, limitándome el alma, cerrándome el cielo, y abandonándome en el resplandor acuoso de la mañana, tan abatida otra vez que no me sentía con fuerzas para abrir los ojos.

Acostada, con el cuerpo rígido bajo el peso de las mantas, junté todos los fragmentos de mi sueño en un nudo pequeño y duro que guardé en el rincón más oculto de la conciencia. Quédate ahí, quédate ahí, rogué, quédate ahí.

Me decidí al fin a desayunar y bajé al comedor del hotel. Yo era la única pensionista mujer y siempre me desconcertaba un poco entrar en el comedor, pues todas las manos y todas las mandíbulas se inmovilizaban entonces esperando a que yo encontrara un sitio libre, y luego volvían juntas a su trabajo como a una voz de orden. Pero esta mañana era más tarde que de costumbre y el salón estaba casi vacío.

—¿Cómo está esa vieja chimenea?

Marie me sonrió con la mitad de la boca mientras me ponía un plato de bizcochos calientes debajo de las narices y lo dejaba caer desde una altura de quince centímetros. Reprimí un sobresalto cuando el plato golpeó la mesa,

pero no pude ignorar completamente la huella negra de un pulgar en el borde de loza. Marie sacó el trapo grasiento que le colgaba como siempre del bolsillo del delantal y frotó un rato hasta que ya no pudo distinguir los arabescos.

—Era interesante —dije, sin tratar de saber cómo sabía ella que yo había estado allí—. Kruper debe de haber sido toda una ciudad cuando esa fundición marchaba aún.

—Desde que estoy aquí es un pueblito moribundo —dijo Marie—. Se cumplirán treinta y cinco años en febrero y nunca he estado en la chimenea. No he perdido nada. —Se rió en silencio pero abriendo la boca, y yo tuve que retener el aliento esperando a que se disipara el olor a ajo.— Pero sé que algunas muchachas subieron y se perdieron...

—¡Marie! —El viejo Charlie aulló desde el otro extremo de la mesa.— Deja esa charla y tráeme algo que comer. Si la maestra quiere subir a esa vieja chimenea, déjala. Quizá le gusta.

—Un modo tonto de perder el tiempo —murmuró Marie y se alejó hacia la cocina balanceando su cuerpo macizo sobre unas piernas increíblemente delgadas.

—No le haga caso —dijo el viejo Charlie—. Para Marie no hay otra diversión que la cerveza. No es usted la única a quien le gusta mirar esas cosas. Aquí lo tiene a Lowmanigh. Subió ayer mismo...

—¿Ayer?

Alcé las cejas, subrayando involuntariamente mi pregunta, y miré al hombre sentado ante mí. Nunca había hablado con él. El viejo Charlie me lo había presentado la primera noche, probablemente, pero yo me había olvidado de todos los nombres excepto el del mismo Charlie y el de Severeid Swanson, un mexicano de frágil aspecto, que parecía subsistir gracias al ajo y al vino, y que siempre parpadeaba cuatro veces cuando yo le sonreía.

—Sí.

Lowmanigh me miró desde el otro lado de la mesa sin endulzar el monosílabo con una sonrisa. Me estremecí cuando advertí en aquel rostro la dureza pálida de las almas transidas. Yo conocía muy bien esa expresión. Así me había visto en el espejo esa misma mañana antes de firmar mi tregua con el día.

El hombre debió de leer algo en mis ojos, pues la cara se le cerró de pronto en una máscara curiosamente neutra, y al fin dijo con un esfuerzo evidente:

—Miré la puesta de sol desde arriba.

Me toqué maquinalmente la nariz dolorida.

—Oh.

—¡Puestas de sol! —Marie había vuelto con el líquido barroso que ella llamaba café.— Siempre perdiendo el tiempo en tonterías.

—¿Cómo pasa usted el tiempo?

—dijo Lowmanigh, muy dulcemente.

La mente de Marie saltó como un pájaro asustado, y gritó: ¡Esperando la muerte!

—Bebiendo cerveza —dijo en voz alta, con una sonrisa que le torció la mitad de la cara—. Cuatro cervezas valen una puesta de sol.

Dejó la cafetera en la mesa y regresó a la cocina dejando detrás de ella un dolor neto, agudo, casi visible.

—Ustedes dos están hechos para entenderse —dijo la voz profunda de Charlie—. Les gustan las mismas cosas. Low es el mejor conocedor de ruinas y depósitos de chatarra de todo el condado. Colecciona pueblos fantasmas.

—Me gustan los pueblos fantasmas —le dije a Charlie tratando de colmar el vacío inmenso que amenazaba a la conversación—. Yo misma tengo toda una colección.

—¡Ya ves, Low! —atronó la voz del viejo—. Esta es tu oportunidad. Acompaña a una linda maestra y le muestras los alrededores. ¡Juntos podrían coleccionar todo un condado!

El viejo Charlie se atragantó con la broma y el último sorbo de café y dejó el salón tosiendo ruidosamente en su pañuelo.

Lowmanigh y yo nos habíamos quedado solos. El sol temprano de la mañana se deslizaba oblicuamente por el piso de madera pulida, tropezaba con las sillas despintadas, se subía al espejo monumental que colgaba sobre el aparador, y se derramaba brillantemente sobre el mantel encerado

que cubría la enorme mesa de roble.

El silencio creció cada vez más hasta que al fin dejé mi tenedor, temiendo golpearlo contra el plato. Me quedé sentada medio minuto, estupefacta, sintiendo unos pesados latidos que crecían lentamente hasta que casi oía una pregunta: ¿Juntos? ¿Juntos? ¿Juntos? Los latidos se quebraron en la cima de una ola de desolación y salí tambaleándome del comedor.

No, susurré mientras me apoyaba en el pasamanos al pie de la escalera. No involuntariamente. ¡No tan temprano!

Me dominé, con un esfuerzo. Deja esas extravagancias, me dije. ¡Podrías volver loco a cualquiera! Empecé a subir la escalera, reueltamente, y me detuve con un pie en el aire. No era mi desolación, grité en silencio. ¡Era su desolación!

Qué raro, pensé al despertar a las dos de la mañana recordando la desolación.

Qué raro, pensé cuando desperté a las tres, recordando el latido: ¿Juntos?

Muy raro, pensé cuando me desperté a las siete y dejé somnolienta la cama, habiendo olvidado completamente el aspecto de Lowmanigh, pero guardando de él un recuerdo más perfecto que una imagen de tres dimensiones.

La escuela me mantuvo ocupada toda la semana siguiente, tanto que casi olvidé el viejo dolor

familiar. Nada turbó esa calma hasta el viernes, día en que todo pareció estallar en el patio de recreo. Ante todo tuve que separar a Esperanza de Joseph. La niña lo había tomado por el pelo y le aplastaba la nariz contra la grava. Se parecía muy poco, en verdad, a su tío Severeid mientras se sacudía el polvo del delantal con aire desafiante.

—¡Me llamó mexicana! —gritó—. ¿Y qué? Soy mexicana. Estoy orgullosa de ser mexicana. Lo golpearé mucho más si me llama otra vez así, como si mexicana fuese una palabrota. Estoy orgullosa de ser...

—Claro que estás orgullosa —dije, ayudándola a sacarse el polvo—. Dios nos hizo a todos. ¿Qué importan los nombres? —Me volví repentinamente hacia Joseph, sobresaltándolo.— ¡Joseph! ¿Eres una niña?

—¿Eh? —Joseph parpadeó sin comprender, y al fin dijo indignado:— ¡Claro que no! ¡Soy un chico!

—¡Joseph es un chico! ¡Joseph es un chico! —le dije, riéndome—. ¿Ves qué tonto suena? Somos lo que somos. Es tonto pelearse por estas cosas. Vé a lavarte, y tú también, Esperanza.

Los empujé hacia la escuela y suspiré mirando cómo se iban.

Salí otra vez al patio al oír una burlona salmodia:

—¡Lu-cine está loca! ¡Lu-cine está loca! ¡Lu-cine está loca!

El grupo giraba bailando alrededor de Lucine, apoyada de es-

paldas en un árbol seco, el único que quedaba en el patio. Miraba a todos inexpresivamente, boquiabierto, pero unas llamas humeantes comenzaron a arder ya en ese vacío y noté que se le endurecían los músculos.

—¡Lucine! —grité, y el miedo me dio alas—. ¡Lucine!

Me adelanté a mí misma y alcancé la mente homicida y pesada de Lucine. Traté de llamarla hasta que pude llegar a ella.

—¡Basta! —les chillé a los niños—. ¡Váyanse todos!

Mi voz traspasó la mente del grupo, que se disolvió en individuos asustados. Tomé las dos manos de Lucine y durante un angustioso momento se las apreté firmemente. En seguida Lucine lanzó un grito —un grito curiosamente animal— y con un movimiento del brazo me arrojó lejos de ella.

Dominada por un desordenado terror, me sentí arrastrada —casi físicamente, me parece— al delirio irracional de la furia y la confusión de Lucine. Me perdí en laberintos de pensamientos insensatos y en terribles callejones sin salida, y hasta hoy no puedo recordar qué ocurrió realmente.

Cuando la marea roja se retiró, y llegó ese momento triste y gris en que algo se desconectaba en Lucine, me encontré sentada contra el viejo árbol, con la cabeza de la niña en las rodillas y su boca húmeda apretada a mi palma. Las lágrimas de Lucine me mojaban el vestido, y sentí el

peso de su cuerpo, tan joven y tan fatigado.

Se le movieron los labios.

—No estoy loca.

—No —dije, alisándole el pelo y asombrándome al descubrir una marca roja en el dorso de mi mano—. No, Lucine, ya lo sé.

—El también lo hace —murmuró Lucine—. Casi lo puso derecho, pero se le torció otra vez.

—Oh —dije tratando de tranquilizarla y arqueando el hombro para poner en su sitio la manga desgarrada de la blusa—. ¿Quién? Lucine alzó un poco la cabeza y sentí que se retiraba otra vez a sí misma, tan claramente como si un conejo asustado tratara de escapar a la presión de mi mano.

Yo, pensé. Yo sin mi coraza. Interiormente estoy tan enferma como Lucine, pero mi enfermedad es aceptada como normal. Me gustaría poder desconectarme también algunas veces y no soñar nunca más que vivo sin impedimentos... dulce sueño imposible.

Lucine tomó aliento —una larga inspiración húmeda— y se sentó volviendo hacia mí una mirada inexpressiva.

—Tiene la cara sucia —dijo—. Las maestras no tienen la cara sucia.

—Es cierto. —Me incorporé lentamente e hice girar la falda poniéndola en su posición normal.— Será mejor que vaya a lavarme. Ahí viene la señora Kanz.

En el otro extremo del patio los alumnos se habían puesto en fila para volver a las aulas. Los

empujones se sucedían allí como siempre, pero nadie miraba hacia nosotras. Si supiesen por lo menos, pensé, qué cerca han estado algunos de la muerte...

—He sido mala —lloriqueó Lucine—. Me he peleado otra vez.

—¡Lucine, niña mala! —gritó la señora Kanz cuando estaba bastante cerca de nosotras—. Te has peleado de nuevo. Te pasarás el resto del día en penitencia. ¡Qué vergüenza!

Lucine se fue llorando hacia el edificio.

La señora Kanz me miró largamente.

—Bueno. —Se rió, excusándose—. Debí haberla advertido a propósito de Lucine. Déjala sola cuando tiene un ataque. No trate de detenerla.

—¡Pero iba a matar a alguien! —grité, sintiendo otra vez aquella sed de sangre y oyendo el crujido de los huesos.

—Es muy lenta. Los otros chicos siempre se le escapan.

—Pero un día...

La señora Kanz se encogió de hombros.

—Si se pone peligrosa, habrá que alejarla.

—¿Pero por qué deja usted que los niños se burlen de ella? —protesté, sintiendo un espasmo de cólera.

La señora Kanz me miró fríamente.

—No los dejes. Los niños son siempre crueles con quienes no son como ellos. ¿No lo ha observado nunca?

—Sí —murmuré—. Oh, sí, sí.

Me encogí protegiéndome de la invasión helada de la memoria.

—No está bien, pero es así —dijo la señora Kanz—. No es posible que todo marche bien. A veces es necesario ser duro.

Me sacudí el polvo de las ropas.

—Sí —suspiré—. La dureza es un recurso. Pero sigo pensando que se podría hacer algo por Lucine.

—No lo diga tan alto —advirtió la señora Kanz—. La madre se ha roto la cabeza tratando de encontrar un modo de ayudarla. Estas cosas ocurren en las mejores familias. Nadie puede ayudarla.

—¿Entonces quién...?

Recordé demasiado tarde cómo Lucine se había recogido en sí misma y me atraganté con las palabras.

—¿Quién qué? —preguntó la señora Kanz por encima del hombro mientras volvíamos a la escuela.

—¿Quién se ocupará de ella? —dije con tristeza.

—¡Bueno! Eso es lo que se llama inventarse dificultades. —La señora Kanz se rió—. Olvide el asunto. Es bastante por hoy. Aunque es realmente una lástima que se le haya estropeado esa hermosa blusa.

Ya de vuelta en el hotel, mientras me sacaba la blusa desgarrada, pensé en Lucine. Me miré el hombro, tratando de ver si lo tenía realmente muy amoratado, cuando la puerta se abrió y se ce-

rró bruscamente. Me volví y vi a Lowmanigh que jadeaba apoyado de espaldas contra la puerta.

—¡Bueno! —Me puse la blusa nueva y me la abotoné nerviosamente.— No lo ol llamar. ¿Quiere salir y probar otra vez?

—¿Se lastimó Lucine? —Lowmanigh se echó el pelo hacia atrás descubriendo la frente húmeda.— ¿Fue una crisis? Creí haber asegurado...

—Si quiere hablarme de Lucine —dije, cuando me repuse de mi sorpresa—, estaré en el porche dentro de un minuto. ¿Quiere esperarme ahí? Todavía me arden las orejas por la conferencia que me dio Marie a propósito de "la conducta de una mujer decente en este hotel".

—Oh. —Lowmanigh miró alrededor inexpresivamente.— Oh, sí... sí.

La puerta del cuarto se cerró en silencio antes que yo me diera cuenta de que se había ido. Me metí los faldones de la blusa en la falda y me pasé un peine por el pelo.

Lowmanigh y Lucine, pensé, confusa. ¿Qué significa? Parece que la señora Kanz no es inflexible, no me dijo nada. Dejé lentamente el peine. Oh, quizá Lucine hablaba de Lowmanigh. Casi lo puso derecho, pero se le torció otra vez, me dijo. ¿Qué puede ser eso?

Lowmanigh estaba apoyado en la baranda del balcón despintado que corría por dos lados del hotel, a la altura del segundo piso. Me

acerqué a la mesa y el banco polvorientos que amueblaban el balcón, y las tablas cruzieron bajo mis pasos, pero el hombre no se volvió.

—¿Quién es usted? —me preguntó con una voz ahogada—. ¿Qué hace aquí?

Tuve un presentimiento y un dedo frío y helado me corrió por la nuca.

—Nos presentaron —dije débilmente—. Soy Perdita, Perdita Verist, la nueva maestra, ¿no me recuerda?

Lowmanigh se volvió con brusquedad.

—No hable en voz alta —dijo—. La escucho interiormente. Sabe tan bien como yo que no puede escaparse... ¿Pero cómo lo sabe? ¿Quién es usted?

—¡Basta! —grité—. No tiene derecho a escuchar de ese modo. ¿Quién es usted?

Nos quedamos de pie, inmóviles, mirándonos fijamente, hasta que al fin, suspirando juntos, nos dejamos caer en los desvencijados asientos. Junté las manos sobre el regazo y sentí que el nudo duro y apretado que tenía adentro empezaba a fundirse y desatarse hasta que al fin me volví hacia Low y le tendí la mano y me encontré con la de él que buscaba la mía. Alguien gritó en mí: ¿Cómo yo? ¿Como yo? Pero otra parte de mí apretó el botón del pá-nico.

—No, no —exclamé, apartando bruscamente la mano y poniéndome de pie—. ¡No!

—No. —La voz de Lowmanigh era dulce y tierna.— Yo no la traiciono.

Tragué saliva con dificultad y me quedé contemplando a Severeid Swanson que volvía al hotel, ebrio como siempre, zigzagueando a lo largo del camino.

—Lucine —dije al fin—. Lucine y usted.

—¿Fue terrible?

Lowmanigh hablaba ahora en voz alta, y la otra banda de ondas ya no me golpeó los huesos.

—Lo que podía esperarse, según la señora Kanz —dije en voz baja—. Traté de detener una sierra circular.

—¡Fue terrible!

Sentí que la voz de Lowmanigh entraba claramente en mí.

—¡Fuera! —grité—. ¡Fuera!

Pero Lowmanigh estaba dentro de mí y yo era Lucine y él era yo y teníamos el horror rojinegro en las manos desnudas y lo mirábamos. Juntos retrocedimos por el vacío grisáceo hasta que Lowmanigh fue Lucine y yo fui yo y me vi dentro de Lucine y enrojecí sintiendo el cariño apasionado y agradecido que ella me tenía. Embarazada, encontré de pronto un modo de que Lowmanigh saliera de mí y parpadé ante la oscura soledad.

—¡Y quédese fuera! —grité.

—¡Bravo! —La exclamación indignada de Marie me sobresaltó.— ¡Vi cómo entraba en el cuarto de usted sin llamar y cómo cerraba la puerta! —Marie estaba ahora horrorizada.— ¡Hizo muy bien en

echarlo y en cantarle cuatro verdades!

Mi risa interior entreabrió una grieta en la barrera y me encontré con la diversión de Lowmanigh.

—Sí, Marie —dije seriamente—. Recordé sus advertencias.

—Bueno, magnífico, magnífico. —Marie torció la mitad de la cara en una sonrisa de satisfacción.— Ya me había dado cuenta de que era usted una chica decente. Lowmanigh, me avergüenza usted. Lo creía distinto a esos demonios que van de aquí para allá persiguiendo faldas en pleno día. —Se alejó por el pasillo y oímos cómo gritaba en la escalera:— ¡En pleno día! La cena estará lista en un periquete. Lávese las manos.

Lowmanigh y yo nos reímos juntos y fuimos a lavarnos las manos.

Un poco más tarde miré cómo el agua de la palangana de loza se me escurría entre las manos y sentí en mí un luminoso calor al comprender que yo me había reído interiormente por primera vez en muchos años. Miré largamente la imagen temblorosa de mi rostro reflejado en el agua. Y no sola, gritó una parte de mí misma, asombrada. ¡No sola!

A la mañana siguiente recorri los cuarenta kilómetros que nos separaban del pueblo y descendí en un hotel que tenía agua corriente y hasta baño privado. Aproveché ese lujo desacomunado para librarme del polvo, la suciedad, las torpezas y la fealdad

con que me había impregnado Kruper, hasta descubrir en los intersticios del alma unos brillantes fragmentos de simpatía, diversión y encanto.

Me recosté a descansar en esa tarde de domingo, retrasando el momento en que debía prepararme para tomar el ómnibus de vuelta a Kruper, cuando de pronto, sutilmente, entre dos respiraciones, descubrí que mi atención era un alambre tenso y me senté muy tiesa en la cama. Había alguien en el hotel. ¿Lowmanigh había venido a la ciudad? ¿Estaba aquí? Me levanté y me vestí rápidamente. Me senté luego en el borde de la cama, sintiendo que algo fluía y refluía en mi interior. Al fin bajé al vestíbulo. Me detuve en el último escalón. No había nada raro en el vestíbulo, atestado de muebles elaboradamente rústicos. Pero mientras yo iba hacia la ventana para mirar otra vez la hermosa pendiente del cañón arbolado, Lowmanigh entró en el hotel.

—¿Estaba usted aquí hace un minuto? —le pregunté a boca de jarro.

—No. ¿Por qué?

—Pensé... —Me interrumpí. En seguida, delicadamente, los engranajes empezaron a moverse otra vez en el mundo cotidiano, y dije:— ¡Bueno! ¿Qué hace usted aquí?

—El viejo Charlie me dijo que usted había venido al pueblo y que si yo venía a buscarla le evitaría el viaje de vuelta en ómni-

bus. —Lowmanigh sonrió débilmente—. Marie no me tiene confianza luego que yo mostré mi verdadera naturaleza el viernes, pero al fin me dijo que usted estaba en este hotel.

—¡Pero yo no había elegido ningún hotel cuando salí de Kruper!

Lowmanigh me sonrió con simpatía.

—Caramba. Es usted *muy* nueva aquí, ¿no es cierto? ¿En marcha?

—Espero que no tenga prisa en llegar a Kruper. —Lowmanigh maniobró hábilmente mientras salíamos del puente de Lynx Hill y subíamos la cuesta empinada.— Tengo que detenerme en un sitio.

Yo podía sentir cómo Lowmanigh estaba pendiente de mí a pesar de mirar atentamente el camino.

—No —le dije, suspirando interiormente, imaginando largas horas de espera mientras Low, apoyado en una cerca, cambiaba largos silencios y breves observaciones con algún minero conocido—. No tengo prisa. Basta con que esté en la escuela a las nueve de la mañana.

—Magnífico. —Lowmanigh parecía divertido, y embarazado. Probé otra vez la barrera de mi mente. Estaba aún intacta.— En verdad —siguió diciendo—, podrá añadir esto a su colección.

—¿Mi colección? —le pregunté, asombrada.

—Su colección de pueblos fantasmás. Pasaremos por Machron, o lo que era Machron. Un cañón

estrecho, poco más allá de la meseta del Oso. Quizá...

Un obstáculo en la ruta —una piedra y una rama de pino— interrumpieron a Lowmanigh.

—¿Quizá qué? —pregunté, apoyándome deliberadamente en lo que Lowmanigh quería decirme.

—Quizá sea interesante explorar el sitio.

Lowmanigh sonrió débilmente, divertido otra vez.

—Me gustaría encontrar un trozo de vidrio de fundición —dije—. Tengo un hermoso jarrón púrpura en mi cuarto. Pero le falta un pedazo en el borde.

—Un día le mostraré mi colección —dijo Lowmanigh—. Quedará usted maravillada.

—¿Cómo llegó a aficionarse a los pueblos fantasmas? ¿Por qué lo atraen? ¿La historia? ¿Los tesoros? ¿Una curiosidad mórbida?

—Los tesoros... la historia... una curiosidad mórbida —Lowmanigh saboreó lentamente las palabras y aprobó cada una con un movimiento de cabeza—. Creo que las tres cosas. Estoy investigando.

—¿Investigando?

—Investigando.

El tono de la voz de Lowmanigh interrumpió la conversación. Sentí que Lowmanigh me había apartado y tuve que hacer un esfuerzo para no dejarme arrastrar por un enojo insensato. Me puse a observar las maravillosas pendientes boscosas que estrechaban más y más el camino.

Al fin Lowmanigh hizo girar

el volante y las ruedas resbalaron en la arena hasta que nos detuvimos bajo un nogal sombrío.

—¿Tiene usted zapatos para caminar? El auto no pasa de aquí.

Media hora más tarde, llegamos a una pequeña meseta, luego de haber trepado resbalando y tropezando por un paso rocoso. En las piedras se veían aún las huellas de las altas ruedas de los vagones de minerales que habían pasado por allí hacía medio siglo. En sus días de esplendor el pueblo se había extendido por las faldas de las lomas y a lo largo de los arroyos que bajaban de la meseta como dedos de una mano. Unos escalones de cemento subían hasta las fundiciones derruidas, y en unos muros asaltados por matorrals se veían aún los marcos de unas puertas.

Algunos edificios estaban todavía intactos, resistiéndose terca-mente a la destrucción. Yo había caminado a lo largo de lo que había sido una calle y me metí en otra cuando advertí que Lowmanigh no estaba conmigo. Conociendo las costumbres solitarias de los aficionados a los pueblos fantasmas, no traté de encontrarlo. Me hubiera gustado saber qué buscaba allí, pero me abstuve de preguntarme quién era en verdad, y por qué yo y él nos hablabamos interiormente. Pero aun tácita, la pregunta me quemaba, bajo mi irritación superficial, mientras yo caminaba entre las ruinas de la ciudad muerta.

Encontré un botón blanco con

sólo tres agujeros, y un pedazo de una cabeza de muñeca, que conservaba aun un ojo de color azul lechoso, y escarbando entre los escombros con la mano desnuda sentí una viva alegría cuando pensé que había encontrado un azucarero, pero era sólo un asa y un fragmento de vidrio hundidos en la tierra.

Estaba lamentando una guía rota cuando de pronto un grito silencioso me golpeó el pecho con una fuerza inesperada que me dejó jadeando. Descendí el terraplén y corrí por el sendero de piedra. Encontré a Lowmanigh junto al vaciadero del pueblo, sosteniendo algo en la mano.

Lowmanigh me miró sin verme.

—¿Quizá...! —grité—. Esto puede ser un pedazo. No hay nada parecido en este pueblo. ¡Mire! ¡Mire esta forma! ¡Mire estas líneas! —Acarició amorosamente la belleza lisa del metal.— Y si esto es un pedazo, no fue entonces muy lejos de aquí... —Lowmanigh se interrumpió bruscamente, deteniendo el pulgar en la cara inferior del objeto. Dio vuelta el metal y lo miró de cerca.— *General Electric* —dijo con una voz apagada—. *Made in USA*. —El trozo de metal se le cayó de las manos rígidas. Lowmanigh se agachó y golpeó el suelo pedregoso con el puño.— ¡Nada! ¡Nada! ¡Un callejón sin salida!

Le tomé las manos y les quité el polvo y luego le apreté con un pañuelo la herida del pulgar.

—¿Qué perdió? —le pregunté.

—Mi vida —murmuró Lowmanigh—. Me extravié y no encuentro el camino de vuelta.

Nos pusimos de pie sin que Lowmanigh se diera mucha cuenta y lo llevé hasta las ruinas de un muro que sostenía a un saúco raquítico, impidiéndole caer en el cañón. Nos sentamos allí y durante un rato el océano de desolación de Lowmanigh nos sacudió mientras yo pensaba: él también, perdido también. Los dos perdidos. Luego lo ayudé a pensar en palabras aunque no recuerdo si me habló en voz alta.

—Yo era tan pequeño —dijo Lowmanigh—. No tenía más de tres años me parece. ¿Cuánto tiempo se puede vivir con los recuerdos de un niño de tres años? Mi madre adoptiva me dijo todo lo que ella sabía, pero yo recuerdo más. Hubo un accidente, un choque con otro auto que venía de Chukawalla. Mi gente murió. El coche nuestro trató de volar poco antes. Recuerdo que mi padre trató de esquivar el otro coche y que mamá tomó un puñado de sol y me alejó del peligro, pero los dos autos chocaron y apenas alcancé a oír el grito de mamá: "¡No te olvides! Vuelve al cañón", y papá que decía: "¡Recuerda! ¡Recuerda la Morada!" y luego el fuego los consumió. Mis padres adoptivos me criaron como a un hijo propio, pero yo tengo que volver. Tengo que volver al cañón. Allí está mi gente.

—¿Qué cañón? —pregunté.

—¿Qué cañón? —repetió Low—.

El cañón donde ahora vive el Pueblo. El cañón donde se establecieron luego de la caída de la nave. La nave que busco, pensando que si encuentro un pedazo podré saber dónde está el cañón. Por lo menos en qué región del Estado. El cañón donde dormí antes de despertarme en el accidente. El cañón que no puedo encontrar, pues no recuerdo el camino... ¡Pero usted sabe! ¡Usted tiene que saber! ¡Usted no es como los otros!

Me encogí en mí misma.

—No soy nadie —dije—. No sé qué soy. Mis padres hablaban de mis abuelos y mis bisabuelos, y se preguntaban por qué tendrían una hija como yo, hasta que al fin pude aparentar que yo era "normal". Usted piensa que ha perdido el camino. ¡Por lo menos sabe eso! Puede buscarlo. Pero yo no. ¡Nunca encontré nada!

—Pero usted puede hablar intencionalmente —dijo Lowmanigh parpadeando ante mi violencia—. Me mostró a Lucine...

—Sí —dije temerariamente—. ¡Y mire esto!

En lo alto de la loma una roca se puso de pronto en movimiento. Se precipitó cuesta abajo, levantando una polvareda, y al fin se hizo pedazos contra una roca del fondo del cañón.

—¡Y nunca intente esto, pero mire!

Avancé hacia el muro en ruinas alejándome de Lowmanigh, y caminé directamente hacia el desfiladero, sintiendo que me faltaba

el suelo bajo los pies, dulcemente acunada por el viento, deslizándose hacia arriba y hacia afuera, sin límites. Grité, alzando los brazos, buscando extáticamente la clave de mi sueño de libertad. Un minuto, un minuto más y yo podría salir de mí misma, y ya nunca, nunca, nunca...

Y entonces...

Lowmanigh me tomó en sus brazos cuando yo ya iba a caer sobre las copas de los pinos que crecían en el cañón. Me alzó, mientras yo me debatía y protestaba, y me hizo subir por el frágil vacío del aire, hasta el saúco achaparrado.

—¡Puedo! ¡Puedo hacerlo! —sollocé apoyándome en Lowmanigh—. No me caí. ¡Durante un rato dejé realmente el suelo!

—Sí, durante un rato, Dita —me murmuró Lowmanigh como si yo fuese una niña—. Tan bien como yo podría hacerlo. Tiene usted algunas de las Persuaciones. ¿Cómo es posible si no es de los nuestros?

Mis sollozos se interrumpieron bruscamente, aunque seguí llorando. Miré a Lowmanigh a los ojos luchando contra la cólera que se encendía en mí, contra esa insistencia que reabría mi herida. Lowmanigh me miró también fijamente hasta que se me secaron las lágrimas y alcancé a esbozar el fantasma de una sonrisa.

—No sé qué es una Persuasión, pero la encontré probablemente en el mismo lugar en que usted encontró esas cejas.

Lowmanigh enrojeció y dio un paso atrás.

—Será mejor que volvamos. No conviene que nos sorprenda la noche en estos caminos.

Descendimos por el sendero.

—Por supuesto, me explicará usted todo lo demás en el coche —dije resbalando en una piedra de granito y manteniendo apenas el equilibrio. Sentí inmediatamente la protesta de Lowmanigh—. No creará que me olvidaré del día de hoy, sobre todo luego de haber encontrado a alguien tan loco como yo.

—No me creará usted...

Lowmanigh esquivó una rama gruesa que serraba el estrecho sendero.

—Me he pasado años —dije— tratando de creer cosas de mí misma que me resistía a creer. Es más fácil creer cosas que concuerden a otros.

Marchamos un tiempo a la luz del crepúsculo temprano y pronto cayó la noche. Yo miraba las luces de las estrellas sobre la bóveda de árboles que bordeaban la ruta y escuchaba la historia de Lowmanigh, que habló hasta mostrarme la armazón interior, unos huesos que brillaban como el fuego.

—Nosotros venimos de otro mundo —me dijo, y había un fiero orgullo en ese *nosotros*—. Perdimos la Morada. Buscamos algún refugio y encontramos esta tierra. Nuestras naves se hicieron pedazos o ardieron al descender, pero

algunos pudimos escapar en los botes salvavidas. Mis abuelos pertenecían al primer grupo, que se instaló en el cañón. Pero todos estábamos allí en realidad, pues nuestros recuerdos se unían continuamente en el Brillante Comienzo. Esto explica que yo conozca la historia del Pueblo. Pero no puedo recordar dónde está el cañón, pues yo dormía la vez que lo dejamos, y mis padres no alcanzaron a decirme en la fracción de segundo anterior al accidente... Tengo que encontrar otra vez el cañón. No puedo pasarme la vida cojeando.

Me sobresalté al oír este eco de lo que se me había ocurrido mientras yo estaba con Lucine en el patio, pero Low no se dio cuenta.

—No será nada hasta que me encuentre con mi Pueblo... Ni siquiera conozco el nombre del cañón, pero recuerdo que la nave estalló sobre las colinas, y espero que un día podré encontrar alguna huella en uno de esos pueblos fantasmas. Llegamos poco antes que comenzara el siglo, y tiene que haber alguna huella, en alguna parte.

Low, evidentemente, se había repetido muchas veces esta historia, como yo me había repetido la mía, y ahora la contaba maquinalmente, como una serie de lugares comunes. Me pregunté un momento, viéndolo tan desgraciado, cómo era posible que yo sintiera ahora un agradable alivio, pero entendí en seguida. En-

tre nosotros no había necesidad de murmullos de simpatía, de frases convencionales, y ni siquiera de explicaciones. Nos comunicábamos sin palabras. Low parecía casi decepcionado.

—¿No le sorprende?

—¿Que usted sea de otro mundo? —Sonreí.— Bueno, es la primera vez que me encuentro con un extraterrestre, y me parece interesante. Ojalá se me hubiera ocurrido una fantasía semejante, que explicara mis rarezas. Es casi una variante de la frase "Soy tan distinto a mis padres que deben de haberme adoptado". Pero...

La furia de Low me encontré desprevénida.

—¡Una fantasía! Soy adoptado. Pensé que usted sabía. Pensé que usted seguramente era uno de los nuestros...

—¡No soy de nadie! —estallé—. Usted puede ser lo que se le antoje, pero yo soy de la Tierra. Tanto que es una maravilla que no eche polvo por la boca cuando hablo. Pero por lo menos no trato de engañarme diciéndome que soy normal de acuerdo con ciertas normas. Terrestres o de otro tipo.

Durante un momento permanecimos inmóviles, mirándonos con hostilidad. Yo tenía las mandíbulas tan apretadas que me dolían los dientes. Al fin Low suspiró y extendiendo un dedo me acarició el contorno de la cara, de la frente a la barbilla y de la barbilla a la frente.

—Piense lo que quiera —dijo—.

Ha pasado usted por muchos malos ratos, seguramente, y no me sorprende que quiera olvidar. Quizá un día recuerde que es de los nuestros y entonces...

—Quizá, quizá —dije entrecorradamente—. Pero ahora ya no tengo fuerzas. Es demasiado para un solo día. —Traté de cerrar todas las puertas y adelanté mi personalidad cotidiana. Cuando el coche se puso otra vez en movimiento, entreabrí una puerta bastante alejada como para preguntar: —¿Qué hay entre usted y Lucine? ¿Es usted un amigo de la familia o algo parecido?

—Conozco un poco a la familia —dijo Low—. Pero no saben nada de Lucine y yo. La niña me sorprendió un día, el año pasado, mientras yo pasaba frente a la escuela. Los otros chicos la atormentaban. Yo nunca había sentido en mi vida esa confusión, ese desgarramiento. Pobre niña terrestre. Una inteligencia de tres años en un cuerpo de doce.

—Una inteligencia de cuatro años —murmuré—. O casi cinco. Está aprendiendo un poco.

—Cuatro o cinco —dijo Low—. Debe de ser terrible estar atrapado en un cuerpo.

—Sí —suspiré—. Estar encerrado en la prisión de uno mismo.

Sentí de nuevo que el dedo tibio me acariciaba, suavemente, consolándome, aunque Low no se había movido. Volví la cara a la oscuridad, ocultando las lágrimas.

Era tarde cuando llegamos a

Kruper. Aún había luces en los bares y en una casa o dos, pero el hotel estaba a oscuras, y al detenerse el coche pude oír los chirridos débiles del portal de entrada, sacudido por el viento. Descendimos sin hacer ruido, murmurando, sintiendo el peso del silencio, y fuimos de puntillas hasta el portal. Allí los cabellos se me enredaron como siempre en el rosal trepador, y mientras Low me ayudaba a soltarme, nos echamos a reír. Supongo que ninguno de los dos nos sentíamos jóvenes y felices desde hacía tiempo, libres de nuestras amargas tensiones, aceptándonos mutuamente tal como queríamos ser, con todo lo que el mundo rechazaba en nosotros. Habíamos vislumbrado los dos un alma hermana y ahora mostrábamos nuestra alegría. Nos detuvimos bajo el balcón del primer piso tratando de contener la risa.

—Crearán que estamos locos si nos oyen —dije, ahogándome.

—Tengo una noticia que darle —me dijo Low en el oído—. Estamos locos. Y estoy dispuesto a probarlo.

—Oh.

Como si yo necesitara una prueba.

La risa de Low me hacía cosquillas en la mejilla.

—Probémoslo.

—¿Cómo?

—No subamos por las escaleras —susurró Low—. Subamos por el aire. Para qué cansarnos si podemos...

Me extendió la mano. Serios de pronto, bajamos otra vez al jardín y nos quedamos allí un momento, inmóviles, tomados de la mano, mirando hacia arriba.

—¿Listos? —murmuró Low, y sentí que tiraba de mí hacia arriba.

Me elevé en el aire detrás de él, apretando todo mi miedo en mi otra mano crispada.

Y entonces una rama del rosal se me enganchó en el pelo.

—¡Espere! —murmuré, sintiendo otra vez la risa en la garganta—. Estoy presa.

—Atada a la Tierra —rió entre dientes Low, desprendiéndome el pelo.

—Sonría al decirlo, amigo mío —repliqué, sintiendo que la alegría me fundía el corazón, pues ahora podía bromear a propósito de algo tan amargo, y tratando de ignorar que mis pies flotaban en el aire.

Al fin me libré de la rama y Low me alzó hacia él. Me parece que nuestros labios apenas se rozaron, pero subimos más arriba del balcón y tuvimos que descender un poco. Low me ayudó a pasar por encima de la baranda.

—Lo hicimos —murmuré.

—Sí —dije—. Lo hicimos.

De pronto nos quedamos petrificados. Alguien venía hacia el hotel. Alguien que se tambaleaba y zigzagueaba y golpeaba el portal con un estrépito de vidrios rotos.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Madre mía! —Severid Swanson cayó de rodillas

junto a la botella rota.— ¡Ay! ¡Virgen purísima!

—¿Nos vio? —murmuré conteniendo el aliento.

—No lo creo.—Las palabras de Low eran un aire tibio en mi mejilla.— Sólo se ve a sí mismo, desde hace años.

—Cuidado con esa silla.

Fuimos a tuestas por la oscuridad hasta el vestíbulo. Una débil lámpara de quince vatios se reflejaba en los grifos amarillos y en el agua de la pileta. Gracias a aquellos grifos disponíamos de agua en el primer piso.

Nos despedimos rápidamente, en silencio.

Yo estaba sentada al borde de la cama, en camión y en bata, cepillándome el pelo, cuando of unos pasos y un murmullo junto a mi puerta. Comprobé que el cerrojo estaba bien echado y seguí cepillándome. Siguió el ruido de un golpe, unos nudillos llamaron a la puerta, y vi que movían el picaporte.

—¡Maestra! —Me llamaban en voz baja.— ¡Maestra!

¿Quiénes diablos puede ser?, pensé. Fui hasta la puerta y me incliné a escuchar.

—¿Sí?

—Déjeme entrar.

El hombre hablaba trabajosamente, espaciando las palabras.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted, maestra.

Asombrada, abrí la puerta. Severeid Swanson estaba de pie en el pasillo, tambaleándose. Pero

me habían dicho que no hablaba inglés... Se inclinó peligrosamente hacia adelante. Le brillaba el rostro y parecía más joven que nunca.

—Se me rompió la botella. Por culpa de ustedes. No es bueno volar sin alas. Los ángeles santos, sí, pero no los enamorados. No deben volar para besarse. Eso me hace caer la botella. Todos los sueños por el suelo.

Severeid se echó hacia atrás y se enjugó el sudor de la frente.

—No está bien. Le digo esto porque usted tiene luz en la cara. Usted es buena con Esperanza. Tiene sueños que no son de la botella. Tiene sonrisas y no risas para los que están perdidos. Pero no debe volar. No está bien. Se me rompió la botella.

—Lo siento —dije, asombrada—. Le compraré otra.

—No —dijo Severeid—. La última vez me dijeron eso también, pero el milagro me quita las ganas de beber. La última vez, como pájaros, todos, todos en el cielo... sobre las lomas... los buenos. Los que tampoco se rien de los perdidos.

—¿La última vez? —Tomé a Severeid por el codo y lo metí en mi habitación, cerrando la puerta, sintiendo un escalofrío de excitación a lo largo de los brazos.— ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quién volaba?

Severeid me miró guiñando unos ojos de buho y pasándose la punta de la lengua por los labios resecos.

—No está bien volar sin alas —repetió.

—Sí, sí, ya sé. ¿Cuándo vio a esos otros que volaban sin alas? Tengo que encontrarlos. ¡Tengo que encontrarlos!

—Cómo pájaros —dijo Severeid, balanceándose—. Sobre las lomas.

—Por favor —dije, tratando desesperadamente de recordar lo poco que sabía de español.

—Trabajé allí mucho tiempo. No los vi más. Bebo más que antes. El chino Joe me dio una botella nueva.

—Por favor, señor —le grité—, ¿dónde? ¿Dónde?

Una sombra cubrió el rostro de Severeid. Se le aflojó la boca. Entornó los párpados y me miró con unos ojos muertos.

—No comprendo. —Miró alrededor, aturdido.— Buenas noches, señorita.

Salió retrocediendo y cerró suavemente la puerta.

—Pero... —grité mirando la puerta.— ¡Espere!

Me eché en la cama y apreté contra mí lo que acababa de oír.

¡Otros!, pensé. ¡Volando sobre las lomas! ¡Todos, todos en el cielo! Quizá, oh, quizá uno de ellos estaba esta tarde en el hotel de la ciudad. Quizá no estén lejos. Si lo hubiésemos sabido...

De pronto sentí que se abría ante mí un abismo terrible. Si era cierto, si Severeid había visto a otros que volaban como pájaros por encima de las lomas, entonces Low tenía razón, ¡había realmente otros! Había entonces un

cañón, una nave, y una Morada. ¿Pero y yo? Retrocedí hundiéndome en mí misma. Me volví y apreté la cara contra la almohada. Mis padres. Mi abuelo Josh, y mi abuela Malvina, y mi bisabuelo Bonedaly y... Busqué todos los recuerdos de familia que yo había oído alguna vez. El cruce secreto del océano. La nueva patria. Sí, mis antepasados eran tan sólidos como un muro de piedra a mis espaldas, y se remontaban a... al mismo Adán, casi. Me apoyé en esa certeza y grité sintiendo que el muro de piedra oscilaba y se convertía en una cortina agitada por los vientos de la duda.

No, no, sollocé, y por primera vez en mi vida llamé llorando a mi madre, sintiéndome tan abandonada como si ella estuviese muerta.

En seguida me senté en la cama, bruscamente.

No puede ser cierto, grité. Severeid es un borracho. Quién sabe qué extravagancias le inspira su botella. No puede ser cierto.

Pero quizá sea cierto, murmuraba maliciosamente otra parte de mí misma. Quizá sea cierto.

En los días que siguieron no hubo nada notable. En la batalla que libraba conmigo yo había alcanzado una plácida llanura, quizá porque tenía algo nuevo en que ocupar mi mente, o quizá porque todas las emociones necesitan un reposo.

No obstante, la alegría de ha-

ber encontrado a Low no se calmaba fácilmente. Sentía en mí sus "buenos días" cuando pisaba el primer escalón todas las mañanas, y a veces su mudo "buenas noches" me despertaba en la oscuridad.

Un día, luego de la cena, Marie se plantó firmemente ante mí cuando yo dejaba la mesa. Sin decir una palabra señaló mi plato. Parecía que yo había estado jugueteando con la comida, como un chico. Enrojecí.

—¿No está buena? —preguntó cruzando las manos sobre el abdomen rotundo e inclinándose peligrosamente hacia atrás.

—Al contrario, Marie —alcancé a decir—, está muy buena, pero no tengo hambre.

Escapé de la nube de ajo del indignado resoplido de Marie, y de la secreta diversión de Low. ¿Cómo podía decirle a Marie que Low había estado mostrándome el doble arco iris que él había visto esa misma tarde y que yo había estado tan absorta en la contemplación de los colores y tan maravillada por poder recibirlos de Low que me había olvidado de la comida?

Low y yo estábamos mucho tiempo juntos, conociéndonos, pero la mayor parte del tiempo nos la pasábamos sentados ostensiblemente con los otros, en el porche, al atardecer, escuchando las viejas historias de minas y ganado que pasaban de mano en mano como monedas usadas cada vez que los ciudadanos de Kruper se

reunían en algún sitio. Una buena historia nunca se gasta, de modo que al cabo de un tiempo no nos costaba mucho seguir las repeticiones familiares sin dejar de estar solos y juntos en el grupo.

¿No piensa que necesitas un poco más de práctica?

La silenciosa pregunta de Low era como una débil claridad detrás del rumor de voces.

¿Práctica?

Me moví en mi silla, menos hábil que Low en seguir a la vez el hilo de dos conversaciones.

De vuelo, dijo Low con exagerada paciencia. *Como la última vez en la loma y hacia el balcón.*

Oh. El éxtasis y el terror se confundieron en algo que giró dentro de mí. Sentí que me abandonaba a los brazos cálidos y fuertes de Low en vez de debatirme como en el cañón.

Oh, no sé, respondí, cerrándome rápidamente a él, todo lo posible. *Me parece que ya lo hago muy bien.*

Un poco más de práctica no te hará daño. Había risas en la réplica de Low. *Pero sería mejor esperar a que yo estuviera cerca. Nunca puede saberse.*

¿De veras?, pregunté. *Mira.* Me alcé en la oscuridad hasta flotar a diez centímetros por encima de la silla. *Ya está.*

Algo me empujó suavemente y empecé a flotar a la deriva. Me eché atrás rápidamente y caí sentada al borde de la silla, golpeando ruidosamente el piso con los

talones. La historia que contaban en ese momento se interrumpió de pronto y todos me miraron.

—Mosquitos —improvisé—. No puedo soportarlos.

¿Esto no es justo!, le balbuceé a Low. ¿Haces trampa!

Todo está permitido en... , respondió Low y calló rápidamente sin continuar la cita.

Ajá, pensé. *Ajá. ¿Y esto es una guerra?*

En todo el resto de la velada me sentí desproporcionadamente feliz.

Luego llegó el sábado, de un cielo tan azul y nubes tan luminosas que no fui capaz de quedarme adentro lavando ropa y cosiendo botones y dudando entre arreglarme el esmalte de las uñas o sacármelo. Me calcé un par de sandalias, me puse una falda de lana, me recogí las mangas de la blusa escocesa, me anudé las mangas del sweater a la cintura, y partí hacia las colinas. Seguiría el trazado de la cañería de agua del pueblo hasta el manantial y vería si estaba en tan malas condiciones como decían todos.

Hice una pausa, jadeando, en la última terraza rocosa que dominaba el pueblo y miré el grupo de casas golpeadas por la intemperie que se alzaban de este lado de Kruper. Más allá de las vías del ferrocarril, en un espacio abierto, había cuatro casas nuevas, una al lado de la otra. Habían sido construidas cuando se

reabrió la mina del Pavo Dorado, y brillaban como cubos de juguete contra el rojo sombrío de la colina.

Me aparté el pelo de la cara arrebatada y di la espalda a Kruper. Aquí y allá, a intervalos, entre las colinas, asomaban unas secciones del conducto de agua del pueblo, sostenidas en algunos casos por caballetes de madera para franquear las desigualdades del terreno. En otros sitios seguían los contornos irregulares de las lomas. Algunos minutos, y algunas secciones de cañería más tarde, me divertí en tratar de parar con las manos el chorro de agua que salía de uno de los tantos agujeros del viejo caño herrumbroso y contando los tarugos de madera tallados a mano que obstruían otras aberturas. Parecía un milagro que llegase agua al pueblo. Estaba tan distraída que me llevé inconscientemente la mano a la cara cuando un dedo cálido empezó a dibujar...

—¡Low! —exclamé, volviéndome hacia él—. ¿Qué haces aquí?

Low se dejó caer desde una roca que se alzaba por encima de la cañería.

—Johnny no se siente bien hoy. Me pidió que mirara si se había caído algún tarugo.

Nos echamos a reír mientras mirábamos a lo lejos y veíamos los abanicos de agua y la vegetación más verde que señalaban el paso del acueducto.

—Apuesto que ha colocado mil tarugos —dijo Low.

—¿Cómo no se le ocurre poner una cañería nueva?

—Los tarugos son para él objetos de familia —dijo Low, tallando vigorosamente un trozo de madera—. Ha de sentirse realmente muy débil para permitir que yo tapone hoy los agujeros. Todos esos tarugos tienen un valor sentimental para él. Se remontan por lo menos a tres generaciones atrás.

Low metió el tarugo en el mayor de los agujeros y dio un paso atrás secándose la cara con el dorso de la mano.

—Sigamos subiendo —dijo—. Te mostraré el manantial.

Nos sentamos a la sombra húmeda de los árboles que crecían a la entrada de la caverna. En el interior, el agua burbujecía y borboteaba, azul, blanca y verde antes de desaparecer en el caño carcomido. Estábamos sentados a ambos lados de la cañería, abandonándonos felizmente a la conciencia de la presencia del otro, cuando de pronto, durante un precioso minuto, fuimos juntos como cursos de agua que se confunden, tan completamente unidos que el movimiento con que nos separamos nos dejó aturdidos. ¿Una dulzura semejante sin que siquiera nos tocásemos?

De cualquier modo dimos la espalda rápidamente a esta emoción nueva y terrible, y Low hizo descender una flor de lo alto de la pared de piedra.

—Gracias —dijo oliéndola y es-

tornudando con fuerza—. Me gustaría poder hacer eso.

—Bueno, puedes hacerlo. Alzaste aquella roca en Macron y te alzaste tú misma.

—Sí, yo misma. —Me estremecí, recordando.— Pero no la roca. Sólo la moví.

—Prueba con esa. —Low hizo rodar una piedra hasta un estrado azul que asomaba en la arena húmeda. Luego, sumisa, la piedra descendió trazando un débil surco en la arena hasta los pies de Low.— *Levántala.*

—No puedo. Ya te dije que no puedo levantar nada del suelo. Sólo puedo mover las cosas.

Moví a un lado un pie de Low.

Low, sorprendido, puso el pie en la posición anterior.

—Pero *puedes* hacerlo, Dita. Eres de...

Tiré al agua la flor con que había estado jugueteando y vi cómo desaparecía en la cañería. Alguien, allá abajo, se sorprendería al verla aparecer en su pileta, si una de las mil fuentes del acueducto no florecía antes...

—Pero todo lo que tienes que hacer es... es...

Low buscó inútilmente las palabras.

Me incliné hacia adelante, ansiosamente. Sí, quizá yo pudiera aprender.

—¿Sí?

—Bueno, ¡levantarla!

—Qué revelación —dije, decepcionada—. En fin, ¿puedes tú hacer esto? Mira. —Busqué en mi bolsillo y saqué dos alfileres de

gancho y un poco de polvo entre las uñas.— ¿Tienes ahí una moneda?

—Seguro.

Low sacó una moneda del bolsillo y me la hizo llegar. Se la devolví.

—Enciéndela —dije.

—¿Que la encienda? ¿Que la quemé quieres decir?

Low miraba la moneda por un lado y por otro.

—No. Enciéndela. Adelante. Es fácil. Todo lo que tienes que hacer es encenderla. Cualquier metal sirve, pero la plata es mejor. —Nunca oí nada parecido —dijo Low frunciendo el ceño.

—Tienes que saberlo —grité— si eres parte de mí. ¡Si los dos venimos del Radiante Principio tienes que recordarlo!

Low volvió la moneda lentamente.

—Es una broma. Quieres reírte de mí.

—¡Una broma! —Me acerqué y lo miré a la cara.— ¿No busco una respuesta desde hace tanto tiempo? ¿No me gustaría acaso ser parte de algo? ¿Crees tú que me complazco en torturarme diciendo que no cuando podría tranquilizarme diciendo que sí? Si yo pudiera tender las manos y decir: soy como vosotros... —Volví la cabeza, parpadeando.— Dame —dije sorbiéndome las lágrimas—. Dame esa moneda.

Tomé la moneda de los dedos de Low, y sentándome otra vez la hice girar rápidamente sobre mi palma. Se iluminó inmediata-

mente, resplandeciendo cada vez más y al fin para mirarla tuve que entornar los ojos. Cerré la mano y sentí en la piel el pulso fresco de la moneda.

—Ya está. —Extendí la mano hacia Low y los huesos me brillaban con una luz rosada.— Está encendida.

—Luz —murmuró Low, tomando la moneda con una admiración temerosa.— ¡Luz fría! ¿Cuánto tiempo puedes tenerla así?

—No necesito tenerla así. Brillará hasta que yo la apague.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo tarda el metal en convertirse en polvo? —Me encogí de hombros.— No sé. ¿Sabe ese Pueblo tuyo encender el metal?

Low me miró fijamente.

—No. No recuerdo eso.

—Por lo tanto yo no soy como vosotros. —Traté de decirlo ligeramente, aunque se me desgarraba el corazón.— Parece casi como si fuésemos iguales, pero no es así. Tú viviste por un camino. Yo por otro.

¡Ni siquiera como él!, grité interiormente. ¡Ni siquiera soy como él! Respiré profundamente e hice a un lado toda aquella emoción.

—Mira —dije—, ninguno de los dos pertenecemos a un tipo. Somos *diferentes*. Pero tú estás satisfecho con la explicación que has encontrado. Yo no la he encontrado aún. ¿Podríamos dejarlo así?

Low me tomó por los hombros

y la moneda describió un arco en el aire y cayó en el manantial. Me sacudí con una firmeza contenida, como si le temblaran las manos.

—Te aseguro, Dita, que no invento historias. Soy parte del Pueblo, y tú también, y todas tus negativas no cambiarán la cosa. Somos iguales...

Nos miramos un rato, obstinadamente, y al fin Low me soltó y sus manos cayeron a lo largo de mis brazos. Dejamos el manantial y nos alejamos silenciosamente por el sendero, tomados de la mano. Miré hacia atrás y vi la luz de la moneda y la apagué.

No, me dije a mí misma, no es así. Yo lo sabría si fuese cierto. No somos iguales. ¿Pero qué soy entonces? ¿Qué soy?

Fatigada, trastabillé en la senda estrecha.

Durante este tiempo todo estaba en calma en la escuela. Petie había decidido al fin que "dos" podía tener un nombre y un signo, y aprendió los números hasta diez en un solo día.

Y Lucine —símbolo para Low y para mí de nuestro propio encierro— enrojecía de placer leyendo su segundo libro de lectura.

Sin embargo, me acuerdo del último día de tranquilidad. Yo estaba sentada a mi escritorio leyendo una carta donde me decían —como en las nueve anteriores— que no conocían a ningún chino Joe. Hasta entonces yo le había ocultado a Low el asombro

so episodio de Severed Swanson. Quería darle yo misma ese Cañón, si existía. Y quería que ese fuese mi regalo, para él y para mí, pobre trastornado yo. Y sobre todo yo quería estar segura de una cosa por lo menos, aunque esto probará que yo estaba equivocada y que Low y yo debíamos separarnos. Una sola certidumbre sería un consuelo y un principio de unión para nosotros.

Yo deseaba, y frecuentemente, poder enfrentarme con Severed y sacarle a la fuerza alguna información, pero el hombre había desaparecido... Había dejado el empleo sin retirar siquiera su última paga. Nadie sabía dónde había ido. Lo habían visto por última vez en Kruper al día siguiente de haber hablado conmigo, en las primeras horas de la mañana. De pie, tambaleándose, con una botella en cada mano, parecía esperar en la encrucijada a que algún vehículo se detuviese espontáneamente, y parecía en verdad que alguien se había detenido, y se lo había llevado.

Le pregunté a Esperanza acerca de Severed, y la niña juguetó con la pulsera brillante que llevaba en la muñeca.

—Es un borracho —dijo al fin desapasionadamente—. Quizá se perdió. —Le brillaron los ojos.— El año pasado se perdió y los policías lo recogieron en El Paso. Trajo un perfume. Quizá fue a El Paso otra vez. Era un perfume muy agradable. —Esperanza se alejó escaleras abajo.— Volverá

—dijo—, si no está muerto en alguna zanja.

Sacudí la cabeza y sonreí de mala gana pensando que Esperanza hubiera luchado como un gato salvaje si alguien le hubiese hablado así de Severed...

Inspiré y volví a esa carta decepcionante. De pronto fruncí el ceño y me moví incómoda en la silla. ¿Qué andaba mal? Me sentí terriblemente inquieta. No parecía ser nada físico. Paseé los ojos por el cuarto. Petie era una escuadrilla de aviones de reacción mientras dibujaba los aparatos, y los suaves *vrrr, vrrr, vrrr* eran casi el único sonido vocal que se oía en la sala. Debajo había un zumbido plácido, como de costumbre. Había vuelto al nivel vocal cuando de pronto me sumergí otra vez. Había ahora un zumbido agudo y penetrante, parecido al de una abeja irritada, un zumbido malicioso y de furia. ¿Qué era eso? Me encontré con los ojos inflamados de Lucine y comprendí.

Perdí casi el aliento ante esa ola repentina de cólera y de odio. Y cuando traté de llegar a la niña, por debajo, me sentí rechazada... no deliberadamente, pero como si nunca hubiese habido contacto alguno entre nosotros. Me sequé en la falda las manos temblorosas, como si se me hubieran mojado en lo que acababa de leer.

La campana del recreo sonó tan estruendosamente que tuve un sobresalto. En seguida me refociné con los niños, y tan pronto como

me fue posible corrí a la sala de la señora Kanz.

—Lucine va a tener otro ataque —dije sin más preámbulos.

La señora Kanz escribió una nota en lo alto de una composición de literatura.

—¿Por qué lo supone?

—No lo supongo, lo sé. Y esta vez no será demasiado lenta. Ocurrirá una desgracia si no hacemos algo.

La señora Kanz dejó el lápiz y se cruzó de brazos, con la boca apretada.

—Piensa usted demasiado en Lucine —dijo, ásperamente—. Si está usted a punto de creer que ya puede predecir la conducta de la niña, está usted yendo demasiado lejos. La gente empezará a decir que es usted muy rara. ¿Por qué no la olvida y se dedica a... bueno, a Low? Debe de ser mucho más divertido que Lucine, estoy segura.

—Low también podría decirse lo —grité—. Sabe más de Lucine de lo que nadie cree.

—Eso me han dicho. —En la voz de la señora Kanz había un ronroneo malicioso que yo no le había oído nunca.— Los han visto juntos en las lomas. Bueno, Lucine es retardada sólo mentalmente. Recuerde que tiene más de doce años, y algunos hombres...

Golpeó violentamente la superficie del escritorio con la mano abierta. Sentí un fuego en los ojos y la señora Kanz se echó hacia atrás como si hubiese recibido un puñetazo, llevándose el dorso

de la mano a la mejilla en un ademán defensivo.

—Yo... yo... era una broma —balbuéó.

Respiré profundamente para contener mi cólera.

—¿Qué hará con Lucine?

Mi voz era muy suave.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué se puede hacer?

—Muy bien —dije amargamente—. Olvidelo.

Traté toda la tarde de comunicarme con Lucine, pero la niña parecía abotagada e indiferente... en la superficie. Adentro, la violencia y el odio hervían como una lava, y una vez, sin provocación aparente, se inclinó en el pasillo y le pellizcó el brazo a Petie, que se puso a gritar.

Lucine estaba de pie frente a la clase, de cara a la pared, cuando sonó la última campana.

—Puedes irte, Lucine —le dije a esa trova desconocida en que se había transformado la niña.

Le puse una mano en el hombro. Lucine esquivó el cuerpo con un movimiento fluido y rápido. Le alcancé a ver el perfil cuando se iba. Apretaba las mandíbulas y tenía en tensión los músculos del cuello.

Corrí al hotel, casi aturrida por la preocupación, a esperar a que Low saliera de la mina. Me pasé por la alfombra oriental dando vueltas en torno de la estufa panzuda, mirando una docena de veces a través de los visillos y los vidrios sucios y agrietados, y golpeándome la palma con el puño.

El teléfono chilló de pronto en la pared y sentí casi un dolor físico.

Alcé bruscamente el receptor.

—¡Sí! —grité—. ¡Hola!

—Marie. Quiero hablar con Marie. —Era una voz lejana y chillante. —Llame a Marie.

Llamé a Marie, la dejé en el teléfono, y salí al porche. Caminé de arriba abajo, de arriba abajo, y la voz de Marie crecía y se apagaba.

—... bueno, era de esperar. Una loca como ella...

—¡Lucine! —grité, y corrí adentro—. ¿Qué ha pasado?

—¿Lucine? —Marie me miró desde el teléfono frunciendo el ceño. —¿Qué tiene que ver Lucine? La hija de Marson se escapó anoche con el hombre del ascensor del Golden Turkey. El tiene por lo menos cincuenta años y ella apenas dieciséis. —Marie se volvió al teléfono, ávidamente. —Sí, sí, sí.

Llegué de vuelta a la puerta justo a tiempo para ver que un coche se detenía en la calle. Recogí mi abrigo y llegué al pie de los escalones cuando en el coche se abría una portezuela.

—¿Lucine? —jadeé.

—Sí. —El sheriff me abrió la portezuela de atrás. El ayudante me miró con unos ojos saltones, asombrado por la rapidez de los acontecimientos. — ¿Dónde está la chica?

—No sé —dije—. ¿Qué ocurrió?

—Se volvió loca al salir de la escuela. —Nos alejamos velozmen-

te del hotel. —Tomó a Petie por los talones y lo lanzó contra una roca. Perseguió a los otros niños a pedradas y luego se encarnizó otra vez con Petie. Está vivo aún, pero el doctor ya no sabe cuántas heridas tiene y le están haciendo transfusiones. La señora Kanz dice que usted debe de saber dónde está Lucine.

—No. —Cerré los ojos y tragué saliva. — Pero la encontraremos. Busquemos a Low primero.

El ómnibus de la mina se detenía en ese momento en el puesto de combustible. Low bajó del ómnibus y entró en el coche del sheriff antes que pudiéramos pronunciar una palabra. Vi mi ansiedad reflejada en la cara de él y nos estrechamos las manos.

Durante las dos horas siguientes recorrimos los caminos de Kruper. Fuimos a todos los lugares donde Lucine podía haberse escondido, pero no estaba en ninguna parte, ni entre los matorrales al pie de las colinas ni en los pinares de las montañas.

—Daremos otra vuelta, pasando por el cañón de Polonia. Si no la encontramos ahí habrá que llamar a los hombres y traer perros. —El sheriff aceleró para subir la cuesta que llevaba al cañón. — No entiendo cómo una chica pudo escapar tan rápido.

—No la ha visto correr —dijo Low—. Nunca corre delante de otra gente. Parece que volara apenas un poco más bajo que el aeroplano. Jamás pude alcanzarla. Toma aliento y luego ya casi no

pisa el suelo. Ni los perros de Claude la alcanzarían.

—¡Paren! —Me tomé del borde del asiento. — ¡Paren el coche!

Los frenos funcionaban bien. Nos desenredamos y saltamos a tierra.

—Por allí —dije—. Está en algún sitio por allí.

Miramos los matorrales de una colina, del otro lado del cañón.

—Oh, no —gruñó el sheriff—. No en Cleo II. Ese agujero del infierno no nos ha traído más que desgracias desde que abrieron el primer pozo. Agua y gas y desprendimientos de arena, todo lo que puede encontrarse. He retirado bastantes cadáveres de ahí, y mi padre antes que yo. ¿Por qué piensa que Lucine está por ese lado, maestra? ¿Vio usted algo?

—Sé que está por ahí cerca —dije evasivamente—. Quizá no en la mina, pero sí en los alrededores.

—Echemos una ojeada —suspició el sheriff—. Me gustaría saber cómo pudo verla desde el otro lado del auto.

El sheriff bajó al camino y vi que empuñaba un fusil de caza.

—¿Un fusil? —le pregunté, sin aliento—. ¿Para Lucine?

—¿Usted no ha visto a Petie, no es cierto? —dijo el hombre—. Yo sí. Las bestias peligrosas se cazan con fusil.

—¡No! —grité—. La llamaremos y vendrá.

—Quizá sí —dijo el sheriff—. Y quizá no.

Cruzamos el camino y bajamos al cañón.

—¿Estás segura, Dita? —murmuró Low—. Yo no la siento. Sólo una bestia de presa que...

—Es Lucine —dije con una voz ahogada—. Es Lucine.

Sentí la repugnancia de Low.

—¿Ese... ese animal?

—Ese animal. ¿Qué venimos a hacer, Low? Quizá debiéramos dejarla sola.

—No sé. —Sufrí con el dolor de Low.— Por Dios que no lo sé.

Lucine *estaba* en Cleo II.

El ruido de unas piedras, en el interior de la mina, turbó de pronto nuestro angustiado silencio. Me sentí casi físicamente enferma.

—Lucine —llamé en la oscuridad del pozo—. Lucine, sal de ahí. Es hora de volver a casa.

Una piedra del tamaño de un puño me hizo tambalear. Me froté el hombro dolorido.

—¡Lucine!

La voz de Low, imperiosa, se extendió a lo largo de toda la banda. La respuesta fue un gruñido inarticulado.

El sheriff nos miró.

—¿Y bien?

—Está completamente loca —dijo Low—. No nos escuchará.

—Maldición —dijo el sheriff—. ¿Cómo la sacaremos de ahí?

Nadie tenía una respuesta, y nos quedamos un rato inmóviles, sin saber qué hacer, mientras el sol de la tarde zumbaba a nuestras espaldas iluminando apenas la entrada de la mina. De pronto

una lluvia de piedras cayó alrededor de nosotros, golpeando el suelo desnudo y sacudiendo los matorrales. En seguida una larga queja gutural me heló los huesos.

—Voy a tirar —dijo el sheriff, muy pálido—. Voy a tirar.

Alzó el fusil y asentó los pies en el suelo.

—¡No! —grité—. ¡Es una niña! ¡Una criatura!

El hombre me miró torciendo la boca.

—¿Eso? —dijo, y escupió.

El ayudante le tironeó de la manga y se lo llevó a un costado murmurando rápidamente. Le lanzó a Low una mirada inquieta. Low buscaba a Lucine en él mismo, con los ojos cerrados y la cara tensa.

Los dos hombres se pusieron a juntar unas piedras amontonándolas a la entrada de la mina, al alcance de la mano. Luego, tomando aliento, se pusieron a bombardear el pozo. Durante un rato la respuesta fue una lluvia de piedras y en seguida un grito ultrajado que decreció cuando Lucine se internó un poco más en la oscuridad.

—¡Ya la tengo!

Los dos hombres redoblaron sus esfuerzos, acercándose más a la entrada, y Low me tomó por el brazo para impedir que los siguiera.

—Hay una grieta adentro —me dijo—. Están tratando de llevarla ahí. Una vez eché una piedra y no la oí tocar fondo.

—¡Es un asesinato! —grité librándome de Low y tomando al sheriff por la manga—. ¡Paren!

—No hay otra posibilidad —gruñó el sheriff, hinchando los músculos del brazo—. Es mejor que muera ella y no Petie y todos nosotros. Está decidida a matar.

—Yo haré que venga —dije cayendo de rodillas y llevándome las manos a la cara—. Yo haré que venga. Denme un minuto.

Me concentré como nunca lo había hecho hasta entonces. Salí impetuosamente de mí misma y me lancé a la oscuridad de la mina, internándome en una oscuridad cada vez más densa y horrosa, y luché con la oscuridad que había en Lucine hasta que al fin esas mismas sombras me invadieron. Insistí, tercamente, tratando de meter un filo de sentido común en aquella locura. Low me alcanzó cuando yo ya me perdía en la marea oscura. Me alcanzó y me sostuvo hasta que al fin pude librarme y regresé del infierno.

De pronto un rumor apagado sacudió la colina, y la entrada de la galería vomitó una nube de polvo amarillo.

Hubo un aullido animal que se interrumpió bruscamente, y luego un grito de dolor y terror, el grito de una niña aterrorizada, un horrorizado despertar en la oscuridad, un grito que pedía ayuda y luz.

—¡Es Lucine, Lucine! —sollocé—. Ha vuelto. ¿Qué ocurrió?

—Un derrumbe —dijo el sheriff—. Han cedido los puntales.

Estaban podridos desde hacía muchos años. La chica ha quedado debajo, seguro.

—Pero es Lucine de nuevo —dijo Low—. Tenemos que sacarla.

—Si el derrumbe se ha producido donde pienso —dijo el sheriff—, está perdida. Hay un pasaje que es todo polvo. El polvo más fino que pueda encontrarse. Se mueve como una cascada de agua, y ahoga a un hombre del mismo modo. —Apretó los labios.— El primer cadáver que vi en mi vida lo saqué de ese polvo. Yo tenía dieciséis años, y era el más flaco del grupo, y cuando localizaron el cuerpo me enviaron abajo. Lo saqué tirando de los pies. Un hombre terco, hundido en ese polvo como en un pantano. Sacar a este cuerpo también llevará mucho trabajo... Bueno —concluyó poniéndose el fusil a la espalda—, será mejor que volvamos al pueblo y traigamos una cuadrilla.

—No está muerta —dijo Low—. Respira todavía. Está debajo de algo y no puede librarse.

El sheriff lo miró entornando los ojos.

—Me habían dicho ya que era usted un poco raro —dijo—. Me parece que este es su momento de crisis, si se puede decir así. ¿Quiere que la lleve de vuelta al pueblo, señora? —me preguntó con una voz más dulce—. No hay nada que hacer aquí. La chica ha muerto.

—No, no ha muerto —dije—. Está viva aún. La oigo.

—Dios —dijo el sheriff—. Son dos ahora. Bueno, perfecto. Los dejo aquí para cuidar que la galería no se escape mientras yo no estoy.

Torció la boca en una sonrisa, como orgulloso de su propio ingenio, y se alejó con el ayudante.

Escuchamos los ecos del motor hasta que se desvanecieron en las colinas boscosas de alrededor. Oímos el ruido del viento en los matorrales y el grito lejano de algún pájaro. Oímos los golpes de nuestros corazones y la aterradora confusión de Lucine. Y oímos el dolor que empezaba a martillar el cuerpo de la niña, y la hoja afilada y brillante de una agonía que terminaba en la inconsciencia. Y luego los dos nos encontramos abriéndonos paso a tientas en la oscuridad del túnel. Trastabillé y caí y sentí que algo pesado fluía sobre mis piernas y mi vientre, atándome al suelo. Low seguía avanzando ante mí.

—Vuelve —me advirtió—. Vuelve o nos quedaremos aquí los dos.
—¡No! —grité tratando de librarme—. No puedo dejarte solo.
—Vuelve —dijo Low—. La encontraré y la sostendré hasta que lleguen los hombres. Tú tienes que ayudarme a retener el polvo.
—No puedo —gemí—. No sé cómo hacerlo.

Hundí las manos en la sábana pesada que me cubría las piernas.

—Sí, puedes hacerlo —dijo Low dentro de mí—. Concéntrate y ya verás.

Rehice de rodillas la increíble distancia que me separaba de la entrada del túnel, y me acurrugué allí apretándome la cara con las manos sucias. Miré adentro de mí, muy adentro, hasta llegar a una profundidad que de pronto fue una cima. Me alcé, mente y alma, hacia arriba, hacia arriba, hasta encontrar una nueva Persuasión, una nueva capacidad, y lentamente, lentamente, me interné en la marea seca que llenaba la mina, y comencé a apartar el río sombrío que había cubierto a Lucine de modo que únicamente el brazo plegado impedía que el polvo le entrara por la nariz y la boca.

Low se internaba en la masa de arena tratando de llegar a Lucine antes que se agotara todo el oxígeno.

Estábamos juntos, trabajando de tal modo que ya no éramos dos personas. Eramos una persona, que era a la vez una multitud de personas, unidas en un tremendo esfuerzo. Como éramos todos, no necesitamos palabras mientras trabajábamos hacia Lucine. Encontramos una rodilla doblada, una falda desgarrada, un tobillo torcido... y el madero astillado que la clavaba al suelo. Retuve el polvo mientras Low escarbaba para encontrar la cabeza. Cuidadosamente, abrimos un espacio para la cara de Lucine. Cuidadosamente, trabajamos para librarla del madero. Al fin Low tomó en sus brazos el cuerpo inerte de Lucine... y *desapareció*.

Desapareció completamente, entre una respiración y otra.

—¡Low! —grité, incorporándome en la boca del túnel, pero el sonido de mi grito murió en el estruendo que sacudió el suelo. Miré horrorizada cómo la colina se doblaba y cedía y caía en el silencio luego que un puñado de guijarros, casi ocultos en una nube de polvo, rodaron hasta mis pies.

Grité otra vez y el cielo giró en una espiral enceguecedora de bordes de afiladas copas de pinos, y de pronto innumerables Severeid Swanson aparecieron en las copas y en el cielo y giraron llamando:

—¡Maestral! ¡Maestral!

El mundo se detuvo, como si alguien hubiese apoyado un mano sobre él. Me incorporé.

—¡Severeid! —le grité—. ¡Están ahí! ¡Ayúdeme a sacarlos! ¡Ayúdeme!

—Maestra —dijo Severeid encogiéndose de hombros—, *no comprendo*. Le traigo a alguien que vuela. Lo busqué. Usted me dijo que lo necesitaba. Lo encontré. ¿Qué hace ahí llorando?

Antes que yo tuviese conciencia de una presencia junto a Severeid, sentí a alguien en mi mente. Antes que yo pudiera articular una palabra, me la arrancaron. Antes que yo pudiera moverme, oí el ruido de las rocas, y dándome vuelta caí de rodillas y observé, aterrizada y maravillada, cómo se alzaba todo el flanco de la colina y caía en arcos a un costado y a otro, como tierra remo-

vida por un arado. Vi que el polvo se levantaba como una fuente roja y amarilla por encima del surco. Vi a Low y a Lucine que se alzaban con el polvo. Vi el flanco de la colina que caía otra vez. Vi a Low y a Lucine que se posaban en el suelo, ante mí, y vi que toda la luz se desvanecía mientras yo caía hacia adelante, y mis dedos acariciaron la mejilla de Low antes de hundirme profundamente en la oscuridad.

El sol estaba en todas partes. Yo podía sentir bajo la manta delgada, en mi mejilla, el almohadón de arena. Podía oír el viento frío que soplaba entre los árboles, y los árboles gemían allí arriba. Pero en nuestro refugio, contra la montaña, unas palmas de granito recogían el sol del otoño. Yo podía alcanzar a Low sin moverme, y a Valancy y a Jemmy. Sin abrir los ojos, podía verlos a mi alrededor, consolándome. El momento era demasiado precioso. Me volví y me senté.

—Cuénteme otra vez —dije— cómo Severeid los encontró de nuevo.

No presté atención a la sonrisa indulgente que intercambiaron Valancy y Jemmy. No me importó sentirme como una niña... si ellos eran el mundo de los adultos.

—Nos vio por primera vez —dijo Jemmy— cuando el vino le dio sueño y decidí dormir a la sombra de una roca, en un sitio que habíamos elegido para un picnic.

Estaba tan borracho, o era tan ingenuo, o las dos cosas, que no se asombró ni se sintió ofendido cuando nos elevamos y nos movimos en el cielo. Se sentía en verdad intriguado y encantado. Pensó que estaba muerto y que había escapado al purgatorio y nos costó impedir que se lanzara detrás de nosotros. Por supuesto, antes de separarnos le bloqueamos el recuerdo de esa escena, para que no pudiera hablar de nosotros con nadie, excepto con otras gentes del Pueblo. —Me sonrió.— Por eso nos sentimos realmente inquietos al enterarnos de que había hablado con usted y que usted no era del Pueblo. Por lo menos no de la Morada. Nuestro provincialismo recibe con usted un tercer golpe. Peter y Berthie fueron el primero, pero por lo menos ellos eran en parte del Pueblo, pero en cambio usted... —Jemmy sacudió tristemente la cabeza.— No usted estaba fuera.

—Sí. —Me estremecí pensando en los largos años en que yo había estado fuera de todo el mundo.— Estaba fuera.

Y me abandoné al triple consuelo que emanaba de Low, de Jemmy, y de su mujer, Valancy.

—Bueno, cuando usted le dijo a Severeid que quería encontrarlos vino tambaleándose lo menos posible al sitio del picnic. Cuando lo encontramos, debía de estar tendido allí, sobre las cenizas del campamento, desde hacía varios días. Se moría de sed y había perdido hasta el recuerdo de la

comida. —Jemmy tomó aliento.— Bueno, cuando supimos que Severeid conocía por lo menos a dos que se parecían a nosotros... Bueno, hemos estado buscándolos casi desde que llegaron las primeras naves. Tiene que haberse sentido bastante mal con la altura y la velocidad, sin la tranquilidad de un avión ni nada... Sentimos cómo usted luchaba tratando de salvar a Low y a Lucine cuando estábamos a varios kilómetros. Alabados sean los Poderes que nos permitieron llegar a tiempo.

Suspiré y busqué el calor de la mano de Low, para deshelar el recuerdo de aquel momento terrible.

—Sí —dije.

—Yo nunca lo había hecho con tanta rapidez —continuó Jemmy—, ni en una escala tan grande. No sabía bien si la luz crepuscular sería bastante fuerte, de modo que yo mismo me quedé quibuierto cuando vi cómo se abría la montaña. —Sonrió débilmente.— Conventrá, me parece, que restrinjamos la práctica de los Poderes. Fue un verdadero terremoto.

—Muy cierto. —Me estremecí.— ¿Y qué pensó Severeid de todo eso?

—Hicimos que Severeid olvidara todo el episodio de la mina —dijo Valancy—. Pero el sheriff se sintió realmente sorprendido cuando llegó con la cuadrilla. Apenas pudo articular: "¡Dios! ¡Cleó II se ha escapado!"

—¿Y Lucine? —pregunté saboreando la respuesta que ya conocía.

—Y Lucine aprende ahora —dijo Valancy—. Bethie, nuestra sensitiva, descubrió lo que anda mal en ella y ya está arreglándolo. Será una criatura normal, muy pronto.

—¿Y... yo? —murmuré, sin saber qué esperar.

—Un ser como nosotros —dijeron los tres dentro de mí—. Nacida o no en la Tierra, como nosotros.

—Pero qué problema —comentó Jemmy—. Pensamos que lo habíamos catalogado todo. Había gente entre nosotros que era toda del Pueblo, y otra que era mitad del Pueblo y mitad de la Tierra como Bethie y Petie. Y luego apareció usted. ¡Y sin nada del Pueblo!

—Sí —dije, apoyándome otra vez, cómodamente, en mi ancestral pared de piedra—. Sin nada del Pueblo.

—Sin embargo, usted es como una respuesta a algo que nos preguntamos desde hace mucho tiempo —dijo Valancy—. Quizá luego de tantos siglos de extravío la gente de la Tierra está alcanzando también las Persuaciones. Hemos encontrado huellas de ese desarrollo, pero muy fragmentarias. No imaginábamos que alguien hubiese llegado tan lejos. Quién sabe cuántos hay en el mundo, esperando también que lo encuentren.

—Ocultándose, querrá decir —co-

menté—. Nadie anda de un lado a otro pidiendo que lo encuentren. No luego de las primeras reacciones de los demás. Oh, quizá al principio uno corre para que los otros compartan esa maravilla, pero uno aprende pronto a ocultarse.

—¡Pero tan parecida a nosotros! —exclamó Valancy—. ¡Dos mundos y sin embargo tan parecida a nosotros!

—Pero Dita no puede alzar cosas inanimadas —la interrumpió Low.

—Y ustedes no pueden encender metales —repliqué.

—Y tampoco puede emplear los rayos del sol y de la luna.

—Y Low no puede reunir las nubes —dije—. Y si no deja de atormentarme traeré en seguida esa tormenta que está ahora sobre Morenci y lo empararé hasta los huesos.

—¡Sería capaz de hacerlo! —rió Valancy—. De modo que dejémosla tranquila.

Callamos todos y descansamos en la arena tibia hasta que al fin Jemmy se dio vuelta y abrió un ojo.

—Valancy —dijo—, Dita y Low pueden comunicarse más fácilmente que tú y yo. A veces es casi involuntario.

Valancy también se volvió.

—Sí —dijo—. Y Dita puede bloquearme también. Sólo una vidente puede bloquear normalmente a otra, y Dita no es una vidente.

Jemmy sacudió la cabeza.

—Como todas las criaturas terrestres. Siempre marchando a destiempo. ¡Qué problema nos trae esta muchacha!

Sí, interrumpió Low, un problema y medio. Sin embargo creo que voy a quedarme con ella de veras.

Sentí en mí la risa tierna de Low.

Cerré los ojos contra el sol y vi la luz dorada en los párpados.

Me he reencontrado, pensé increíblemente, sintiendo una pun-

zada de repentina alegría. Me he reencontrado de veras.

Me envolví en el manto de mi sueño, sabiendo al fin y con seguridad que un día podría extender esa tela no sólo sobre mí sino sobre todos los extraviados y confundidos también. Algún día todos seríamos lo que ahora era sólo un sueño.

Me dormí dulcemente, sintiendo en la mejilla el calor de la mano de Low. . . Me dormí al fin, sin el temor de despertar. ♦

Título original: Wilderness. Traducción de J. Valdívieso.

Olaf Stapledon

HACEDOR DE ESTRELLAS

"La historia del universo desde su principio hasta su fin. . . Los grandes filósofos de la historia han investigado el pasado del hombre para encontrar respuestas a los enigmas de la vida. Stapledon lanza una sonda visionaria y explora el futuro en busca de las mismas respuestas" (Sam Moskowitz).

"Una prodigiosa novela" (Jorge Luis Borges).

"Un incomparable creador de mitos" (Basil Davenport).

Un volumen de 300 páginas, \$ 300.

Ediciones Minotauro, Alsina 500. Distribución exclusiva: Editorial Sudamericana, Humberto Iº, 545, Buenos Aires.

Entre los escritores que en esta última década han renovado de algún modo el género tres son resueltamente ingleses: J. G. Ballard, John Brunner y Brian W. Aldiss. El autor de la memorable novela Non-stop (Viaje al infinito, Edhasa, 1964) se complace en mostrar las maravillas, los desastres y las insignificancias del mundo presente, y del mundo futuro, con un humor a veces desaforado. Luego de la segunda guerra mundial, Aldiss fue librero durante ocho años y luego jefe de redacción de la sección literaria del Oxford Mail.

POBRE GUERRERO

Brian W. Aldiss

CLAUDE FORD CONOCÍA MUY BIEN la caza del brontosaurio. Uno se arrastra descuidadamente por el barro entre los sauces, entre las florecitas primitivas de pétalos tan verdes y castaños como un campo de fútbol, por la loción de belleza del barro. La criatura está tendida entre las cañas, y su cuerpo tiene la gracia de un saco de arena. Está ahí acostada, y el pantano cede y la abraza, y las narinas, grandes como conejeras, barren el aire en un movimiento de arco a treinta centímetros de altura, sobre las hierbas, buscando roncamente los juncos gruesos como embutidos. Es una obra maestra: aquí el horror ha alcanzado su límite, ha dado toda una vuelta y al fin ha desaparecido en su propio esfínter. Los ojos

del animal brillan con la animación de los dedos gordos de los pies en un cadáver de una semana, y el aliento de estiércol y las matas peludas que asoman en las toscas cavidades auriculares merecen la atención de todo aquel que se siente inclinado a hablar cariñosamente de la obra de la Madre Naturaleza.

Pero cuando tú, pequeño mamífero con el pulgar en oposición y el poderoso rifle 65 que se carga a sí mismo, semiautomático, de dos caños, de mira telescópica, en las garras que de otro modo serían indefensas, te escurres bajo los sauces inmemoriales, lo que primero te atrae es el cuero del lagarto del trueno. Emite un olor tan profundamente resonante como las notas bajas de un piano,

© 1958, by Mercury Press, Inc.

y lo comparas con la epidermis del elefante: una hoja arrugada de papel higiénico. Es gris como los mares vikingos, macizo como los fundamentos de una catedral. ¿Qué osamenta es capaz de atemperar las fiebres de esa carne? Esa carne donde —puedes verlos desde aquí— se agitan los piojos de color caoba que viven entre esos picos y cañones grises, afanosos como fantasmas, crueles como escarabajos. Si uno de ellos te saltara encima, podría quebrarte el pescuezo. Y cuando uno de esos bichos se detiene a frotarse las patas contra las vértebras del brontosaurio, puedes ver que él también lleva su propia carga de parásitos, grandes todos como langostas, pues tú estás cerca ahora, tan cerca que puedes oír los golpes del corazón primitivo del monstruo: los ritmos milagrosamente paralelos del ventrículo y de la aurícula.

Ha pasado el tiempo de atender al oráculo. La etapa de los augurios ha quedado atrás, y sigues ahora el camino de la muerte, la tuya o la de él. Ya no es hora de supersticiones. De aquí en adelante sólo cuentan la tensión de los nervios, la temblorosa e inextricable masa de músculos bajo el caparazón brillante y sudoroso de la piel, este impulso sanguíneo que te arrastra a matar el dragón... Sólo así encontrarás al fin respuesta a tus oraciones.

Puedes disparar ahora. Espera sólo a que la cabeza, esa menuda

excavadora de vapor, se inmovilice otra vez para tragar una nueva carga de juncos, y con un estampido de una vulgaridad increíble le mostrarás a todo el indiferente mundo jurásico el punto último de la evolución de un obsesivo sexual. Sabes por qué titubeas, aunque pretendas no saberlo: el gusano devorador, largo como un bastón, viejo como una tortuga, el gusano-conciencia está trabajando. Más monstruoso que la serpiente, se te insinúa en todos los sentidos, en las pasiones, diciendo: ahí tienes delante el plato de porcelana de un quiosco de tiro al blanco. Se te insinúa en la inteligencia, murmurando que el aburrimiento, buitre insaciable, volverá tan pronto como concluyas la tarea. En los nervios, susurrando que cuando la adrenalina deje de correr seguirán los vómitos. En el artista, que se disimula detrás de la retina, tratando de que aceptes la belleza de la escena.

Ahórranos ese nombre de jara-be dulzón: *belleza*. Madre mía, ¿es esto una película de viajes, no hemos salido de eso?

—*Posada en el titánico lomo de esta criatura, vemos ahora una docena de aves de brillante plumaje, con todos los colores de las encantadoras y legendarias playas de Copacabana. Son aves gordas, pues se alimentan de las sobras que caen de la mesa del hombre rico. Observen ahora esta hermosa escena. Veán cómo el bronto levanta la cola. Oh, qué hermo-*

so, el par de hacinas de heno que emerge al fin del extremo posterior del animal. La belleza pura, mis amigos, directamente del consumidor al consumidor. Los pájaros se disputan ahora la comida. Eh, tú, hay bastante como para engordar a todos, y tú ya estás bastante gordo... Y no hay nada que hacer ahora sino subirse otra vez al viejo trasero y esperar la próxima hornada. Y mientras el sol desciende en el crepúsculo jurásico, le decimos adiós a esta dieta...

Bueno, basta, estás demorándote, y esto es la meta de tu vida. Mata a la bestia y termina de una vez con tu propia agonía. Tomas tu coraje con ambas manos, lo levantas a la altura del hombro, y apuntas entornando los ojos. La detonación es terrible, y te aturde. Te tambaleas, miras alrededor. El monstruo rumia todavía, con la satisfacción de haber soltado un viento bastante impetuoso como para hinchar las velas del viejo marinero.¹

Furioso (o sintiendo quizá una emoción más sutil), saltas fuera de los matorrales y te enfrentas con el monstruo, y exponiéndote de esta manera traicionas típicamente esa preocupación que te obsesiona siempre: la de obtener la consideración de ti mismo o la consideración de los demás. ¿Consideración? ¿Por qué no, otra vez, algo más sutil? ¿Acaso tienes que

mostrarte confundido sólo porque procedes de una civilización confundida? Pero ya reflexionarás en eso más tarde, si hay un más tarde, un tiempo que esos ojos porcinos parecen negarte mirándote de arriba abajo desde una distancia que podrías cubrir con un salivazo. No vivas sólo de tus mandíbulas, oh monstruo, sino también de tus cascos de cuerno, y, si te parece adecuado, aplástame con tu vientre de montaña. Que la muerte sea una saga, oh épica sagaz.

A medio kilómetro de distancia, un estruendo: como si una docena de hipopótamos en pantalones de gimnastas saltaran ruidosamente en el barro ancestral; y en el segundo siguiente una cola sinuosa, larga como un domingo y pesada como una noche de sábado azotó el aire por encima de tu cabeza. La esquivaste como se debe, pero no te alcanzó porque la coordinación de la bestia es tan pobre como sería la tuya si tuvieras que perseguir a un tarsier blandiendo un edificio de cinco pisos. En seguida, como sintiendo que ha cumplido con su deber, te olvida. Desearías poder olvidarte a ti mismo con la misma facilidad. Esta fue, al fin y al cabo, la razón que te trajo hasta aquí, tan lejos. *Viaje por el tiempo escapando a todo*, decía el prospecto, lo que para ti significaba escapar a Claude Ford, un hombre-marido tan insignificante como su nombre, con una mujer terrible llamada Maude.

¹ Alusión a *La Balada del viejo marinero*, de Coleridge. (N. d. T.)

Maude y Claude Ford. Quienes no podían adaptarse entre ellos ni al mundo donde habían nacido. En el mundo constituido, tal como es, ése era el mejor de los motivos para volver atrás y matar saurios gigantes... si eres bastante tonto como para pensar que ciento cincuenta millones de años en cualquier dirección pueden alterar una pizca el caos de pensamientos del vórtice cerebral de un hombre.

Haces la prueba e interrumpes la corriente de tus pensamientos ridículos, pero nunca se ha interrumpido realmente desde los días cocacoloradores de tu juventud. Dios, ¡si la adolescencia no existiera sería innecesario inventarla! Un poco más tranquilo miras otra vez el bulto enorme del tirano vegetariano, que despierta en ti un deseo tan hondo de muerte-vida, y toda la emoción que cabe en el orga(ni)smo humano. Esta vez el fantasma es real, Claude, como tú querías que fuese, y esta vez tienes que enfrentarlo de veras antes que se vuelva y te enfrente a ti. De modo que alzas de nuevo el Viejo Igualador¹ y esperas poder apuntar al punto vulnerable.

Los pájaros rutilantes se balancean, los pijoos trotan como perros, el pantano gruñe, mientras el bronto hunde en el agua brillante como la bilis el menudito cráneo que cuelga del extremo de un cuello de serpiente, en bus-

¹ Ole equalizer, el revólver, en el Lejano Oeste. (N. d. T.)

ca del forraje de una edad salvaje. Tú miras; nunca te sentiste tan nervioso en toda tu nerviosa vida, y cuentas con esta catarsis para librar definitivamente a tu sistema de la última gota de miedo ácido. Perfecto, dices una y otra vez como un maniático, olvidándote de tu condición de hombre del siglo veintidós, de tu educación de un millón de dólares. Perfecto, perfecto. Y cuando lo dices por arbitrísima vez, la disparatada cabeza sale de nuevo del agua como un expreso renegado, y la tarasca te mira. Tasca y te mira. Y mientras la mandíbula mordisquea con unos molares romos como postes de cemento, tú ves el agua cenagosa que chorrea de los labios desbocados, de la boca deslabiada, y te baña los pies y empapa el suelo. Raíces y ramas, tallos y troncos, racimos y limos, intermitentemente visibles en esa mandíbula que mastica, y rodando y reptando entre ellos, pececitos, crustáceos, ranas, destinados todos a ser transformados por ese movimiento babeante y boqueante en movimiento intestinal. Y mientras la bestia tragatraga, los ojos de arcilla seca te observan atentamente.

Estas bestias viven doscientos años, dice el prospecto de los viajes por el tiempo, y esta bestia, evidentemente, ha tratado de vivir todos esos años, pues te mira con ojos seculares, que durante décadas y décadas han mirado desde una cabeza vacía de peso pesado, experta al fin en pininos.

Para ti es como si te miraras en un perturbador estanque nublado. Esto provoca en ti un shock psíquico, y disparas tus dos cargas contra tu propia imagen. Pum, pum, ahí van las balas dum-dum.

Las luminarias bicentenarias, sagradas y pálidas, se apagan sin titubeos. Los claustros se clausuran hasta el día del juicio final. Tu imagen desaparece, desgarrada y ensangrentada. Unas membranas nocturnas se alzan lentamente en las ventanas estropeadas, como sábanas sucias que cubren un cadáver. Las mandíbulas siguen rumiando lentamente, mientras la cabeza desciende con la misma lentitud. En una mejilla arrugada aparece lentamente una cinta de sangre fría de reptil, como una cinta de pasta dentífrica. Todo es lento, con una embotada lentitud de era secundaria, gota a gota, y piensas que si hubieses estado a cargo de la creación hubieras encontrado un medio de mover los hilos de la acción menos desgarrador que el tiempo. No importa. Alcen las copas, señores. Claude Ford ha matado una criatura indefensa. Aclamen a Claude.

Observas sin aliento la cabeza que toca el suelo, el pescuezo largamente cómico que toca el suelo, las mandíbulas que se cierran para siempre. Miras y esperas que pase alguna otra cosa, pero nunca pasa nada. Nunca. Puedes quedarte ahí mirando ciento cincuenta millones de años, señor Clau-

de, y nunca pasará nada. Poco a poco, el esqueleto poderoso de tu bronto, que los animales predatorios habrán limpiado cariñosamente, se hundirá en el barro, arrastrado por su propio peso. Luego se alzarán las aguas, y el antiguo mar de los conquistadores cubrirá estas tierras con el mismo descuido aparente con que un tramposo jugador de naipes da una mano mala a los muchachos. Una lluvia de limo y sedimentos caerá durante siglos sobre la majestuosa sepultura. El viejo lecho del bronto se alzará y descenderá quizá media docena de veces, suavemente, para no perturbarlo, aunque por ese entonces ya estarán formándose a su alrededor las rocas sedimentarias. Al fin, ya en una tumba de una suntuosidad que ningún rajá se atrevió a concebir, los poderes de la Tierra lo alzarán en hombros hasta que, aún dormido, el bronto descansará en una cima de las montañas Rocosas, dominando el Pacífico. Pero poco te interesa todo eso, Claude el Espada. El diminuto gusano de la vida ha muerto en el cráneo de la criatura, y el resto no te concierne.

No hay emoción en ti ahora. Estás un poco desconcertado. Esperabas que el monstruo se sacudiera dramáticamente, berreando. Por otra parte, te alegra que la criatura no haya sufrido. Eres sentimental, como todos los hombres crueles. Eres remilgado, como todos los hombres sentimentales. Te pones el fusil bajo el bra-

zo y caminas alrededor del brontosaurio, contemplando tu victoria.

Pasas delante de los cascos informes, el blanco séptico de la cima del vientre, dejando atrás la brillante e inquietante caverna de la cloaca, y te detienes bajo el arco de la cola. Ahora tu decepción es tan tersa y tan obvia como una tarjeta de visita. Te habías imaginado al monstruo dos veces más grande. No alcanza a tener el tamaño, por ejemplo, de la imagen que guardas en ti mismo de ti y de Maude. Pobre guerrero, la ciencia no inventará nunca nada que te ayude a calmar esa sed de una muerte titánica en las cavernas contraterrenas de tu inconsciente chapucemente terrible.

Nada te queda, sino escurrirte furtivamente a tu tiempomóvil indigestado de anticlímax. Mira, los brillantes pájaros devoradores de excrementos han comprendido ya. Uno a uno despliegan las alas cortas y vuelan desconsoladamente sobre el pantano hacia otros anfitriones. Saben cuándo las cosas se ponen mal, y no esperan a que los buitres les desalojen. Dejad toda esperanza los que entráis. Tú también das media vuelta.

Das media vuelta, y titubeas. No te queda otra cosa que par-

tir, pero el año 2181 no es sólo tu época, es también Maude. Es Claude. Es la tarea interminable, desesperanzada, terrible de tratar de acomodarse a un ambiente demasiado complejo, de tratar de convertirte en un engranaje. Tu huida a la gran simplicidad del jurásico, citando otra vez el prospecto, fue sólo una huida parcial, y ahora ha terminado.

De modo que titubeas, y mientras titubeas, algo te salta de pronto a la espalda, echándote de bruces en el barro grasoso. Luchas y gritas y unas pinzas de langosta te desgarran el cuello y la garganta. Tratas de recoger el rifle, pero no puedes. Ruedas atormentado sobre ti mismo, y en el próximo segundo la cosa-cangrejo se alimenta glotonamente de tu pecho. Te aterras al caparazón, pero el animal se sacude y con unos pocos picotazos te arranca los dedos. Cuando mataste al bronto, olvidaste que los parásitos lo dejarían, y que para un pequeño aborto como tú serían mucho más peligrosos.

Te defiendes como puedes, pateando por lo menos tres minutos. En seguida tienes encima todo un ejército. Ya te están limpiando cariñosamente el esqueleto. Te gustará estar allá arriba de la cima de las montañas Rocosas. No sentirás nada. ♦

En el relato precedente de Brian Aldiss el viajero del tiempo se entretiene cazando un brontosaurio del mesozoico, un animal de alrededor de 50 toneladas, bastante menos corpulento que una ballena azul (más de 100 toneladas), pero mucho más que el baluchiterium (10 toneladas). En cuanto a los mamuts y los mastodontes... Sprague de Camp, ingeniero, licenciado en economía, experto en cuestiones arqueológicas y tecnológicas, oficial naval, continuador de las obras de R. E. Howard, lingüista y filólogo, ha publicado más de treinta libros, algunos en colaboración con Fletcher Pratt y Willy Ley.

MAMUTS Y MASTODONTES

L. Sprague de Camp

TODOS SABEN QUE LOS MAMUTS Y los mastodontes son parientes voluminosos y peludos del elefante, y que vivieron hace mucho tiempo. Se los encuentra comúnmente en los relatos que se desarrollan en épocas primigenias o en tierras donde los animales prehistóricos han sobrevivido hasta nuestros días. En *The Lost Continent* (1900) de Cutcliffe Hyne la emperatriz de la Atlántida, Phorenice, monta un mamut domesticado. En *Out of Time's Abyss* de E. R. Burroughs los hombres de nuestro tiempo que exploran un continente imaginario tropiezan con "un enorme dragón que devora los restos de un mamut". En *The Two Towers* de J. R. R. Tolkien "el Mumak de Harad era en verdad una bes-

tia de enorme tamaño, y no hay hoy en la tierra ninguna criatura semejante. Los descendientes que vivieron hasta no hace mucho tiempo no eran más que recuerdos de su volumen y majestad... las grandes patas parecidas a troncos, las enormes orejas que se extendían como velámenes, el largo colmillo semejante a una serpiente que se alza para atacar..."

¿Pero cuántas especies hubo de estos animales? ¿Eran en verdad más grandes que los elefantes modernos? ¿Qué variedad conocieron los primeros hombres?

Antes de poder decir si los mamuts y los mastodontes eran más grandes que los elefantes de hoy hemos de saber algo del tamaño de estos últimos. De las docenas de especies del orden de los pro-

Título original: Poor little warrior. Traducción de G. Lemos.

boscidios que florecieron durante los últimos millones de años, hoy sólo existen dos: el elefante indio o asiático, *Elephas indicus* o *Elephas maximus*, de la India y del sudeste de Asia, y el elefante africano, *Loxodonta africana*, de los territorios que se extienden al sur del Sahara.

DIFERENCIAS PROBOSCIDIAS

Las principales diferencias entre estas dos especies son las siguientes: el elefante africano es de mayor tamaño, más alto, de orejas más grandes. (En una película de Tarzán unos elefantes indios fueron disfrazados con orejas artificiales para que parecieran africanos.) En el elefante africano los dos sexos tienen colmillos, aunque los del macho son mayores. La hembra del elefante indio, en cambio, tiene colmillos rudimentarios o carece de ellos. La frente del elefante africano es una curva convexa y regular; la del indio tiene dos protuberancias o bóvedas. El dorso de la especie africana se hunde entre los hombros y las ancas; el de la especie india es en cambio convexo. Hay también diferencias en los dientes, la trompa, los pies y otras partes del cuerpo.

Cada una de estas especies se divide en varias razas, subespecies o variedades. Las razas más características son las de Ceilán y la de las selvas africanas. El elefante de Ceilán, *Elephas indicus ceylanicus*, tiene el tamaño común

del elefante indio, pero nueve de cada diez machos carecen de colmillos. El elefante de la selva, *Loxodonta africana cyclotis*, de la cuenca del Congo y de las selvas húmedas del África Occidental es bastante pequeño, del tamaño de un elefante indio común, y tiene colmillos largos y finos.

Los ejemplares de ambas especies se han reducido considerablemente durante los últimos milenios. Una raza voluminosa del elefante indio vivió en las regiones orientales, Siria, hasta el siglo noveno antes de C., y una raza pequeña del elefante africano habitó en los valles de los montes Atlas, en Argelia y Marruecos hasta el siglo quinto de nuestra era.

El tamaño de los elefantes no es fácil de estimar, pues cuesta bastante trabajo medirlos y pesarlos. Además no todos los elefantes tienen la misma forma. ¿Cuál es más grande: el elefante alto y relativamente delgado, o el bajo y macizo de mayor peso? Hay que tener en cuenta además las diferencias de sexo, pues en todas las especies el macho es mayor que la hembra.

La medida más común es la altura del hombro. La bóveda craneana está comúnmente más arriba, pero el elefante mueve la cabeza demasiado libremente y es difícil establecer la posición normal. Muchas de las medidas récord han sido exageraciones de cazadores. Por otra parte no es posible medir a un elefante sal-

vaje vivo, y la altura del hombro del animal muerto (aun en los casos en que el cazador no haya exagerado) puede ser distinta de la del animal vivo.

ELEFANTES PESADOS Y MEDIDOS

El único grupo de animales pesados y medidos suficientemente numeroso como para darnos una idea clara de las dimensiones máximas, mínimas y medias, fueron cincuenta y dos hembras adultas de la raza india que Francis G. Benedict midió durante la década del 30 en zoológicos y circos. Medían, hasta el hombro, de dos metros a dos metros y medio, con una altura media de dos metros cuarenta centímetros, y pesaban de una tonelada y media a cuatro toneladas, con un promedio de tres toneladas. A causa de diferencias de estructura, los elefantes más altos no eran siempre los más pesados. Sin embargo, si se comparan los pesos con las alturas de todos los elefantes de todas las edades y de ambos sexos, y de las dos especies, ninguno está muy lejos de la curva $y = ax^3$, en la que y es el peso, a una constante, y x la altura del hombro.

No se han medido hasta ahora de un modo semejante los elefantes indios machos ni los africanos de los dos sexos. De acuerdo con lo que dicen diversos autores, podemos suponer que los machos indios y las hembras africanas tienen aproximadamente el mismo tamaño, con una altura media

hasta el hombro de dos metros sesenta a dos metros setenta, y un peso entre tres toneladas y media y cinco toneladas y media. El elefante macho del África Oriental o elefante de los matorrales (la raza de mayor tamaño) tiene una altura de tres metros a tres metros treinta, y un peso de cuatro toneladas y media a seis toneladas y media.

TUSKO, JUMBO Y OTROS

En cuanto a los mayores tamaños, el récord de altura para un elefante indio macho es de tres metros veinte. Tusko, un elefante indio famoso por su tamaño en las décadas del 20 y del 30, tenía una altura de tres metros cinco centímetros y pesaba alrededor de seis toneladas y media. El famoso Jumbo, un macho africano, medía (se dice) tres metros cuarenta y pesaba algo más de siete toneladas. Kharthoum, del parque zoológico de Bronx, tenía una altura de tres metros veinte y pesaba cuatro toneladas y media. He leído que en una colección británica hay un elefante diseado que mide tres metros ochenta.

En el siglo pasado algunos cazadores afirmaron que habían matado elefantes de más de tres metros treinta de altura y que habían visto ejemplares de más de tres metros y medio. Durante mucho tiempo los hombres de ciencia recibieron con escepticismo estos informes. Luego, en 1955, el madrileño J. J. Fenkovi mató

un elefante en Angola. Cuando montaron el animal medía cuatro metros de altura y se estimó que en vida había pesado unas diez toneladas. Hoy se lo puede ver en la rotonda del Museo Nacional de Historia Natural de Washington. Este elefante no sólo sobrepasa a todos los otros elefantes vivos conocidos sino que puede comparárselo además con los mayores proboscídeos fósiles.

Se han encontrado elefantes fósiles ya en tiempos remotos, aunque no se los reconoció como tales sino en los últimos siglos. En un principio se dijo que eran restos de hombres gigantes, pues el cráneo del elefante se parece un poco al cráneo de un hombre. En la Europa medieval se creía que los colmillos fósiles de los elefantes eran cuernos de unicornio o garras de grifos.

Más tarde, en los siglos diecisiete y dieciocho unos colmillos fósiles empezaron a llegar desde Siberia. Los viajeros que traían estos fósiles a Europa decían que pertenecían a un animal llamado *mama* o *mamont*, según los nativos de Siberia, y que era una especie de topo gigante. El animal moría, contaban los mismos nativos, cuando atravesaba involuntariamente la corteza terrestre. El nombre se convirtió con el tiempo en mamut, pero nadie ha podido encontrar hasta hoy el origen de la palabra, ni en el idioma ruso ni en ninguna de las lenguas siberianas.

En 1799 un profesor alemán,

Johann Blumenbach, luego de coleccionar fósiles durante años, anunció que había descubierto una nueva especie extinta de elefante, y la bautizó con el nombre de *Elephas primigenius*, el elefante primigenio, es decir el mamut.

SHUMAKHOV VE UN COLMILLO

En el mismo año, un tunguz que vivía en la desembocadura del río Lena, en la Siberia Oriental, Ossip Shumakhov, vio un colmillo que asomaba en una loma de hielo. Shumakhov se acercó temerosamente, pues las gentes del lugar creían que encontrar un mamut traía mala suerte. En los años siguientes la loma se fundió gradualmente durante los veranos, revelando el cuerpo del mamut. Shumakhov se atrevió al fin a mostrarle el descubrimiento a un ruso, que le compró los colmillos.

En 1806 el profesor Michael Adams, de la Universidad de San Petersburgo, llegó al mismo sitio. Por ese entonces los lobos y los perros habían devorado todas las partes blandas excepto unos pocos pedazos del cuero velludo. Adams recogió los restos y los montó en el museo de San Petersburgo. Así llegó a saberse que había existido en verdad una especie hoy extinta de elefante velludo.

¿Extinta? América del Norte era una región todavía inexplorada, en gran parte, y corrían ru-

mores de que algunas zonas del interior estaban infestadas de monstruos. Dos exploradores británicos habían contado que los indios cazaban unos animales grandes, peludos, de largas orejas. Una leyenda de los delawarees hablaba de una manada de animales monstruos, el "gran bisonte", que en un tiempo había assolado la región destruyendo la fauna nativa hasta que un dios los aniquiló enviando sobre ellos rayos del cielo.

A mediados del siglo dieciocho, George Croghan descubrió un depósito de grandes huesos fósiles en Big Bone Lick, en Kentucky, y envió unas muestras a Europa. Cuando Thomas Jefferson, que era aficionado a los fósiles, subió a la presidencia en 1801, consiguió una colección de huesos de "mamut" de Big Bone Lick y los guardó en un ala de la Casa Blanca. Cuando en 1804 envió en expedición a Lewis y Clark, les dijo que buscaran mamuts vivos, junto con la Gran Montaña de Sal, el río de agua de mar, la montaña de cristal y otras rumoreadas maravillas. Lewis y Clark, ay, no encontraron mamuts vivos, aunque recogieron volúmenes de información útil. Es probable que el origen de esas historias de mamuts vivos hayan sido los gigantes esqueletos fósiles de Big Bone Lick y otros depósitos semejantes.

En verdad, los huesos de Jefferson no eran de mamuts sino de mastodontes. El mastodonte ame-

ricano, como el mamut, era un animal velludo parecido al elefante, más primitivo que el mamut y el verdadero elefante.

EL MAMUT HELADO

Durante todo el siglo diecinueve llegaron de Siberia otras historias que hablaban de mamuts preservados en el hielo. Los hombres de ciencia investigaron y descubrieron al fin que la historia era un embuste o que los restos estaban podridos o habían sido comidos por los lobos. En 1900 la Academia Rusa de Ciencias tuvo noticias de otro mamut helado, descubierto a orillas del río Berezovka, en la península nordoriental de Siberia, escasamente poblada. Luego de titánicos esfuerzos una expedición rusa llegó al lugar y recuperó la piel y el esqueleto.

Aunque los perros y los lobos se habían comido parte de la trompa, la cara y una pata trasera, el ejemplar era el más completo de todos los que se habían coleccionado, y se lo montó en el museo de San Petersburgo, hoy Leningrado. La piel de este mamut era un cuero amarillento cubierto con cerdas oscuras de hasta treinta y cinco centímetros de largo.

A medida que avanzaba el siglo diecinueve los hombres de ciencia descubrieron que las dos especies vivientes de elefantes eran sólo los sobrevivientes de un vasto y complicado grupo de animales que llamaron orden de los *Probosci-*

dea, y que comprendía diferentes géneros de elefantes y de mastodontes.

A principios de 1900 aparecieron en Egipto unos fósiles de los primeros proboscídeos, del eoceno y del oligoceno. El más pequeño era el *Moeritherium*, un animal del agua y los pantanos, del tamaño de un cerdo, y que se parecía probablemente al hipopótamo pigmeo de nuestros días o el capibara sudamericano. Otro proboscídeo egipcio era el *Phiomia*, un animal de mayor tamaño y más desarrollado, algo parecido al tapir moderno con una larga trompa y colmillos en ambas mandíbulas. Estos fósiles probaron que los parientes modernos más cercanos del elefante eran dos grupos de bestias muy poco parecidas al elefante: los hyraxes o conies y los sirenios o manatíes y dugongs.

UNA OBRA DE FORMATO ELEFANTE

El mayor clasificador de los *Proboscidea* fue Henry Fairfield Osborn (1857-1935), el principal palentólogo norteamericano de las primeras décadas del siglo veinte. La obra magna de Osborn —el último de una serie de voluminosos tratados sobre la evolución de la vida y del hombre— fueron dos volúmenes titulados *Proboscidea*, publicados poco después de la muerte del autor. El formato de estos libros recibió el nombre adecuado de “cuarto elefante” y pesaban juntos algo más

de diez kilos. Osborn propuso muchas radicales revisiones en el cuadro evolutivo de estos animales. No todos los palentólogos estuvieron de acuerdo con Osborn, pero hasta nuestros días, por lo menos, no ha aparecido una clasificación mejor.

Osborn dividió el orden de los proboscídeos en cinco subórdenes, los moeritheres, los dinotheres, los mastodontes, los stegodontes y los elefantes, o en términos más científicos: los *Moeritheroidea*, los *Dinotheroidea*, los *Mastodontoides*, los *Stegodontoides* y los *Elephantoidea*. De estos los moeritheres de Egipto eran los más pequeños, y también los más primitivos.

Dos de los subórdenes, los dinotheres y los mastodontes, son ramas de los moeritheres y aparecieron probablemente en el loceno temprano. Los dinotheres vivieron en Europa, Asia y África, y siguieron una evolución paralela a la del mastodonte, pero de acuerdo con líneas propias. Aumentaron de tamaño y adquirieron la forma corporal típica del elefante moderno, juntamente con la trompa.

Pero los dinotheres son distintos de los otros proboscídeos. Ante todo conservaron una hilera de dientes, sin esa distribución peculiar propia de los elefantes. Los elefantes tienen enormes molares, y sólo uno o dos están en su sitio y a la vez en los dos lados y en las dos mandíbulas. Estos dientes se reemplazan unos a otros ho-

rizontalmente. Aparecen en la base de la mandíbula, se mueven lentamente hacia adelante, y caen cuando están gastados.

Los dinotheres perdieron también los colmillos superiores, y los inferiores se curvaron hacia abajo como los colmillos de la morsa, pero en la otra mandíbula. Nadie ha explicado la razón de esta forma y distribución tan peculiares. Un dinotheres, *Dinotherium gigantissimum*, del plioceno del sudeste de Europa, alcanzó una altura de casi tres metros noventa centímetros. Otra especie, el *D. hopwoodi*, sobrevivió durante el pleistoceno medio en el África central.

LOS MASTODONTES

Los mastodontes son un grupo de mucho mayor tamaño y más complejo. Osborn los dividió en cuatro familias y quince subfamilias. A menudo una de estas subfamilias evolucionaba en la misma dirección que otra, de modo que las dos líneas de descendientes eran al fin muy parecidas aunque no había relaciones de sangre entre ellas ya que se habían dividido muchos millones de años antes. Este proceso es llamado evolución paralela.

Los mastodontes eran incansables viajeros. Se extendieron desde el Viejo Mundo no sólo por América del Norte (en el nioceno) sino también a América del Sur. Pasaron los años y los mastodontes aumentaron de tamaño

hasta alcanzar las dimensiones del elefante moderno. Todos perdieron gradualmente la distribución dentaria normal de los mamíferos.

En otros aspectos las diferencias entre los mastodontes fueron muy amplias. De las quince subfamilias, tres conservaron cráneos de dimensiones moderadas, como las de los *Phiomia* primitivos, con cuatro colmillos cortos: dos en la mandíbula superior que se curvaban hacia abajo, y dos en la mandíbula inferior curvados hacia arriba. (Estos colmillos tuvieron su origen en los incisivos del *Moeritherium*, y no en los caninos como la mayoría de los animales con colmillos.) A medida que los animales aumentaban de tamaño, las trompas se alargaban para permitirles alcanzar el suelo.

En dos subfamilias el cráneo, la mandíbula inferior y los colmillos se desarrollaron al mismo tiempo de modo que cuando el animal tuvo mayor altura todavía podía alcanzar el suelo con la boca. La trompa se conservó corta y maciza. Los colmillos inferiores y superiores se cruzaban como puntas de tijeras y servían para recoger la comida.

En otras dos subfamilias también se alargaron el cráneo y la mandíbula, pero los colmillos se desarrollaron de un modo distinto. Los superiores se atrofiaron y los inferiores se hicieron más anchos y tomaron forma de cuchara o pala. Las mandíbulas de estos animales eran especialmente apropiadas para desenterrar plan-

tas acuáticas, especialmente raíces de nenúfares.

En otra subfamilia este desarrollo fue aun más lejos. Los colmillos inferiores desaparecieron, y un labio córneo protegió probablemente la pala ancha inferior. Estos mastodontes debían de alimentarse de plantas acuáticas muy blandas.

En las otras siete familias el cráneo se achicó y los colmillos inferiores desaparecieron. Los superiores se desarrollaron de distintos modos. En algunos géneros se curvaron un poco hacia arriba, como en los elefantes de hoy. En otros estos colmillos formaron verdaderos ganchos, o se curvaron un poco hacia abajo, o se alargaron casi rectos como en el *Anacus* del pleistoceno.

Dos géneros de mastodontes llegaron a América del Sur. Uno fue un tipo montañoso y pequeño, el *Cordillerion*, con colmillos torcidos en dirección opuesta a la mayoría de los proboscídeos. El colmillo derecho estaba torcido hacia la derecha y el izquierdo hacia la izquierda.

Otro género, mayor y de aspecto más común, era el *Cuvieronius*. Restos de *Cuvieronius* fueron encontrados en Ecuador junto con artefactos humanos que de acuerdo con especulaciones arqueológicas pertenecían al siglo tres de nuestra era. Si esta fecha es correcta el animal debía de existir aun cuando aparecieron en esa región los primeros Estados.

El más conocido de todos los

mastodontes es el mastodonte americano, *M. americanus*, que habitó América del Norte en gran número durante el pleistoceno. Era un animal voluminoso, de una altura media de dos metros noventa centímetros, pero que alcanzaba a veces los tres metros cinco. Pesaba probablemente más que el elefante moderno de la misma altura, pues era más largo. Estaba cubierto de un vello grueso, de color castaño dorado, del que se han encontrado muestras en los pantanos. Un animal emparentado con este mastodonte vivió en Rusia.

EL ELEFANTE MAMUT

En el mioceno una rama de proboscídeos llamados stegodontes se desprendió de los mastodontes. Un poco más tarde los stegodontes dieron origen a los elefantes. Los stegodontes son así animales intermedios entre los mastodontes y los elefantes. Y así llegamos al elefante verdadero, la suborden de los *Elephantoidea* y la familia *Elephantidae*. Osborn los divide en tres subfamilias: los *Loxodontinae* (el elefante africano y sus parientes), los *Elephantinae* (el elefante indio), y los *Mammontinae* o mamuts.

Los loxodontinos no salieron del Viejo Mundo. Un género, el *Hesperododon* (llamado a veces el "elefante de colmillos rectos") vivió en Europa durante las épocas cálidas interglaciales del pleistoceno. Este elefante era un gi-

gante que medía más de tres metros setenta y cinco. Aunque relacionado con el elefante africano moderno, tenía una cabeza de dos bóvedas y orejas pequeñas y parecía un elefante indio de colmillos largos y demasiado grande. De otro género, el del *Palaeoloxodon*, hubo especies enanas en las islas del Mediterráneo. El más pequeño, *Palaeoloxodon falconeri* de Malta, medía menos de un metro de altura.

Los elefantinos, limitados al Asia, se distinguían principalmente por unas curiosas crestas óseas en lo alto del cráneo.

Algunos paleontólogos limitan el uso del nombre "mamut" a las especies del norte, donde se los bautizó así originariamente. Lo llaman el "verdadero mamut". No obstante, como no hay pocos nombres comunes disponibles para estos animales, llamaremos así a toda la subfamilia, que incluye a algunos de los mamíferos más espectaculares que hayan vivido en este mundo.

Hay tres géneros de mamontinos: *Mammonteus*, el mamut "verdadero" o del norte; *Archidiskodon*, un género del clima cálido; y *Paralephas* que habitaba las zonas templadas entre las dos anteriores. Los tres géneros se encuentran en el Viejo y el Nuevo Mundo. Algunas de las muchas especies de *Archidiskodon* y *Paralephas* tienen nombres comunes. (*Archidiskodon*: el mamut del sur y el mamut imperial; *Paralephas*: el mamut colombiano y

el jeffersoniano.) Para el *Archidiskodon* emplearé por lo tanto el nombre "mamut del sur". Para el *Paralephas* el nombre de "mamut de la zona templada" no parece adecuado, de modo que propongo llamarlo el mamut próspero, lo que significa aproximadamente la misma cosa.

Durante el pleistoceno hubo cuatro avances del hielo, con intervalos de clima templado. Durante los años de frío los animales árticos como el mamut del norte, el rinoceronte velludo y el reno se movían hacia el sur, mientras que la fauna de la zona templada se retiraba ante ellos. En los períodos interglaciales se producía el movimiento contrario.

El mamut del norte —el mamut, si ustedes quieren— es el animal prehistórico mejor conocido. Además de los numerosos esqueletos y cuernos helados que se han descubierto, hay en ciertas cuevas del sudeste de Francia pinturas que representan al animal, ejecutadas por el hombre de Cro-Magnon que recorrió Europa cuando se retiraron los hielos del cuarto período glacial. Las pinturas, que eran parte sin duda de algún rito de caza, muestran la joroba prominente sobre la cabeza y la más pequeña sobre los hombros. Estas jorobas eran probablemente reservas de grasa, semejantes a la joroba del camello. El dorso descendía de los hombros a las ancas, lo que permitía que el animal se librara del peso de la nieve, pero no era muy

adecuado para instalar una silla de montar. Se conocen también unas pocas pinturas de este período que representan al elefante de colmillos rectos.

Aunque empleamos el mamut como sinónimo de gigante, el mamut del norte no es el más grande de los elefántidos. Tenía una altura media de dos metros setenta centímetros, similar a la del elefante indio macho. El mamut del norte, además, era de cuerpo más corto. Sin embargo, un esqueleto de *Mammonteus* encontrado en Austria medía tres metros noventa.

Pero si el mamut del norte era de mediano tamaño, sus primos honraban en cambio a la subfamilia. Los animales de tres metros sesenta eran comunes entre ellos. El mayor proboscido conocido es el mamut Mosbach, *Paralephas trogontheri*, de Alemania. Un esqueleto fragmentario indica que el animal tenía por lo menos una altura de cuatro metros cincuenta centímetros. Debía de pesar alrededor de veinte toneladas. El segundo en tamaño es un ejemplar de *Archidiskodon maibeni* de Nebraska que medía poco más de cuatro metros.

De los dos, el mamut próspero (*Paralephas*) era alto y corto, mientras que el mamut del sur (*Archidiskodon*) era alto y largo. El mamut próspero vivía en el norte, el este y el sudeste de los Estados Unidos, la Europa central, y probablemente el Asia Central. Unos pocos llegaron a Amé-

rica del Sur. En Europa convivió con el elefante de colmillos rectos. No compitieron entre ellos sino embargo, pues el mamut próspero pastaba en las llanuras mientras que el elefante se alimentaba de hojas en los bosques.

El mamut del sur, que descendía de animales sudamericanos más pequeños, vivió en el sur de Europa, el sur de Asia, el centro y sudoeste de los Estados Unidos, y en México. Una especie enana habitó en las islas de las costas de California. Estos animales que vivían en climas cálidos carecían seguramente de pelaje, mientras que el mamut próspero tenía probablemente una piel con pelos, más cortos que los del mamut del norte.

En todos los mamuts últimos y de mayor tamaño los colmillos eran muy largos con un retorcimiento helicoidal. Se curvaban tanto hacia arriba como hacia abajo, hacia afuera y hacia adentro. Los de los viejos machos se cruzaban a menudo en las puntas. Estos colmillos no eran seguramente muy útiles para cavar y no debían de ser muy buenos como arma de combate. ¿Para qué servían entonces?

Todos los biólogos piensan justamente que cuando un organismo tiene un órgano aparentemente inútil esto significa que no conocemos el uso que debió de haber tenido ese órgano. De otro modo el proceso evolutivo llamado rudimentación hubiese destruido el órgano. En el caso de

los mamuts hay varias teorías que tratan de explicar la existencia de estos colmillos retorcidos. Quizá la más plausible es la que supone que se los usaba como palas para la nieve, para encontrar comida en el invierno. Los machos adultos apartaban la nieve, y el resto iba detrás comiendo lo que había quedado.

LA MUERTE DEL MAMUT

Durante el cuarto período glacial el hombre de Neanderthal cazó proboscidos y otras piezas en una vasta zona de Europa, el Cercano Oriente y Rusia. No es necesario que hable aquí del hombre de Neanderthal, excepto para decir que algunos antropólogos opinan que era una raza separada, otros que pertenecían a una especie distinta, y algunos a un género distinto de hombre. No es necesario tampoco exagerar las diferencias que lo separan del hombre moderno. Una vez conocí a un ex campeón de todos los pesos que si se hubiese dejado crecer las patillas y se hubiese vestido con una piel de oso hubieran podido entrar fácilmente en un campamento de hombres de Neanderthal sin despertar ningún comentario.

Poco después que el hielo del cuarto período glacial comenzara a retirarse, el hombre de Neanderthal dejó su sitio al hombre moderno. En Europa el cambio pareció haber sido abrupto, y el *Homo sapiens* y el *Homo nean-*

derthalensis no se cruzaron entre sí, o se cruzaron muy poco. En el Cercano Oriente, por otra parte, los intercruzamientos parecen haber sido comunes, dando origen a tipos intermedios.

Aunque los Cro-Magnon y otros grupos del *Homo sapiens* eran quizá cazadores más hábiles que sus predecesores, los hombres de Neanderthal, no fue esta cacería lo que alejó a los mamuts de Europa. El hielo no se retiró inmediatamente. A la cuarta glaciación siguió un período postglacial de varios miles de años, con un clima templado al que sobrevivieron los mamuts. Luego el clima se volvió definitivamente caluroso y húmedo. Este nuevo clima cubrió Europa con bosques densos que reemplazaron a las estepas y a las tundras. Los animales de las estepas y de las tundras, como el mamut y el reno, se retiraron por lo tanto a Siberia.

Se ha hablado mucho de las "muertes en masa" de mamuts. En algunos sitios de Europa Central, Rusia y Siberia se han encontrado restos de manadas enteras de mamuts. Es evidente que los animales de estas manadas murieron todos a causa del mismo desastre.

En Predmost, Checoslovaquia, por ejemplo, se encontraron restos de seiscientos mamuts. Estos animales habrían sido devorados por hombres de la era postglacial en un área pequeña, y los mismos hombres clasificaron y

apilaron los huesos. Aunque los hombres de Predmost pudieron haber matado tantos mamuts a lo largo de muchos años, no es posible que los hayan llevado todos a un mismo sitio. Por lo tanto estos mamuts pertenecían a una manada que murió por causas naturales, como una tormenta de nieve, una epidemia, arenas movedizas o un deshielo repentino que los atrapó en un pantano helado hasta entonces.

Un depósito similar fue descubierta en Pushkari, al nordeste de Kiev, en Ucrania. No hay razón para pensar —como opinan algunos— que estas muertes en masa ocurrieron al mismo tiempo en toda Europa y Siberia como resultado de la sumersión de la Atlántida, el choque de un cometa, u otra catástrofe cósmica. El hecho de que toda una manada haya muerto simultáneamente no significa que toda la especie haya desaparecido en ese momento.

Hacia fines del pleistoceno, sin embargo, hubo una vasta ola de muertes entre todos los mamíferos de todos los continentes. Aunque la persecución de los hombres primitivos pudo haber empujado a muchas especies hacia la extinción, esto no fue sin duda el principal factor, pues los hombres eran entonces poco numerosos y estaban débilmente armados.

Los hombres primitivos —o los primates antropoideos— habían coexistido, claro está, con los pro-

boscidios, y entre ellos con los mastodontes de cuatro colmillos y los dinotheres, en el Viejo Mundo y durante millones de años. En la Europa del pleistoceno persiguieron a los tres mamuts y al elefante de colmillos rectos. (Los animales de este tamaño eran cazados con trampas y no en combate directo.) Había muchas especies de proboscidios en Asia y África durante el pleistoceno. Cuando los hombres llegaron a América del Norte, hace diez o quince mil años, encontraron a los tres mamuts y al mastodonte americano. En América del Sur vivían dos géneros de mastodontes y algunos mamuts prósperos.

EL ELEFANTE HISTÓRICO

En el comienzo de los tiempos históricos, hace cinco mil años, todas las especies habían desaparecido, menos tres. El elefante africano vivía en el norte de África y el elefante indio en el Medio Oriente, desde Siria hasta el oeste de la India, y además en los sitios donde aún se los encuentra hoy. En América del Sur había todavía mastodontes del género *Cuvieronius*. Deben de haber sobrevivido a la aparición del misterioso imperio preincario de Tiahuanaco. Luego ellos también se desvanecieron.

Mucho se ha hablado del monumento maya llamado Estela B, de Copán, construido entre los años 500 a 800 de nuestra era.

En la cima de este monolito aparecen grabadas dos criaturas que parecen elefantes. Estas figuras no son de elefantes. Estos "elefantes" tienen narinas no en las puntas de las "trompas" sino en las raíces del órgano. Además los ojos son redondos y grandes y están rodeados de plumas. Los elefantes emplumados, como todos saben, son rarísimos. Estos animales son probablemente macaos estilizados.

Ningún pueblo antiguo —excepto los indios orientales de la cultura harappa— domesticó a los proboscidios, aunque los egipcios y los cartagineses de la época clásica llegaron a emplear el elefante en la guerra, imitando los sistemas de domesticación de los indios.

¿Cómo sabemos que los cartagineses no domesticaron al elefante marroquí antes de conocer por intermedio de los griegos las técnicas de domesticación hindúes? Diodoro de Sicilia, que sabía mucho de las guerras entre griegos y cartagineses en Sicilia, en el siglo anterior a las campañas de Alejandro, no menciona

a elefantes cartagineses. Y Alejandro y sus sucesores, por supuesto, trajeron el elefante de guerra hindú a Occidente.

Los proboscidios no son los animales terrestres más grandes, ni siquiera los mamíferos terrestres más grandes. En el Asia del oligoceno vivía un rinoceronte sin cuernos, de piernas largas y cuello largo, el *Baluchiterium*, que medía de cinco a cinco metros y medio de altura. El dinosaurio saurópodo era mayor aún. Algunos medían veintidós metros de largo y pesaban de treinta a cuarenta y cinco toneladas. Las ballenas son todavía mayores. Una ballena azul alcanza a medir treinta metros de largo y pesa entre noventa y ciento cuarenta toneladas.

No obstante, aunque dejemos de lado los dinosaurios y los mamuts y el elefante de Fenkovi, un elefante hindú hembra, como los que pueden verse en los circos, es todavía un animal considerable, que sólo se puede manejar con una precaución y un cuidado extremos. ♦

Título original: Mamuts and Mastodonts. Traducción de M. Figueroa.

Kurt Vonnegut Junior nació en Indianápolis, vive con su mujer y seis hijos en una vieja casa de Cape Cod, y es profesor de literatura en un colegio local. Ha publicado cinco libros (Player Piano, The sirens of Titan, Canary in a Cat House, Cat's cradle, Mother Night), cada uno de ellos más divertido, más devastador y extravagante que el anterior. Harrison Bergeron, una pieza característica, comenta cáusticamente ciertas teorías igualitarias muy en boga en los EE. UU.

HARRISON BERGERON

Kurt Vonnegut

EN EL AÑO 2081 TODOS LOS HOMBRES eran al fin iguales. No sólo iguales ante Dios y ante la ley, sino iguales en todos los sentidos. Nadie era más listo que ningún otro; nadie era más hermoso que ningún otro; nadie era más fuerte o más rápido que ningún otro. Toda esta igualdad era debida a las enmiendas 211, 212 y 213 de la Constitución, y a la incansante vigilancia de los agentes de la Directora General de Handicaps de los Estados Unidos.

Algunas cosas en la vida aún no estaban del todo bien, sin embargo. Abril, por ejemplo, no era el mes de la primavera, y esto confundía a la gente. Y en este mismo mes, húmedo y frío, los hombres de la oficina de handicaps se llevaron a Harrison Bergeron, de catorce años, hijo de George y Hazel Bergeron.

Fue una tragedia, realmente, pero George y Hazel no podían pensar mucho en eso. Hazel tenía una inteligencia perfectamente común, y por lo tanto era incapaz de pensar excepto en breves explosiones. Y George, como su inteligencia estaba por encima de lo normal, llevaba en la oreja un pequeño handicap mental radio-teléfono, y no podía sacárselo nunca, de acuerdo con la ley. El receptor sintonizaba la onda de un transmisor del gobierno que cada veinte segundos, aproximadamente, enviaba algún ruido agudo para que las gentes como George no aprovecharan injustamente su propia inteligencia a expensas de los otros.

George y Hazel miraban la televisión. Había lágrimas en las mejillas de Hazel, pero ella ya no recordaba por qué. En ese mo-

mento unas bailarinas terminaban su número.

Una chicharra sonó en la cabeza de George y los pensamientos que tenía en ese instante huieron como ladrones que oyen una campana de alarma.

—Era bonita esa danza, la que acaba de terminar —dijo Hazel.

—¿Eh? —dijo George.

—Esa danza, era bonita —dijo Hazel.

—Ajá.

Trató de pensar un poco en las bailarinas. No eran realmente muy buenas, y cualquiera hubiese podido hacer lo mismo. Todas llevaban contrapesos y sacos de perdigones, y máscaras además, para que nadie se sintiese triste viendo un gesto gracioso o una cara bonita. George había empezado a pensar vagamente que quizá las bailarinas no debieran tener ningún handicap, pero no fue muy lejos en esta dirección, pues la radio transmitió otro ruido anodante.

George torció la cara, junto con dos de las ocho bailarinas.

Hazel vio la mueca de George, y como ella no tenía radio tuvo que preguntar qué ruido había sido ése.

—Como si golpearan con un martillo en una botella de leche —dijo George.

—Debe de ser interesante oír todos esos ruidos —dijo Hazel, con un poco de envidia—. Las cosas que inventan.

—Hum —dijo George.

—Pero si yo fuera Directora

General de Handicaps, ¿sabes qué haría? —preguntó Hazel. Hazel en realidad era muy parecida a la Directora de Handicaps, una mujer llamada Diana Moon Glampers—. Si yo fuese Diana Moon Glampers —dijo Hazel— usaría campanas los domingos. Sólo campanas. Una especie de homenaje a la religión.

—Yo podría pensar, si fuesen sólo campanas —dijo George.

—Bueno, quizá habría que hacerlas sonar realmente fuerte —dijo Hazel—. Creo que yo sería una buena Directora de Handicaps.

—Tan buena como cualquiera —dijo George.

—¿Quién mejor que yo puede saber lo que es ser normal? —dijo Hazel.

—Nadie —dijo George.

Empezó a pensar oscuramente en Harrison, su hijo anormal, que ahora estaba en la cárcel, pero una salva de veintinueve cañonazos le sacudió la cabeza.

—¡Caramba! —dijo Hazel. Eso fue realmente ensordecedor, ¿no es cierto?

Había sido tan ensordecedor que George estaba pálido y tembloroso, y las lágrimas le asomaban a los ojos enrojecidos. Dos de las ocho bailarinas habían caído al piso del estudio y se apretaban las sienes.

—De pronto parece tan cansado —dijo Hazel—. ¿Por qué no te acuestas en el sofá y apoyas tu handicap de plomo en los almohadones, mi querido? —Hazel ha-

blaba de los veinte kilos de perdigones que George llevaba al cuello, en un saco de tela.— Sí, apoya ese peso. No me importa que no seas igual a mí durante un rato.

George sopesó el saco con las manos.

—No tiene ninguna importancia —dijo—. Ya no lo noto. Es parte de mí mismo.

—Estás tan cansado en este último tiempo, hasta agotado diría yo —continuó Hazel—. Si hubiese algún modo de abrir un agujerito en el fondo del saco y sacar unas bolas de plomo... Sólo unas pocas.

—Dos años de prisión y una multa de mil dólares por cada perdigón de menos —dijo George—. No me parece un buen negocio.

—Si pudieras sacar unos pocos cuando llegas del trabajo —dijo Hazel—. Quiero decir que no compito con nadie aquí. No haces nada.

—Si tratara de librarme de este peso —dijo George— otra gente tendría derecho a hacer lo mismo, y muy pronto estaríamos de nuevo en la época del oscurantismo, cuando todos rivalizaban con todos. ¿No te gustaría, no es verdad?

—Me sentiría horrorizada.

—Precisamente —dijo George—. Si la gente no cumpliera las leyes, ¿qué sería de la sociedad?

Si Hazel no hubiese podido responder a esta pregunta, George no hubiera podido ayudarla,

pues en ese instante una sirena le traspasó el cerebro.

—Se haría pedazos.

—¿Qué cosa? —dijo George desconcertado.

—La sociedad —dijo Hazel, insegura—. ¿No hablabas de eso?

—¿Quién puede saberlo? —dijo George.

Un boletín de noticias interrumpió de pronto el programa de televisión. No se pudo saber muy bien en un principio qué noticia era, pues el anunciador, como todos los anunciadores, tenía un serio impedimento en la lengua. Durante medio minuto, y muy excitado, el hombre trató de decir:

—Señoras y señores...

Al fin se dio por vencido y le pasó el boletín a una bailarina.

—Muy bien —dijo Hazel—. Hizo lo que pudo. Hizo lo que pudo con lo que Dios le dio. Debieran aumentarle el sueldo por haberse esforzado tanto.

—Señoras y señores —dijo la bailarina leyendo el boletín.

Debía de ser una muchacha extraordinariamente hermosa, pues la máscara que llevaba era horrible. Y era fácil advertir también que tenía más fuerza y más gracia que ninguna de las otras bailarinas. El saco de handicap que le colgaba del cuello era tan grande como el de un hombre de cien kilos.

Y la bailarina tuvo que pedir perdón en seguida por su voz. Era verdaderamente injusto que una mujer usara una voz así: cálida,

luminosa, una melodía que no era de este mundo.

—Perdón —dijo la muchacha y empezó a hablar otra vez con una voz absolutamente incompetente—. Harrison Bergeron —graznó—, de catorce años, acaba de escaparse de la cárcel. Se lo acusaba de intentar derribar al gobierno. Es un genio y un atleta, favorecido por el handicap, y extremadamente peligroso.

Una foto de Harrison tomada por la policía apareció en la pantalla: cabeza abajo, de costado, cabeza abajo otra vez, y derecha al fin. La fotografía mostraba a Harrison de pie sobre un fondo dividido en metros y centímetros. Medía exactamente dos metros diez.

Por lo demás, Harrison parecía un montón de ferralla. Nadie había llevado nunca handicaps más pesados. Había crecido superando todos los impedimentos tan rápidamente que la Dirección de Handicaps no había tenido tiempo de imaginar otros. En vez de un pequeño receptor de radio en la oreja, como handicap mental, llevaba un par de tremendos auriculares, y además unos anteojos de vidrios gruesos y ondulados. Estos anteojos habían sido concebidos no sólo para que no viera casi nada, sino también para provocarle terribles dolores de cabeza.

Los pesos metálicos le colgaban de todo el cuerpo. Comúnmente había una cierta simetría, una disposición verdaderamente mili-

tar en los handicaps inventados para los individuos demasiado fuertes, pero Harrison parecía un montón de chatarra ambulante. En la carrera de la vida, Harrison arrastraba más de ciento cincuenta kilos.

Y para afearlo, los hombres de los handicaps lo obligaban a usar continuamente una pelota roja en la nariz, a afeitarse las cejas y a cubrirse los dientes blancos y regulares con pedazos de película negra.

—Si ven a este muchacho —dijo la bailarina— no intenten, repito, no intenten discutir con él.

Se oyó el estruendo de una puerta arrancada de sus goznes.

Del estudio de televisión llegaron gritos y aullidos de consternación. El retrato de Harrison Bergeron saltó una y otra vez en la pantalla como sacudido por un terremoto.

George Bergeron identificó en seguida el origen del sismo. No le fue difícil, pues su propia casa había sido sacudida del mismo modo, muchas veces.

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Tiene que ser Harrison!

En ese mismo momento el ruido de un choque de automóviles le barrió la idea de la cabeza.

Cuando George pudo abrir los ojos otra vez, la fotografía de Harrison había desaparecido y Harrison mismo llenaba ahora la pantalla.

Estaba de pie en medio del estudio, balanceando la cabeza de clown, y la ferralla que le col-

gaba del cuerpo enorme se sacudía y tintineaba. Tenía aún en la mano el pestillo de la puerta que acababa de arrancar. Las bailarinas, los técnicos, los músicos y los anunciadores habían caído de rodillas ante él, sintiendo que les había llegado la hora y que pronto serían masacrados.

—¡Soy el emperador! —gritó Harrison—. ¿Me oyen todos? ¡Soy el emperador! ¡Todos han de obedecerme en seguida!

Golpeó el piso con el pie y el estudio tembló.

—Aun tullido, encorvado, impedido como me veís aquí —rugió—, ¡soy el más grande de todos los gobernantes de todos los tiempos! Y ahora mirad en lo que puedo convertirme.

Harrison se arrancó las correas que sostenían el metal como si fueran de papel de seda, esas correas garantizadas para sostener dos mil quinientos kilos.

Los pedazos de chatarra que habían sido los handicaps de Harrison se aplastaron contra el suelo.

Harrison pasó los pulgares bajo la barra que sostenía las guarniciones de la cabeza, y la barra se quebró como una brizna de paja. Aplastó los lentes y los audífonos contra la pared, y se arrancó la nariz de goma descubriendo el rostro de un hombre que hubiera estremecido a Thor, el dios de trueno.

—¡Ahora elegiré a mi emperatriz! —dijo Harrison mirando el grupo arrodillado a sus pies—.

Que la primera mujer que se atreva a levantarse reclame a su esposo y su trono.

Pasó un momento y al fin una bailarina se puso de pie, balanceándose en un sauce.

Harrison sacó el handicap mental de la oreja de la bailarina y luego los handicaps físicos con asombrosa delicadeza. En seguida le quitó la máscara.

La bailarina era de una encedora belleza.

—Bien —dijo Harrison tomándole la mano—. Ahora le mostraremos a la gente lo que significa la palabra "danza". ¡Música!

Los músicos se treparon a sus sillas, y Harrison les quitó también los handicaps.

—Tocad como mejor podáis —les dijo— y os haré barones y duques y condes.

La música comenzó. Era normal al principio: barata, tonta, falsa. Pero Harrison alzó a dos músicos de sus sillas, y los movió en el aire como batutas, mientras cantaba la música. Luego los dejó caer otra vez en los asientos.

La música comenzó de nuevo, mucho mejor que antes.

Harrison y su emperatriz se quedaron un rato escuchando, gravemente, como esperando a que los latidos de sus propios corazones se acordaran con la música.

Luego se alzaron en puntas de pie, y Harrison tomó entre sus manazas el talle de la bailarina, haciéndole sentir esa ligereza que pronto sería la ligereza de ella.

Y al fin, en una explosión de alegría y gracia, saltaron en el aire.

No sólo abandonaron entonces las leyes de la tierra sino también las leyes de la gravedad y las leyes del movimiento.

Giraron, remolinearon, brincaron, cabriolaron, caracolearon y revolotearon.

Saltaron como ciervos en la luna.

Cada nuevo salto acercaba más a los bailarines al cielo raso, que estaba a diez metros de altura.

Pronto fue evidente que pretendían tocar el cielo raso.

Lo tocaron.

Y luego neutralizando la gravedad con el amor y el deseo se quedaron suspendidos en el aire a unos pocos centímetros por debajo del cielo raso y allí se besaron mucho tiempo.

En ese instante Diana Moon Glampers, la Directora de Handicaps, entró en el estudio con una escopeta de doble cañón. Disparó, dos veces, y el emperador y la emperatriz murieron antes de llegar al suelo.

Diana Moon Glampers cargó otra vez la escopeta. Apuntó a los músicos y les dijo que tenían diez segundos para ponerse otra vez los handicaps.

En ese mismo momento el tubo

del aparato de TV de los Bergeron osciló y se apagó.

Hazel se volvió hacia George para comentarle el desperfecto, pero George había ido a la cocina en busca de una lata de cerveza.

George volvió con la cerveza, deteniéndose un instante cuando una señal de handicap lo sacudió de pies a cabeza. Luego se sentó otra vez.

—¿Has estado llorando? —le preguntó a Hazel mirando como ella se enjuagaba las lágrimas.

—Sí —dijo Hazel.

—¿Por qué? —dijo George.

—Me olvidé. Hubo algo realmente triste en la televisión.

—¿Qué era? —preguntó George.

—No sé, tengo la cabeza confundida —dijo Hazel.

—Hay que olvidar las cosas tristes.

—Es lo que hago siempre —dijo Hazel.

—Magnífico —dijo George.

Torció la cara. Un cañón le retonbó en la cabeza.

—Caramba. Parece que esta vez fue un ruido ensordecedor —dijo Hazel.

—Así es realmente, puedes repetir esa verdad.

—Caramba —dijo Hazel—. Parece que esta vez fue un ruido ensordecedor. ♦

Título original: Harrison Bergeron. Traducción de G. Lemos.

El relato que inspiró a Joe Mugnani mil dibujos, doscientas témperas,
y un film notable, premio de la Academia en 1962.

ÍCARO MONTGOLFIER WRIGHT

Ray Bradbury

ESTABA ACOSTADO Y EL VIENTO
entraba por la ventana le soplaban
en los oídos y en la boca entre-
abierta, murmurándole, mientras
él soñaba. Era como el viento del
tiempo, que ahondaba las cavernas
de Delfos para decir lo que
era necesario decir, de ayer, hoy y
mañana. A veces una voz gritaba
en la lejanía, a veces dos, una do-
cena, toda una raza de hombres
gritaba por su boca, pero las pa-
labras eran siempre las mismas:
—¡Mirad! ¡Aquí! ¡Arriba!

Pues de pronto, él, ellos, uno
o muchos, se alzaban en sueños,
y volaban. El aire se extendía en
un mar tibio y suave donde él
nadaba, incrédulo.

—¡Mirad! ¡Aquí, arriba!

Pero él no le pedía al mundo
que mirara, sólo quería alertar a
sus propios sentidos para que
vieran, olieran, gustaran, tocaran
el aire, el viento, la luna que su-
bía. Nadaba solo en el cielo. La
Tierra pesada había desaparecido.
Pero espera, pensó, espera un
momento.

Esta noche... ¿qué noche es
esta?

La noche anterior, por supues-
to. La noche anterior al vuelo del
primer cohete a la luna. Fuera,
en el suelo recocado del desierto,
a cien metros de este cuarto, el
cohete me espera.

Bien, ¿me espera de veras? ¿Hay
realmente un cohete?

Aguarda, pensó, y se volvió de
cara a la pared, sudando, con los
ojos cerrados, y murmurando en-
tre dientes: ¡Tienes que estar se-
guro! Tú, ahora, ¿quién eres?

—¿Yo?, pensó. ¿Mi nombre?
Jedediah Prentiss, nacido en
1938, graduado en 1959, nom-
brado piloto de cohete en 1965.
Jedediah Prentiss... Jedediah.

El viento le arrebató el nom-
bre. Estiró la mano tratando de
alcanzarlo, gritando.

Luego, ya sereno, esperó a que
el viento le devolviera el nombre.
Esperó largo rato y sólo hubo si-
lencio, y el corazón le latió mil
veces, y luego sintió el movi-
miento.

El cielo se abrió como una flor
azul y delicada. El mar Egeo agi-
tó unos abanicos blandos y blan-
cos en una distante marea vinos.

En las olas que batían la pla-
ya, oyó su nombre.

Icaro.

Y otra vez en un murmullo
apagado:

Icaro.

Alguien le sacudió el brazo y
era su padre que lo llamaba y ale-
jaba la noche. Y él, acostado,
pequeño, vuelto a medias hacia
la playa y el cielo profundo,
sintió que el primer viento de la
mañana encrespaba las plumas
doradas, embebidas en cera am-
barina, junto a su cama. Unas
alas doradas se movían, casi vi-
vas, en los brazos de su padre,
y el muchacho sintió que el vello
suave de los hombros se le rizaba
estremeciéndose mientras camaba
esas alas, y el acantilado, más allá.

—Padre, cómo está el viento?

—Suficiente para mí, pero nun-
ca suficiente para ti...

—Padre, no te preocupes. Las
alas parecen torpes ahora, pero
mis huesos en las plumas les da-
rán fuerza, ¡mi sangre en la cera
les dará vida!

—Mi sangre, mis huesos tam-
bién, recuérdalo. Todo hombre
le presta su propia carne a los
hijos, y les pide que la cuiden
bien. Prométeme no elevarte mu-
cho, Icaro. El sol, o mi hijo, el
calor de uno o la fiebre del otro,
podrían fundir estas alas. ¡Cui-
dad!

Y llevaron las espléndidas alas

de oro a la mañana, y oyeron
que la luz susurraba el nombre
de Icaro o algún nombre que se
alzaba, giraba, y flotaba suspen-
dido como una pluma en el aire.

Montgolfier.

Las manos tocaron unas cuer-
das ardientes, una tela brillante,
costuras calientes como el ver-
no. Las manos alimentaron la
llama susurrante con lana y paja.

Montgolfier.

Y la mirada subió por la cre-
ciente y la bajante, el vaivén del
océano, la pera de plata que se
mecía inmensamente y se lle-
naba aún con el aire tembloroso
que subía en oleadas desde el
fuego. Silencioso como un dios
que cabeceaba durmiendo sobre
la campiña francesa, este delicado
envoltorio de tela, este henchido
saco de aire horneado, se soltaría
muy pronto. Subiría hacia los
mundos azules del silencio, y él,
Montgolfier, sentiría que su pro-
pio espíritu, y el de su hermano,
navegarían también, callados, se-
renos, entre islas de nubes donde
dormían los relámpagos inciviliza-
dos. En ese golfo ignoto, en
ese abismo donde no podía oírse
el canto de un pájaro ni el grito
de un hombre, el globo callaría
también. Y así, a la deriva, él,
Montgolfier, y todos los hombres
podrían oír la respiración in-
comensurable de Dios y la marcha
catedralicia de la eternidad.

—Ah... —Montgolfier se movió
y la multitud se movió, a la som-
bra del globo caliente. —Todo está
en orden, todo está listo.

Los labios le temblaron en sueños. Un siseo, un murmullo, un aleteo, un impulso.

De las manos de su padre un juguete saltó hacia el cielo raso, revoloteó en su propio viento, suspendido en el aire, mientras él y su hermano miraban cómo temblaba allá arriba, y oían cómo cuchicheaba, silbaba, y murmuraba el nombre de ellos.

Wright.

Susurros: viento, cielo, nube, espacio, ala, vuelo...

—¿Wilbur? ¿Orville? Mirad: ¿cómo es posible?

Ah. Suspiró, en sueños.

El helicóptero de juguete zumbaba, golpeaba el cielo raso, murmuraba, águila, cuervo, gorrion, petirrojo, halcón. Murmuraba, águila, cuervo, gorrion, petirrojo, halcón. Murmuraba águila, murmuraba cuervo, y al fin bajó revoloteando a las manos de los niños con un susurro, una ráfaga de verano futuros, un último aleteo y una última exhalación.

Sonrió, en sueños.

Vio que las nubes descendían precipitadamente por el cielo ego.

Sintió que el globo se tambaleaba, borracho, esperando el viento claro y vertiginoso.

Sintió que las arenas siseaban a orillas del Atlántico, deslizándose en las dunas suaves que le salvarían la vida, si el avecilla torpe fracasaba y caía. El armazón zumbó y cantó como un arpa.

Afuera, sintió que el cohete

estaba preparado ya para alzarse sobre el desierto. Plegadas aun las alas de fuego, reteniendo el aliento de fuego, hablaría pronto en nombre de dos mil millones de hombres. Dentro de un momento él mismo despertaría y caminaría hacia el cohete.

Y se detendría al borde del acantilado.

A la sombra fresca del globo henchido de calor.

Azotado por las arenas volantes que tamborileaban sobre Kitty Hawk.

Y se cubriría las muñecas, los brazos, las manos y los dedos jóvenes con una vaina de alas doradas embebidas en cera dorada.

Y tocaría por última vez el aliento retenido del hombre, el cálido suspiro de temor y de asombro, los soplos aspirados y canalizados que alzarían al cielo los sueños de los hombres.

Y encendería el motor.

Y tomaría la mano del padre y le desearía buena suerte con las propias alas, plegadas y listas, aquí, sobre el precipicio.

Luego el impulso y el salto.

Luego el cuchillo que corta las cuerdas para liberar el globo.

Luego el motor que se pone en marcha, y la hélice que lleva el aeroplano al aire.

Y la llave de contacto que enciende los motores del cohete.

Y juntos en un único salto, aletazo, impulso, batimiento y deslizamiento, de cara al sol, la luna, las estrellas, van sobre el Atlántico, el Mediterráneo; so-

bre los campos, los desiertos, las ciudades, las aldeas, en un silencio gaseoso, un susurro de plumas, una trepidación de maderas, una erupción volcánica, un rugido tímido y chisporroteante, el titubeo de la partida, la sacudida, y luego el ascenso regular, permanente. Y maravillosamente suspendidos, transportados asombrosamente, todos reírían y llorarían. O gritarían los nombres no nacidos aún, o los nombres de otros, muertos hace tiempo, y serían arrastrados por el viento de vino o el viento de sal o el soplo silencioso del globo o el viento del fuego químico. Todos sentirían el movimiento de las plumas brillantes, tensas en los omoplatos. Todos dejarían detrás el eco del vuelo, un sonido que da una vuelta a la tierra, y otra vuelta, en el viento, y que habla otra vez en otros años a los hijos de los hijos de los hijos, que duermen y escuchan el aire perturbado de la medianoche.

Arriba, y sin embargo más arriba aun. Una marea de primavera, un torrente de verano, un interminable río de alas.

El sonido de una campana.

No, murmuró, me despertaré en seguida. Espera...

El mar Egeo se deslizó bajo la ventana, desapareció. Las dunas del Atlántico, la campiña francesa se confundieron con el desierto de Nuevo México. En el cuarto el aire no rizaba ningún

plumaje embebido en cera. Afuera no había ninguna pera esculpida por el viento, ninguna mariposa ronroneante. Afuera sólo había un cohete, un sueño combustible que para elevarse sólo esperaba la fricción de una mano.

En el último momento de sueño, alguien le preguntó cómo se llamaba.

Tranquilamente, dio la respuesta que él había oído durante horas, desde la medianoche.

—Icaro Montgolfier Wright.

La repitió lentamente, para que el otro pudiera recordar el orden exacto de todas las letras.

—Icaro Montgolfier Wright...

Nacido novecientos años antes de Cristo. Escuela primaria: París, 1873. Escuela secundaria: Kitty Hawk, 1903. Diploma de la Tierra a la Luna, hoy mismo, Dios mediante, 19 de agosto de 1970. Muerto y enterrado, con suerte, en Marte, en el verano de 1999, año de Nuestro Señor.

Y salió a la vigilia.

Y no hubiera podido decir si había alguien o no detrás de él. Y no hubiera podido decir tampoco si esas voces que lo llamaban por sus tres nuevos nombres eran una voz o muchas, jóvenes o viejas, próximas o distantes, altas o bajas. No se dio cuenta.

Pues el viento se levantaba lentamente, y él dejó que ese viento lo llevara por el desierto hasta el cohete que estaba allí, esperándolo. ♦

Quizá la característica más distintiva de la literatura de anticipación soviética sea el background científico de los autores. Casi todos son hombres (y mujeres) de ciencia: ingenieros, físicos, astrónomos, geógrafos, geólogos, geobotánicos. La obra de Valentina Zhuravleva, nacida en 1933 y graduada en medicina, redescubre admirablemente el romanticismo de la ciencia.

LA MÚSICA DE LAS ESTRELLAS

Valentina Zhuravleva

HABÍA UNA CALMA INSÓLITA EN aquella víspera de Año Nuevo. Las nubes que se habían cernido sobre la ciudad el día antes, se abrían ahora lentamente como las cortinas de un teatro y descubrían un cielo estrellado.

Los abetos se alzaban rectos e inmóviles, plateados por la nieve, como una guardia de honor que esperaba el nuevo año a lo largo de las murallas del Kremlin. De cuando en cuando una débil ráfaga arrancaba a las ramas unos copos de nieve que caían sobre los transeúntes.

Pero las gentes no prestaban atención al encanto de la noche. Tenían demasiada prisa. El Año Nuevo llegaría dentro de media hora. El río de hombres y mujeres, ruidoso y excitado, cargado con cajas y paquetes, se movía más y más rápidamente.

Sólo un hombre parecía no te-

ner prisa. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, y miraba con ojos atentos y brillantes por debajo del ala del sombrero. Muchos de los que iban en la marea humana reconocían en seguida aquella cara delgada y la barba corta y gris. El hombre, por este motivo, se había internado en una callejuela lateral. Allí no necesitaba responder a los innumerables saludos ni explicar a los conocidos por qué prefería deambular por las calles en la noche de Año Nuevo. El poeta Constantin Alexevitch Rusanov no sabía en verdad qué poder desconocido lo impulsaba a buscar la soledad en aquella noche. No tenía ningún deseo de pensar en la poesía. Quizá esto era triste, pues el nuevo año era el sexagésimo en la vida de Rusanov.

Rusanov caminaba escuchando el crujido de la nieve bajo sus

pasos. De pronto, junto a un farol de la calle, descubrió que un castillo de nieve le cerraba el camino. Unos diamantes de nieve centelleaban en las torres, a la luz eléctrica.

Inconcluso, pensó Rusanov advirtiéndolo un trineo de niño y una pala iunto al castillo, y sintiendo el deseo absurdo de terminar de construir los muros. Esto sería realmente una sorpresa de Año Nuevo para los niños, a la mañana siguiente.

Rusanov se inclinó para tomar la palita y en ese momento alguien lo golpeó desde atrás. Cayó de bruces en la nieve y oyó un ruido de vidrios rotos, y un grito:

—Oh, cuánto lo siento!

Había tanta turbación en la voz que Rusanov no pudo enojarse. Un nar de manos lo ayudó a ponerse de pie. Se volvió y vio a una muchacha menuda vestida con una chaqueta de paseo.

—Lo siento tanto —dijo otra vez la muchacha, evidentemente confundida.

Caminó cuidadosamente alrededor de Rusanov y recogió un paquetito que estaba caído junto al farol de la calle.

—Roto... me parece —dijo, con tristeza.

Rusanov se sintió culpable.

—¿Qué pasó?

—Yo llevaba la placa —explicó la joven—, un negativo... y lo golpeé contra el farol.

Abrió el paquete. Un negativo bastante raro, pensó Rusanov, pues en la placa se veía un fondo

negro y una cinta luminosa manchada con finas líneas negras.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un espectro. El espectro de la estrella Procyon. ¿Entiende usted?

Rusanov miró a la muchacha con cierto interés.

Alrededor de dieciséis años, pensó, y se corrigió inmediatamente: no, mayor, quizá veinticinco o veintiséis.

—Un momento —dijo—, ¿a dónde iba corriendo en medio de la noche con esa foto?

—A la oficina de telégrafos —dijo la muchacha—. Es un gran descubrimiento.

Rusanov se rió entre dientes. Le gustaban los encuentros inesperados e insólitos. Se sintió de pronto de mejor humor.

—¿Un descubrimiento?

—Sí, Constantin Alexevitch. Lo reconocí a usted en seguida.

Rusanov se rió otra vez.

La muchacha lo miró pensativamente. ¿Se lo diría?

—Escuche —empezó—. Descubrí en el espectro de Procyon... ¿Pero usted sabe algo de espectros? Aguarde un instante. Se lo explicaré.

Rusanov no entendió en seguida aquella narración entrecortada. La muchacha hablaba muy rápidamente y preguntaba de cuando en cuando:

—¿Está seguro de que entiende?

Como la historia no seguía tampoco un orden cronológico, Rusanov tenía que llenar los claros con conjeturas.

Parecía que la muchacha se había entusiasmado con la astronomía mientras estaba aún en el colegio. Luego de graduarse en el Departamento de Física de la Universidad de Moscú había ido a trabajar en el observatorio de las montañas Altai, en Siberia.

La primera desilusión: en vez de hacer descubrimientos capaces de sacudir al mundo se había dedicado a la tarea exasperante y tediosa de clasificar fotografías de espectros estelares.

Al cabo de cuatro meses creyó haber hecho un descubrimiento. Un error, le había explicado secamente el director del observatorio.

Tres meses más y otro estallido de alegría. Un nuevo error, y otra desilusión.

Pasaron los meses. Trabajo, trabajo, y más trabajo. Nada que pudiera llamarse romántico. Innumerables fotografías de *spectra* estelares. Cálculos. Clasificaciones. Y ni un solo descubrimiento. Parecía que se iba a pasar toda la vida en esta monotonía. Y de pronto...

—Al principio ni siquiera yo podía creerlo —continuó diciendo la muchacha—. No es verdad muy agradable repetirse incesantemente, como si se le hablara a un niño: "tienes que trabajar, olvida esos sueños..." Sí, pero esta vez era tan evidente. Yo tenía ante mí trescientos cincuenta espectros de Procyon. Los otros astrónomos habían visto los espectros por separado, pero yo los tenía ahí, to-

dos juntos. Y me pareció entonces que esas líneas formaban un cuadro. Son cosas que ocurren, ¿no es cierto? De los trescientos cincuenta espectrogramas elegí noventa, de acuerdo con el orden en que habían sido fotografiados. Todos tenían algo común: las líneas de los metales no ionizados, el espectro de Procyon ya conocido. Pero en todos, además, había una línea nueva, otro elemento. El primer espectrograma tenía la línea del hidrógeno, el segundo la del helio, el tercero la del litio... Seguían así el orden natural hasta el torio, el elemento noagésimo en la tabla periódica de los elementos de Mendeleiev. ¿Entiende usted? Parecía que alguien hubiese puesto los elementos en una secuencia precisa, de acuerdo con la tabla periódica. Nada en la naturaleza puede explicar este hecho, excepto que esas líneas sean señales enviadas por seres inteligentes.

—¿Usted cree realmente eso? —preguntó Rusanov, muy serio.

—¡Claro que sí! —exclamó la muchacha—. Tome usted, por ejemplo, los sonidos separados que pueden oírse en la naturaleza. Bueno, imagínese que los oye de pronto ordenados en escalas musicales. Eso no sería posible sin la intervención de un ser inteligente... No quise hablarle a nadie de este descubrimiento, temiendo que fuese otro error. Poco más tarde comenzaron mis vacaciones. Dejé el observatorio como en un sueño. Hice el viaje repre-

chándome constantemente no haber hablado. Ya en Moscú mis pensamientos seguían aún en el observatorio.

Las dos figuras estaban todavía de pie en la callejuela tranquila, a la luz del farol. Rusanov miraba fijamente el castillo de nieve, en silencio.

—Usted... usted no me cree, ¿no es cierto? —preguntó la muchacha.

Rusanov, en verdad, creía tan poco a la muchacha como a alguien que le hubiese dicho que acababa de descubrirse el séptimo continente en el mar Caspio.

—¿Cómo se llama usted, muchacha de ciencia, que derriba a la gente y saca fotos de los astros? —dijo, evitando la palabra definitiva.

—Alla —respondió la joven—. Alla Vladimirovna Yungovskaya, astronóma.

Alla Vladimirovna Yungovskaya, repitió Rusanov mentalmente, y pensó: No, no parece tener más de dieciséis años.

Sintió de pronto que debía decirle algo amable.

—Bueno, echemos una ojeada a ese... ese espectrograma —ofreció al fin.

—Por favor —dijo la muchacha feliz—, vayamos a mi casa. Se los mostraré allí.

Hasta entonces Rusanov había entendido una sola cosa: en esta muchacha que acababa de conocer había trazos de madurez y trazos de juventud. La vida le había enseñado a Rusanov, por otra

parte, a sacar conclusiones acerca de la gente. No olvidaba nunca unas palabras que le había dicho en España un comisario de las Brigadas Internacionales, ex profesor de matemática: "No juzgues a los hombres sino después de un segundo encuentro".

Puede ocurrir cualquier cosa, se dijo, sonriéndose. De la boca de los niños... Pero la astronóma Alla Vladimirovna Yungovskaya no tenía aspecto de niño.

La muchacha, aparentemente, sentía la necesidad de decir algo.

—Escúcheme —dijo—, este descubrimiento no es tan complicado ni incomprensible como puede parecer al principio. Supongamos que Procyon tiene un sistema planetario propio. Supongamos también que haya seres racionales en esos planetas y que hayan decidido enviar una señal al espacio. Las ondas de radio no sirven. Se dispersan con demasiada facilidad. Tampoco los rayos gamma o los rayos Roentgen, que son absorbidos muy rápidamente. Lo más práctico sería, por lo tanto, las ondas electromagnéticas de longitud interespariada, o, en otras palabras, ondas de luz, luz.

"Hay algo más todavía. Las señales tienen que ser comprensibles para todas las criaturas racionales. ¿Letras de un alfabeto? Los alfabetos pueden ser muy distintos. ¿Cifras? Hay muchos sistemas de cálculo. Podemos decir que en general no hay en los distintos mundos objetos realmente similares, excepto la tabla de los ele-

mentos químicos. Esta tabla es válida en todos los mundos. En todos los planetas el elemento químico más liviano es el hidrógeno, y le siguen el helio, el litio, y así sucesivamente. La tabla de Mendeleev puede transmitirse fácilmente mediante rayos luminosos. Cada uno de los elementos químicos tiene su propio espectro, su propio pasaporte. Comprende usted, pues, que mi descubrimiento no puede llamarse casual, y me recería casi el título de ley...

Rusanov alzó una mano, como invitando a la muchacha a que escuchase, y Yungovskaya calló. Se detuvieron en la calle. Las campanas de las torres del Kremlin resonaron claramente en el aire helado.

—¡Feliz Año Nuevo! —dijo Rusanov y Alla respondió con una sonrisa silenciosa.

Se quedaron allí un rato escuchando los sonidos de las campanas que morían a lo lejos.

Luego echaron a caminar otra vez, más rápidamente.

—Respóndame, respetable guardiana de las estrellas —comenzó a decir Rusanov—. Quizá esto sea parte de algún proceso que se desarrolla en la estrella misma.

—¡No, no! La temperatura de Procyon es sólo de ocho mil grados centígrados, y de acuerdo con las líneas de estos espectros la fuente de las radiaciones debe de tener una temperatura de más de un millón de grados. Una fuente artificial sin duda, producida en uno de los planetas del sistema de

Procyon. La energía es tan tremenda que es difícil imaginársela... y sin embargo... Aquí, por favor, hemos llegado a mi casa.

La muchacha llevó a Rusanov a un cuartito donde un piano y una biblioteca ocupaban casi la mitad del espacio. Un mapa astronómico colgaba de una pared, y sobre la mesa había una lámpara de pantalla verde.

Alla le indicó a Rusanov que se sentara y le trajo un álbum. Era un álbum común, de los que se emplean para conservar las fotografías de la familia. Rusanov nunca había examinado espectrogramas en su vida, pero ahora sintió —sintió sin entender— que la muchacha había hecho realmente un descubrimiento.

—¿Me... me cree usted? —preguntó la muchacha en voz baja.

Rusanov respondió sin sonreír.

—Sí, le creo.

—Todo parece tan increíble —dijo la muchacha—. A veces yo misma creo que estoy soñando... que me despertaré y que todo se desvanecerá. —Hizo una pausa. De algún lado llegaban los sonidos apagados de una música.— Además separé otros veinte espectrogramas de Procyon. Mire esto. Procyon es una estrella similar a nuestro sol. Quinta clase espectral. Las líneas de los metales neutros como el calcio, el hierro y otros aparecen claramente. En estos otros espectros sin embargo hay unas líneas realmente extraordinarias. Y algo aun más maravilloso: sumas de elementos. Esto

me llevó a creer que los otros noventa espectrogramas son una suerte de alfabeto, y que estos veintidós en cambio son un mensaje... una carta...

—Y usted ha descifrado esa carta —interrumpió Rusanov.

Alla meneó la cabeza.

—No, no he podido. Desde un punto de vista lógico yo hubiera tenido que descifrarla fácilmente. No sé... probé y no ocurrió nada. Sin embargo, estos dos espectrogramas... Yo misma no estoy segura, enténdame... No se ría. Quizá yo me haya cuestionado. ¿Quién sabe? Pero estos dos espectrogramas me llamaron en seguida la atención. Sentí en un momento que yo estaba mirando algo realmente íntimo, escrito en un idioma extranjero. Y sólo cuando ya estaba en el tren, viniendo hacia Moscú, pensé que quizá... Usted sabe, probablemente, que en la tabla de Mendeleev las propiedades de los elementos se repiten cada ocho números. Si hacemos a un lado el último número tenemos la octava, como en la música. Los sonidos se repiten cada siete tonos. Pues bien, de pronto vi una escala en el espectrograma. Dicen que es peligroso aventurar hipótesis en el trabajo científico. Sin embargo, traté de encontrar una notación musical en los espectrogramas, y parece que la encontré...

—¿Y usted... transcribió esa música? —preguntó Rusanov, estremeciéndose, con una voz rara,

como si hubiese hablado desde muy lejos.

—Sí, la transcribí. —Alla Yungovskaya se acercó al piano.— Si usted quiere...

—Un momento.

Rusanov atravesó nerviosamente la habitación deteniéndose junto a la ventana.

—¿Se ve a Procyon desde aquí? Yungovskaya recorrió la cortina.

—Allí a la derecha, encima de la casa de al lado... ¿La ve? Esa luz ha viajado once años...

Rusanov miró la estrella brillante. Era un poeta lírico y sabía descubrir el suave encanto de la naturaleza rusa, sabía cómo mostrar poéticamente lo que Levitan había mostrado en sus cuadros. Rusanov había escrito bastante poesía amorosa, y una sonrisa atravesaba a menudo sus poemas más íntimos y tristes, como un rayo de sol que atraviesa un velo de nubes. Y las estrellas eran para Rusanov el símbolo de lo lejano y lo inalcanzable.

—Sí —dijo Rusanov en voz baja—, toque, por favor.

No sabía nada de análisis espectral. Pero sabía de música. Sólo la música podía decirle si la muchacha tenía razón o no. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para dejar la ventana.

Alla Yungovskaya alzó la tapa del piano. Suspendió las manos un instante sobre el teclado y en seguida tocó un primer acorde. Había algo de alarmante en esos sonidos que se extendieron por el

cuarto y murieron lentamente. Y luego siguieron otros nuevos acordes.

En los primeros momentos Rusanov no oyó más que una salvaje combinación de sonidos. Pero luego apareció una melodía... aparecieron dos melodías. Se unieron, y pareció que la primera llevaba lentamente a la otra, más rápida e impetuosa. Los sonidos se inflamaron como chispas de un incendio, combinándose en una intimidad dolorosa y al mismo tiempo extraña e incomprensible.

Era música, pero una música insólita, que a veces oprimía, humillaba, y parecía expresar sentimientos, inhumanos, superiores, más elevados.

Las manos de la pianista se detenían a veces en el teclado. Y luego parecían cobrar de pronto nuevas fuerzas, y la doble melodía se alzaba otra vez, más alta y más convincente, como una voz que llamaba. Rusanov se incorporó maquinalmente, como obedeciendo a esa voz, y se acercó al piano.

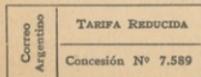
No veía los muros, ni la mesa, ni la lámpara. No veía nada sino aquellos dedos que corrían ferientemente por el teclado. Rusanov sintió que el corazón le latía apresuradamente, persiguien-

do a la música. Se le nublaron los ojos.

Los sonidos se estremecieron, golpearon, como si quisieran escapar de aquel tosco instrumento. El piano no podía tocar toda la melodía, y la música, comprimida y rota, vivía y llamaba con más fuerza aún, con más obstinación.

La música se alzaba a veces en un torbellino, y moría luego en un suspiro doloroso. Parecía expresar todos los sentimientos humanos, y sin embargo no había en ella sentimientos y era como un rayo de sol incoloro donde se combinan todos los colores del arco iris. Se detuvo un momento y luego estalló otra vez. No, no fue un estallido, sino una explosión. Los sonidos se alzaron como una tromba, se unieron, y se desvanecieron. Un adagio suave y delicado murió luego como la llama última de un fuego que se apaga.

Hubo un instante de silencio, y luego entraron en el cuarto los acostumbrados sonidos terrestres: un tren lejano, voces. Rusanov se acercó a la ventana. Sobre el techo parpadeaba la brillante Procyon, en la constelación de Canis Minor. La luz de la estrella parecía emitir una música solemne y misteriosa.◆



edición inglesa
VENTURE SCIENCE FICTION

edición francesa
FICTION

edición japonesa
S-F

edición alemana
EINE AUSWAHL AUS FANTASY AND SCIENCE FICTION

edición italiana
FANTASIA E FANTASCIENZA

edición castellana
MINOTAURO. FANTASIA Y CIENCIA-FICCION

"THE MAGAZINE of FANTASY AND SCIENCE FICTION publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica que se escribe actualmente y prácticamente todos los relatos de ciencia-ficción de verdadero valor literario que puedan encontrarse en el género". (Library Journal).

La Vigésimoprimer Convención Mundial de Ciencia-Ficción reunida en Washington ha proclamado a THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION "la mejor revista del mundo en 1963". F & SF había obtenido ya esta máxima recompensa (el Hugo) en 1958, 1959, y 1960.



ediciones minotauro

las obras maestras de la ciencia-ficción
la aventura de la ciencia
la literatura fantástica contemporánea

El hombre ilustrado, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Más que humano, de Theodore Sturgeon (2ª ed.) - La tierra permanece, de George R. Stewart - El color que cayó del cielo, de H. P. Lovecraft (2ª ed.) - Fahrenheit 451, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Señor de las moscas, de William Golding - El cuerno de caza, de Sarban - Sirio, de O'af Stapledon - Regreso, de Theodore Sturgeon - Soy leyenda, de Richard Matheson - El filo del futuro, de Howard Fast - El tiempo de la noche, de William Sloane - Los cristales soñadores de Theodore Sturgeon - Las doradas manzanas del sol, de Ray Bradbury. En venta en todas las librerías.

\$ 160